

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



GÉNERO FEMENINO Y LENGUAJE EN DOS OBRAS

DE CRISTINA RIVERA GARZA

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADA EN LETRAS HISPÁNICAS

PRESENTA

MARCELA MONTSERRAT VALADEZ ABREGO

DIRECTORA DE TESIS

DRA. MARÍA EUGENIA FLORES TREVIÑO

CO-ASESORA

M.C. LUDIVINA CANTÚ ORTIZ

MARZO 2025

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
SECRETARÍA ACADEMICA
ACTA DE APROBACION DE TESIS**

“Género femenino y lenguaje en dos obras de Cristina Rivera Garza”

Comité de Evaluación de Tesis

Dra. María Eugenia Flores Treviño _____
Presidenta

M. C. Ludivina Cantú Ortiz _____
Secretaria

Dr. Manuel Santiago Herrera Martínez _____
Vocal

San Nicolás de los Garza, Nuevo León, a 05 de marzo de 2025
“Alere Flammam Veritatis”
SECRETARIA ACADÉMICA

Dra. María Eugenia Martínez Flores

A Erick, por ser mi conciencia y serenidad. Por el amor infinito.

A mis padres, Carlos y Marcela, por siempre estar, incluso a la distancia.

Introducción	9
a. Protocolo de investigación	17
<i>Preguntas</i>	17
<i>Hipótesis</i>	18
<i>Objetivos</i>	19
<i>Justificación</i>	19
<i>Marco metodológico.....</i>	20
<i>Antecedentes</i>	23
<i>Marco teórico</i>	26
CAPÍTULO 1. ESTUDIO PRELIMINAR.....	35
<i>1.1. La gran paradoja del lenguaje</i>	37
<i>1.2. Un sinfín de maneras de interpretar la realidad.....</i>	39
<i> 1.2.1. La crítica literaria.....</i>	39
<i> 1.2.1.1 La crítica literaria feminista</i>	42
<i> 1.2.2. Análisis del discurso y análisis semiótico</i>	45
<i> 1.2.2.1. Las materialidades semiótico-discursivas</i>	54
<i> 1.2.3. Estudios sociolingüísticos y culturales</i>	58
<i> 1.3. El género femenino en la contemporaneidad</i>	61
<i> 1.3.1. Género y feminismos.....</i>	61
<i> 1.3.2. Género y lenguaje en la contemporaneidad</i>	64

CAPÍTULO 2. LA CRESTA DE ILIÓN	71
2.1. Género, corporeidad y lenguaje	73
2.1.1. Estructuras de poder	84
2.2. Lenguaje y anticultura	89
2.2.1. El miedo a lo desconocido	94
2.3. Una menipea contemporánea	97
2.4. Intertextualidad y discurso.....	102
CAPÍTULO 3. LA MUERTE ME DA	107
3.1. Género, corporeidad y lenguaje	109
3.1.1. Estructuras de poder	118
3.2. Sexismo lingüístico.....	124
3.2.1. El delito en el discurso.....	129
3.3. El misterio del cuerpo-texto	135
Conclusiones.....	143
Bibliografía.....	153

Introducción

El lenguaje es mucho más que un medio de comunicación, es un conjunto de códigos que nos permiten mantenernos en contacto con la realidad en la que vivimos y que, por lo tanto, moldea nuestra percepción del mundo y de nosotros mismos. A través del lenguaje, se construyen realidades, se expresan identidades y se negocian significados. Éste rige a las sociedades, las distingue entre sí a partir de varios aspectos, especialmente por sus singularidades lingüísticas, y tiene poder de mediación, trascendencia, materialidad y capacidad de significar la realidad.

En este contexto, el género emerge como una categoría fundamental que se entrelaza con el lenguaje, ya que este último desempeña un papel crucial en la conformación y expresión de las identidades de género. Esto es evidente en la obra de Cristina Rivera Garza, pues se muestra al lenguaje en su estado material, y es esta materialidad la que logra transformar aspectos biológicos, sociales e individuales de los personajes. Además, esta presente variación permite que se pueda señalar con mayor facilidad la realidad individual de cada uno.

En la literatura contemporánea, Cristina Rivera Garza explora la relación entre el lenguaje, el género y la identidad; sus narrativas desafían las convenciones lingüísticas y sociales establecidas, ofreciendo un espacio para la reflexión sobre las complejidades del ser humano y su entorno. Las obras de Rivera Garza actúan como un reflejo de la realidad contemporánea al explorar temas como la feminidad, la sexualidad, el cuerpo y la identidad individual a través del lenguaje.

En *La cresta de Ilión*, novela publicada en el año 2002, se muestra al lenguaje en su materialidad al compararlo con algo líquido y, por lo tanto, que se transforma

constantemente. En esta obra, Rivera Garza construye la historia de dos mujeres desaparecidas, Amparo Dávila y la Traicionada, desde la perspectiva de un protagonista que no se nombra a sí mismo como consecuencia de sus problemas de identidad evidenciados en fragmentos como “-Yo sé que tú eres mujer -sonrió cuando por fin guardó silencio y, sin más, regresó a su puesto frente a la chimenea” (Rivera Garza, 2018, p. 55). Así, la autora crea un lenguaje sólo entendible para el género femenino, o quienes aceptan que tienen al menos un poco de este en sí mismos.

Este particular lenguaje, que se muestra paralelo al español, se manifiesta principalmente a partir de la sílaba ‘glu’, que asemeja al sonido del agua, cada que las dos mujeres principales se comunican entre sí dejando de lado al protagonista, quien les dio asilo en su casa. Es común que el protagonista de manera constante reflexione que “las vocales y las complicadas estructuras gramaticales caían con lejanas reminiscencias de agua sobre la sala y, pronto, el sonido me convenció de que afuera llovía” (Rivera Garza, 2018, p. 108). De esta manera, se aborda la capacidad que tiene el lenguaje para construir la identidad de cada individuo y la realidad que lo rodea especialmente alrededor del género femenino, además de su condición material haciendo críticas al género y a la manera en que se producen los pensamientos, las palabras.

El lenguaje también cumple una función transformadora en *La muerte me da*, publicada en el año 2007, donde una profesora se ve envuelta en el comienzo de los crímenes de una asesina serial, al ver uno de los primeros cuerpos una tarde mientras salía a correr. La profesora y algunos miembros de la policía asignados al caso, al comenzar a aparecer una serie de hombres asesinados, a quienes siempre les mutilarían el órgano sexual para dejarlos

en callejones acompañados de poemas de Alejandra Pizarnik, comienzan a cuestionarse el lenguaje desde sus distintas dimensiones:

Pensé -y aquí pensar quiere en realidad decir ver- en lo larga, en lo interminable, en lo incesante que era la palabra des-mem-bra-mien-to. Pensé -y aquí pensar quiere decir enunciar en voz baja- en el término *asesinatos seriales* y me di cuenta de que era la primera vez que lo relacionaba con el cuerpo masculino. Y pensé – y aquí pensar quiere decir en realidad practicar la ironía- que era de suyo interesante que, al menos en español, la palabra víctima siempre fuese femenina. (Rivera, 2007, pp. 29-30)

De esta manera, la autora nos permite estudiar el lenguaje a partir de sus estructuras gramaticales, especialmente hacia el género femenino, y las mut(il)aciones identitarias de los personajes a partir de la manera en que nombran o dejan de nombrar a su entorno o a ellos mismos. Con esto se pueden explorar los distintos significados que se le pueden asignar a un significante y los diversos significantes que se le pueden asignar a un significado; así se transforma el universo ficcional desde distintos puntos de partida.

Además, al adaptar siempre el corpus de otras autoras en sus obras, Amparo Dávila en *La cresta de Ilión* y Alejandra Pizarnik en *La muerte me da*, nos permitirá explorar las implicaciones del lenguaje en la literatura, para evidenciar la forma en que esta se va transformando según el contexto en que se aborda. Estos procesos hacen a esta tesis inevitablemente interdisciplinaria.

Para efectos de este trabajo, se tomará como base lo propuesto por diversos académicos y teóricos que han contribuido al análisis del discurso, el análisis semiótico, la sociolingüística, la crítica literaria y el feminismo contemporáneo. En el ámbito del análisis

del discurso, se emplearán *Los estudios del discurso en las ciencias sociales*, escrito en 2019 por Eva Salgado, así como las contribuciones que Michel Pêcheux y Teun van Dijk realizaron a finales del siglo XX y principios del XIX sobre el análisis automático, la ideología y el poder en el discurso. Estos estudios proporcionan un marco sólido para comprender cómo se construyen y transmiten significados a través del lenguaje en contextos sociales específicos a través del tiempo. La aportación de Eva Salgado, en este caso, actúa como contemporánea de van Dijk al adaptar los estudios del análisis del discurso a la contemporaneidad, sin que esto signifique dejar obsoleto lo propuesto por este último.

Para el análisis semiótico, se recurrirá a *Las teorías literarias y el análisis de textos*, escrito en 2016 por Adriana Azucena Rodríguez, junto con las aportaciones de Iuri Lotman con su *Semiótica de la cultura* (1979) y Julia Kristeva con su *Semiótica* (1981). Estas teorías ofrecen herramientas para desentrañar las múltiples capas de significado presentes en los textos de Cristina Rivera Garza aquí mencionados. Asimismo, como una forma de conjuntar el análisis semiótico y del discurso, se abordarán las materialidades semiótico-discursivas propuestas por Julieta Haidar en 2006, lo que permitirá examinar cómo los aspectos materiales de los textos influyen en su significado por sí mismos y en la recepción estos.

De la misma manera, para comprender las obras a través de una mirada sociolingüística, se emplearán conceptos fundamentales respaldados por lingüistas como Leo Spitzer, con su obra *Lingüística e historia literaria* (1948) y Deborah Cameron, en *Feminismo y teoría lingüística* (1992). Estos enfoques sociolingüísticos nos ayudarán a entender la forma en que las estructuras lingüísticas y los contextos socioculturales interactúan en la contemporaneidad para dar forma al uso del lenguaje y a las dinámicas de

poder en la comunicación principalmente a través del discurso escrito, con el fin de sustentar la forma en que el lenguaje se plasma en ambas obras de Cristina Rivera Garza.

Por otra parte, la crítica y el análisis literarios se realizarán a partir de diversas perspectivas que convergerán para realizar un estudio más completo de las obras. Entre ellas se encuentran *La crítica literaria feminista: una introducción práctica*, escrita en 2012 por Nattie Golubov, y *La teoría literaria contemporánea*, publicada en 1985 por Raman Selden. Además, se tomarán en cuenta las contribuciones de Gerard Genette en el campo de la intertextualidad y la crítica literaria a finales del siglo XX en *Palimpsestos: la literatura en segundo grado* (1997). Estos recursos proporcionan herramientas conceptuales y metodológicas para evaluar y comprender las obras literarias desde diversas perspectivas críticas, principalmente desde la feminista y de género.

Por último, se abordarán conceptos de diversas olas feministas contemporáneas desde una perspectiva interdisciplinaria, tomando como referencia diversas obras de Judith Butler; *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, de Marcela Lagarde (2005); y *Postfeminisms: feminism, cultural theory and cultural forms*, de Ann Brooks (1997). Estas autoras ofrecen, además de un profundo estudio sobre la mujer a través de la historia, análisis fundamentales sobre la construcción social del género y las intersecciones entre género, poder, ideología y lenguaje, lo que enriquecerá la comprensión de los textos y discursos analizados en este trabajo de investigación. La ruta de investigación detallada en este apartado, se muestra simplificada en el siguiente esquema:

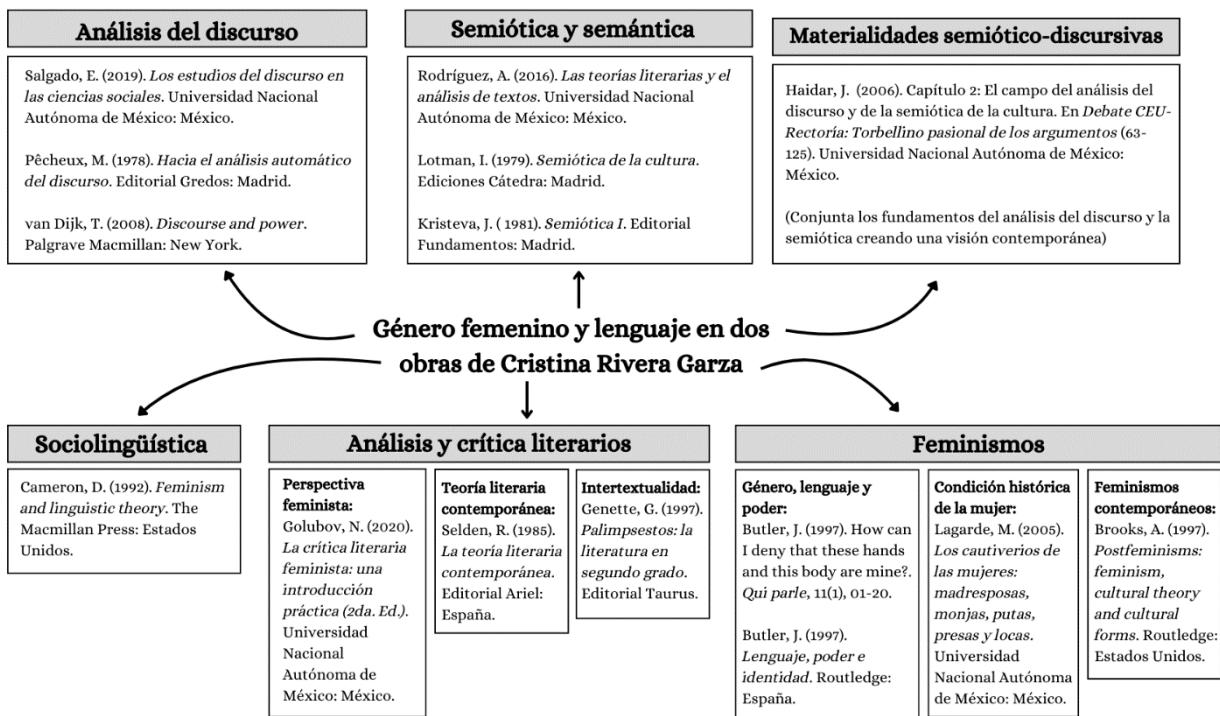


Imagen 1. Ruta de la investigación.

Como simplifica el esquema, esta investigación se organiza en torno a seis ejes principales que se interrelacionan: análisis del discurso, semiótica y semántica, materialidades semiótico-discursivas, sociolingüística, análisis y crítica literarios, y feminismos. En primer lugar, el análisis del discurso incluye referencias a autores como Salgado (2019), Pêcheux (1978) y van Dijk (2008), quienes abordan cómo los discursos estructuran y reflejan las relaciones de poder en las ciencias sociales. De esta forma, el segundo eje, semiótica y semántica, destaca la importancia de los trabajos de Rodríguez (2016), Lotman (1979) y Kristeva (1981) para el análisis de textos desde la perspectiva de los signos y significados culturales, lo que, en conjunto, ayudará a examinar las representaciones simbólicas del género en los textos de la autora para comprender la forma en que el lenguaje construye y refuerza estructuras de poder con base en el género.

Por otro lado, las materialidades semiótico-discursivas hacen referencia a la obra de Haidar (2006), quien combina el análisis del discurso y la semiótica de la cultura para ofrecer una visión contemporánea permitiendo un análisis integral de las obras literarias de Rivera Garza desde una perspectiva discursiva y material. En cuanto a la sociolingüística, se señala el aporte de Cameron (1992) sobre feminismo y teoría lingüística, subrayando cómo el lenguaje puede reproducir o desafiar las normas de género.

El eje de análisis y crítica literarios incluye tres áreas: la perspectiva feminista (Golubov, 2020), la teoría literaria contemporánea (Selden, 1985) y la intertextualidad (Genette, 1997). Estas teorías permiten un análisis crítico de las obras desde una óptica feminista, así como una exploración de las conexiones entre textos literarios. Finalmente, el apartado de feminismos menciona a autoras como Butler (1997, 1997b), Lagarde (2005) y Brooks (1997), quienes analizan las relaciones entre género, poder y lenguaje, y la situación histórica de las mujeres, temas centrales en la obra de Rivera Garza.

Una vez terminada esta tesis se podrá mostrar la capacidad que tiene el lenguaje para transformar la realidad individual y colectiva a partir de la propia identidad y en distintos niveles. De esta manera, esta investigación se orientará hacia la identificación y comprensión de los recursos lingüísticos empleados por Cristina Rivera Garza para, abordando las materialidades discursivas (Haidar, 2006) contenidas en sus obras, examinar la forma en que ella construye la identidad de sus personajes y la percepción que tienen estos de la realidad. Esto con el fin de abrir las puertas a nuevos estudios enfocados en la manera en que los individuos, en especial las mujeres en la época contemporánea, interactuamos con la realidad a partir del lenguaje, destacando las diversas formas en que esta interacción puede alterar

nuestra percepción de nosotros y del mundo que habitamos, llegando a transformarlo al hacer uso de sus cualidades materiales.

Por lo anterior, es indispensable abordar este asunto desde la interdisciplinariedad: en lugar de limitarse a un enfoque unidimensional, esta investigación adopta una perspectiva que aprovecha las contribuciones de disciplinas como el análisis del discurso, la semiótica, la sociolingüística, la crítica literaria y los feminismos contemporáneos. El análisis del discurso proporcionará las herramientas conceptuales y metodológicas necesarias para explorar cómo se construyen y transmiten significados en las dinámicas discursivas de los textos, así como comprender sus implicaciones sociopolíticas, culturales, etc.

El análisis semiótico permite explorar las múltiples capas de significado presentes en ambos textos de Rivera Garza, que son literarios, así como en otros artefactos culturales para comprender cómo se producen y se interpretan los signos y símbolos en estos. La crítica y el análisis literarios permitirán comprender ambas obras desde diversas perspectivas críticas para analizar los textos literarios en relación con cuestiones de género, poder y representación.

La sociolingüística brindará un enfoque sociocultural para analizar cómo las estructuras lingüísticas y los contextos socioculturales interactúan para dar forma al uso del lenguaje y a las dinámicas de poder y desigualdad en ambos universos ficcionales. Además, la inclusión de los feminismos contemporáneos, y sus conceptos, permitirá abordar la realidad ficcional a partir de las dinámicas actuales, especialmente con la identidad genérica de las personas. En conjunto, el empleo de las ciencias y disciplinas antes mencionadas permite a la tesis abordar de manera interdisciplinaria los diversos aspectos de su objeto de estudio, enriqueciendo así su análisis y ofreciendo una perspectiva más completa.

En este contexto, esta tesis se propone investigar el papel del lenguaje como entidad material transformadora en las obras de Cristina Rivera Garza, centrándose en la reconfiguración de la identidad biológica y social de los personajes, así como en la representación del género, especialmente femenino, en sus obras. A través de un análisis detallado de obras como *La cresta de Ilión* y *La muerte me da*, se busca profundizar en la forma en que el lenguaje y el género se entrelazan, ofreciendo así nuevas perspectivas sobre la construcción narrativa y la representación de la identidad en la literatura contemporánea, especialmente de la autora.

a. Protocolo de investigación

Preguntas

Pregunta general 1. ¿De qué manera el lenguaje, como entidad material transformadora, se manifiesta en las obras de Cristina Rivera Garza, específicamente en *La cresta de Ilión* y *La muerte me da*, afectando la reconfiguración de la identidad biológica y social de los personajes; la comprensión más profunda de la construcción narrativa y la representación del género, especialmente femenino, en sus obras?

1.1 ¿Cuáles son los rasgos lingüísticos presentes en la construcción narrativa y el lenguaje utilizado en *La cresta de Ilión* y *La muerte me da*?

1.2 ¿Cómo influye el lenguaje, como ente transformador, en aspectos biológicos y sociales, como el sexo y género, de los personajes femeninos en las obras de Cristina Rivera Garza, y de qué manera se reflejan estos procesos en la representación de su identidad a lo largo de las obras?

1.3 ¿Qué dinámicas sociales y culturales se manifiestan para representar al género femenino en *La cresta de Ilión* y *La muerte me da*, y de qué manera estas dinámicas contextualizan la (re)construcción de la identidad estos en relación con el lenguaje y su entorno social y cultural?

Hipótesis

Hipótesis general 1. El lenguaje en las obras de Cristina Rivera Garza se presenta como una entidad material transformadora que repercute en la reconfiguración de la identidad biológica y social de los personajes, especialmente femeninos, influyendo así en la construcción narrativa creada por la autora.

1.1 En *La cresta de Ilión* y *La muerte me da* se pueden identificar un sinfín de singularidades lingüísticas diseñadas para desafiar las convenciones narrativas tradicionales e incidir en la identidad de sus personajes y en el lenguaje utilizado en ambas obras. Por ejemplo, el lenguaje particular creado por las mujeres en la primera obra mencionada y la reconfiguración del concepto de “víctima” en la segunda.

1.2 En ambas obras de Cristina Rivera Garza el lenguaje se adapta y moldea para incidir en aspectos biológicos y sociales, como el sexo y género, de los personajes, especialmente femeninos modificando, por ejemplo, la identidad de estos al redefinir las categorías preestablecidas de género en el universo ficcional.

1.3 En ambas obras de Cristina Rivera Garza el género femenino es representado a partir de dinámicas sociales y culturales específicas, como hacedoras de su propio lenguaje o entes que pueden cambiar de identidad, que determinan la manera en que

el lenguaje (re)construye la identidad de sus personajes al transformar, por ejemplo, la percepción de feminidad de estos.

Objetivos

Objetivo general 1. Demostrar el papel del lenguaje como entidad material transformadora en las obras de Cristina Rivera Garza a partir de su incidencia en la reconfiguración de la identidad biológica y social de los personajes, contribuyendo así a una comprensión más profunda de la construcción narrativa y la representación del género, especialmente femenino, en sus obras.

1.1 Describir y catalogar las singularidades lingüísticas presentes en la construcción narrativa y el lenguaje utilizado *La cresta de Ilión* y *La muerte me da*.

1.2 Identificar la manera en que el lenguaje, en su dimensión transformadora, incide en aspectos biológicos y sociales, como el sexo y género de los personajes modificando la representación de la identidad de estos.

1.3 Contextualizar la representación del género femenino en ambas obras de Cristina Rivera Garza considerando las dinámicas sociales y culturales que influyen en la (re)construcción de su identidad a partir del lenguaje.

Justificación

Es necesario ver al lenguaje como algo más que un ente comunicativo pues, al tener la capacidad de cambiar en sí mismo, puede transformar nuestra percepción de la realidad que experimentamos en distintos niveles. En las obras de Cristina Rivera Garza, el lenguaje se

manifiesta como una entidad material compleja que explora territorios que trascienden los límites tradicionales de la narrativa, lo que deja una huella en la construcción de la identidad literaria mexicana, estudios lingüísticos, además de los estudios de género partiendo de conceptos contemporáneos como el sexo y género, feminismos, etc.

De este modo, esta investigación se orientará hacia la identificación y comprensión de los recursos lingüísticos empleados por Cristina Rivera Garza para, abordando las materialidades discursivas (Haidar, 2006) de su prosa, examinar cómo se construye la identidad de sus personajes y la percepción que tienen estos de la realidad. Así, se busca plantear nuevas perspectivas sobre la intersección entre lenguaje e identidad de género al responder a cómo el lenguaje, en su estado material en las obras de Cristina Rivera Garza, logra transformar aspectos biológicos y sociales, como el sexo y género, de los personajes y la realidad que experimentan de manera individual y colectiva.

Marco metodológico

En esta investigación se realizará un análisis y crítica de *La cresta de Ilión* y *La muerte medida* a partir de los estudios de género y feminismos, con el apoyo de herramientas como el análisis del discurso, la semiótica, la semántica y la sociolingüística para analizar a fondo la capacidad transformadora del lenguaje, especialmente en la identidad de los personajes, según el contexto en que se desarrolla.

Lo anterior fue determinado a partir de un estudio piloto que consistió en la lectura inicial y analítica de ambas obras, en la que se encontraron similitudes tales como el lenguaje orientado a la modificación de la identidad sexo-genérica de los personajes, además de otras

implicaciones en la realidad que estos experimentan. Esta idea ayudó a elaborar la perspectiva abordada en esta tesis, que afirma como hipótesis general que el lenguaje en ambas obras de Cristina Rivera Garza se presenta como una entidad material transformadora que repercute en la reconfiguración de la identidad sexo-genérica de los personajes, especialmente femeninos, influyendo así en la construcción narrativa creada por la autora.

Este camino metodológico se abordará desde un enfoque cualitativo que se vale de la recolección bibliográfica para el análisis del objeto de investigación, que en este caso son dos textos del género novelístico. Además, como menciona Hernández (2014), una investigación con enfoque cualitativo se orienta a “examinar la forma en que los individuos perciben y experimentan los fenómenos que los rodean, profundizando en sus puntos de vista, interpretaciones y significados” (Hernández, 2014, p. 358), lo que permitirá establecer un margen de análisis más abierto bajo el que se logrará analizar de manera extensa, abierta, multidisciplinar y desde diversas perspectivas lo aquí propuesto.

El diseño bajo el que se trazará esta investigación será de teoría fundamentada, ya que el objetivo principal de esta es establecer una relación entre dos procesos o conceptos que concluyen en un fenómeno (Hernández, 2014). En este caso, se analizarán las implicaciones del lenguaje en el género para transformar a este, y viceversa, en ambas obras ficcionales de Rivera Garza, lo que deviene en la propuesta literaria de una forma distinta de experimentar la realidad. A través de un análisis detallado de la narrativa de la autora, se busca revelar cómo el lenguaje y el género se influyen mutuamente para configurar nuevas formas de identidad y percepción en los personajes y que se proyectan en el público lector.

Lo anterior fundamentado en las teorías de lingüistas e investigadores como Julia Kristeva (1981) y Iuri Lotman (1979), para un análisis semiótico-cultural; Julieta Haidar

(2006), con sus materialidades discursivas; Michel Pêcheux (1978), Teun Van Dijk (2005), María Eugenia Flores (2021) y Eva Salgado (2019), para aplicar el análisis del discurso; Deborah Cameron (1992), Nattie Golubov (2020), Raman Selden (1985) y Gerard Genette (1997), para el análisis literario; y Judith Butler (1997, 1997b), Ann Brooks (1997), Marta Lamas (2007), entre otras, para un enfoque feminista.

Es importante resaltar que, partiendo desde el hecho de que el objeto de estudio son dos novelas de ficción, la idea de esta tesis pertenece a la realidad subjetiva. El camino metodológico que se ha establecido será guiado por el universo narrativo creado por Cristina Rivera Garza, autora de ambas obras, cuyos personajes serán la población. Por otro lado, la muestra se ha reducido a sólo algunos de los personajes de ambas: en *La cresta de Ilión* se nombrarán al protagonista, que no tiene nombre, Amparo Falsa, Amparo Verdadera, la Traicionada y, en menor medida, el Director General, jefe del protagonista; en *La muerte me da* se nombrarán a Cristina, protagonista e Informante, la Detective y su compañero, las víctimas y la Asesina.

El corpus y muestra ya mencionados se recabaron en fichas bibliográficas y de análisis que se llevaron a cabo a partir de las obras literarias seleccionadas, así como de artículos académicos y libros especializados de los autores ya mencionados. Con el apoyo de dichas fichas bibliográficas y de análisis se organizó y categorizó la información de manera que fue más fácil su localización cada vez que fue necesaria. Esto con la intención de extraer y tener presente siempre lo más importante de cada autor y obra seleccionados, ofreciendo información más amplia y clara al lector.

Antecedentes

Los estudios literarios contemporáneos han reconocido cada vez más el papel fundamental del lenguaje en la configuración de la realidad en la literatura. Desde teorías lingüísticas, literarias y de análisis del discurso hasta teorías feministas y enfoques poscoloniales se ha explorado exhaustivamente cómo el lenguaje en su materialidad; y el género, en cuanto a identidad, se entrelazan en la creación de personajes y construcciones literarias. Por esta razón, este trabajo tendrá un enfoque interdisciplinar que incluirá investigaciones de diversas áreas que convergerán para llegar al objetivo deseado.

El aspecto transformador del lenguaje se comenzó a delimitar durante la segunda mitad del siglo XX a partir de lingüistas como Michel Pêcheux (1978), Julia Kristeva (1981), Iuri Lotman (1979), Peter Berger y Thomas Luckmann (2003), entre otros, quienes examinaron cómo el lenguaje no sólo refleja, sino también configura las estructuras sociales y las identidades aplicando nuevas corrientes que iban desde la teoría del análisis del discurso hasta la teoría de la semiósfera. Estas contribuciones sentaron las bases para comprender el lenguaje como un medio performativo que no sólo comunica, sino que también moldea y reconfigura las identidades y las relaciones de poder en la sociedad.

A partir de los lingüistas ya mencionados, que servirán como sólidas bases teóricas, se han comenzado a realizar estudios variados sobre el tema con el fin de resolver diversos aspectos de la realidad que experimentamos a partir del lenguaje. Algunos ejemplos de esto son los artículos internacionales “Apuntes para una semiótica de la materialidad”, escrito por José María Vaquer (2012), e “Ideología y análisis del discurso”, de Teun Van Dijk (2005). En ambos se aborda la relación entre el lenguaje y la ideología, y se explora con mayor profundidad la premisa de que el discurso no sólo comunica ideas, sino que también las

produce y reproduce, influenciando las percepciones y creencias de los individuos. Esto refleja la importancia que Hispanoamérica le ha dado al discurso como transformador no sólo de la identidad individual sino de la realidad como la experimentamos, aspectos centrales de las obras que conforman esta tesis.

En cuanto a los estudios entorno al universo literario de Cristina Rivera Garza, se destaca siempre la necesidad de profundizar en las formas en que se desarrolla el lenguaje y la relación de este con el cuerpo y la identidad. Al contar la autora con una gran extensión de obras publicadas, se han podido coordinar antologías críticas muy variadas tales como *Aquí se esconde un paréntesis: Lecturas críticas a la obra de Cristina Rivera Garza* (2019) y *Cristina Rivera Garza: Una escritura impropia. Un estudio de su obra literaria (1991-2014)* (2015), donde se comenzaron a abordar diversos matices de conceptos como identidad, ficción, corporeidad, entre otros, a partir del lenguaje en su aspecto transformador.

En el marco nacional, los estudios del discurso y sus implicaciones genéricas se centran principalmente en la cualidad transformadora de este a partir de la comunicación y de la forma en que se procesa el lenguaje. Lo anterior ha sido estudiado por Sabine Pfleger (2021) en “El discurso como un espacio comunicativo, relacional e identitario: *framing* y construcción de la identidad”, donde explora el discurso como un espacio activo y dinámico en el que se construyen y negocian las identidades de género. Se confirma esta premisa, porque Cristina Rivera Garza construye en sus personajes identidades donde el género se manifiesta como una construcción discursiva que puede ser negociada y transformada a través del lenguaje un sinfín de veces.

Además, localmente se siguen destacando tres aspectos del discurso. En primer lugar, está su multiplicidad, que se desarrolla desde un contexto de pluralidad y colectividad en el

que puede ser entendido en una gran diversidad de formas distintas, aunque el objetivo sea el mismo. En segundo lugar, destaca la multi e interdisciplinariedad de este pues, como menciona Flores (2021), la realidad está formada por conexiones, conversaciones e interacciones en todas sus estructuras, por lo que es necesario abordarlo desde perspectivas sociológicas, culturales, históricas, políticas, filosóficas, entre otras, para tener un análisis más completo. Y, en tercer lugar, se señala también la gran importancia de resaltar el objeto contenido en el discurso, pues es lo que lo hace legítimo.

Al establecer que los estudios culturales, de género y el lenguaje están interrelacionados, se puede comenzar a ver la cualidad material de este último desde distintas perspectivas. Nos damos cuenta de que la dualidad constante de la realidad que se nos presenta a través del lenguaje alberga relaciones de poder que influyen en la manera en que cada individuo se percibe a sí mismo y al mundo que le rodea, tanto en la subordinación de ciertos grupos o la aparición de identidades contrahegemónicas, como en el caso de esta investigación, permitan a los personajes desarrollarse completamente. Lo anterior vuelve al género, así como al lenguaje, en una entidad material que no existe porque sí, sino que alberga significados que van más allá de lo que se muestra en un primer plano.

En el marco de las ideas expuestas en este apartado, la obra de Cristina Rivera Garza emerge como un terreno fértil para la investigación, pues su narrativa desafía las normas lingüísticas y sociales ofreciendo un espacio para reflexionar sobre las dinámicas de poder, la feminidad y la identidad genérica de los individuos en la sociedad contemporánea.

Sin embargo, aunque se han realizado algunos estudios sobre la obra de la autora, aún queda un amplio espacio para explorar la forma en que el lenguaje funciona como una entidad material transformadora en sus obras, especialmente en relación con la reconfiguración de la

identidad de los personajes y su representación del género, particularmente el femenino. En este sentido, la presente investigación busca llenar ese vacío, examinando de manera detallada las obras *La cresta de Ilión* y *La muerte me da* para comprender mejor el papel del lenguaje y su relación con el género en la narrativa de Cristina Rivera Garza.

Marco teórico

Antes de profundizar en los elementos teóricos que compondrán el análisis de ambas obras de Cristina Rivera Garza, es importante mostrar al lenguaje como base principal de esta tesis. Por lo anterior, se trabajará bajo la premisa de Peter Berger y Thomas Luckmann (2003), quienes resaltan la capacidad de adaptación de este, además de su influencia en la cosmovisión de los individuos. Según ellos, el lenguaje se presenta como una entidad externa que ejerce una influencia coercitiva sobre los individuos, obligándolos a adaptarse a sus pautas. Así, se entiende que el lenguaje no sólo facilita la interacción, sino que también permite la significación individual de la realidad.

Más recientemente, la lingüista Eva Salgado (2019) ha reformulado las teorías de Berger y Luckmann a partir de Chomsky y Saussure, adaptándolas a la realidad social actual, pues destaca la importancia del nivel pragmático del lenguaje, subrayando la interdependencia entre el lenguaje y las acciones; destaca entonces el concepto de ‘performance’. Según Salgado, esta relación es fundamental para comprender la complejidad de la comunicación humana desde un nivel tanto lingüístico como social.

Basado en estos fundamentos, este trabajo se centrará en el análisis del lenguaje como discurso y los elementos que lo conforman, explorando su poder transformador en la

narrativa y la identidad. Así, este poder del lenguaje llevará a un cuestionamiento continuo sobre la identidad sexo-genérica, entendida a partir de este más como un proceso social que biológico.

En primer lugar, para llevar a cabo el análisis semiótico-cultural se utilizarán las aportaciones de Iuri Lotman (1979), Julia Kristeva (1981) y Leticia Santos (2019), mientras que para aplicar el análisis del discurso se utilizará, de nuevo, *Los estudios del discurso en las ciencias sociales*, de Eva Salgado (2019). Además, se agregarán las aportaciones de Michel Pêcheux (1978), para examinar los imaginarios discursivos de los personajes en la interacción, y Teun van Dijk (2008), para estudiar los actos lingüísticos de los personajes.

Entonces el lenguaje, entendido ahora como discurso, no sólo es transformado por la realidad, sino que también la transforma, determina y construye. A partir de esta idea, Pêcheux (1978) introduce la idea de formaciones ideológicas que caracterizan elementos susceptibles de intervenir representando actitudes y posiciones de clases en conflicto. Esto implica que la ideología de género interactúa constantemente con otras fuerzas sociales y discursivas. Así, el discurso refleja y moldea las actitudes y representaciones de género que prevalecen en la sociedad.

Julia Kristeva (1981) aporta una perspectiva semiótica al análisis del discurso sugiriendo que esta última piensa y se convierte en teoría de la ciencia a través de una autocritica y reevaluación constantes. Kristeva (1981) también señala que los textos sociales, como la literatura, participan en la transformación de las prácticas y normas de género. Ella enfatiza que el texto utiliza categorías desconocidas para el lenguaje y tiene una relación destructiva y constructiva con él.

A su vez, Iuri Lotman (1979) introduce una dimensión cultural al análisis del discurso, al explicar que la cultura es siempre parcial y contextual. Lotman (1979) también habla de anticultura, que imita la estructura de la cultura original, actuando como un sistema de signos con su propia expresión. Esto permite explorar las formas en que el lenguaje articula resistencias y alternativas a la cultura dominante.

La relación entre pensamiento, lenguaje y realidad se ilustra a través del triángulo semiótico, donde el pensamiento se representa simbólicamente y se expresa mediante signos lingüísticos. Leticia Santos (2019) afirma que, para comunicarse, uno debe representar la realidad simbólicamente y expresarla a través de signos lingüísticos. Por esto, destaca dos perspectivas del lenguaje: la cartesiana, que distingue entre lenguaje privado y público mediante codificación y descodificación, y la fregeana, que considera el pensamiento como condición para que una oración sea verdadera. Estas concepciones permiten analizar cómo el lenguaje construye y transmite significado, y cómo se negocian las identidades y las ideologías.

Las perspectivas aquí expuestas forman una sólida base para esta tesis. Este enfoque multidimensional revela las complejidades del lenguaje y su capacidad para transformar y ser transformado por la realidad social y cultural, por lo que logra converger en las materialidades discursivas propuestas por Julieta Haidar (2019).

Haidar (2019) plantea una teoría objetiva del sujeto, donde las prácticas semiótico-discursivas están intrínsecamente ligadas a la subjetividad de los individuos que las producen y consumen, permitiendo la continua reinterpretación de los significados. Así, propone analizar el discurso como un conjunto transorcional, con reglas sintácticas, semánticas y pragmáticas, y aborda la cultura como un sistema de signos y textos interrelacionados,

siguiendo el pensamiento de Iuri Lotman. Además, introduce categorías para estudiar las condiciones de producción, circulación y recepción del discurso, subrayando la importancia de considerar tanto al emisor como al receptor en el análisis.

Esta autora enfatiza que las materialidades del discurso abarcan múltiples dimensiones, lo que permite un análisis profundo de las prácticas semiótico-discursivas y la forma en que el lenguaje influye en el discurso. Su modelo semiótico-discursivo-transdisciplinario se basa en cuatro ejes analíticos que ofrecen una visión integral del discurso, considerando tanto las exterioridades como las interioridades semiótico-discursivas. Esto da pie a involucrar en el análisis conceptos de la sociolingüística, que tendrán como base lo estudiado por Ana Alejandra Guerrero y Patricia Robles (2019) y Teun van Dijk (2008).

Guerrero y Robles (2019) subrayan la interdisciplinariedad de los estudios culturales, que exploran las dinámicas de poder, estructuras ideológicas y prácticas sociales desde diversas perspectivas llenando vacíos analíticos que otras disciplinas no pueden abordar por sí solas. Esta flexibilidad metodológica permite a los estudios culturales adaptarse a diferentes contextos y enfoques disciplinarios, fomentando una comprensión profunda de fenómenos sociales en constante cambio. Esta capacidad de adaptación es crucial para capturar la complejidad de los contextos culturales y sociales.

Por otro lado, van Dijk (2008) explora la relación entre discurso y poder, señalando que el poder se manifiesta no solo a través del discurso, sino como una fuerza social que sustenta y es sustentada por él. Esta perspectiva destaca cómo ciertos grupos ejercen control sobre el discurso para mantener o reforzar su posición de poder en la sociedad; dinámica que revela la forma en que el control del discurso se convierte en una herramienta efectiva de

manipulación para influir en las percepciones y acciones de la audiencia, destacando así la importancia estratégica del discurso en la estructuración y mantenimiento del poder social.

En conjunto, los estudios sociolingüísticos y culturales ofrecen una visión sobre la estructura de las dinámicas de poder, las ideologías dominantes y las prácticas sociales en diferentes contextos. Su capacidad para integrar diversas disciplinas y metodologías los posiciona como herramientas fundamentales para analizar cómo el lenguaje y la cultura se entrelazan para influir y ser influenciados por las estructuras de poder en la sociedad contemporánea.

Por supuesto, lo ya mencionado en este apartado se analizará desde una perspectiva de crítica literaria, y para esto se utilizarán *La crítica literaria feminista: una introducción práctica*, de Nattie Golubov (2020); *La teoría literaria contemporánea*, de Raman Selden (1985); y las aportaciones sobre intertextualidad de Gerard Genette (1997) en *Palimpsests: literature in the second degree*.

La crítica literaria ha evolucionado considerablemente, adoptando diversas perspectivas teóricas y metodológicas que se ajustan a los cambios culturales y sociales. Este desarrollo ha permitido que se aborden múltiples aspectos de la literatura, desde la perspectiva del autor, la obra, el lector, hasta la realidad representada en los textos y el lenguaje utilizado. Selden (1985) destaca así la diversidad de enfoques en la crítica literaria, que van desde el formalismo, centrado en la estructura del texto, hasta la deconstrucción, que explora las complejidades del lenguaje y su relación con el poder y la ideología.

La intertextualidad es otro concepto clave en la crítica literaria contemporánea. Genette (1997) la define como la copresencia entre textos, desde citas explícitas hasta

alusiones implícitas. Esto muestra cómo los textos literarios dialogan entre sí, construyendo significados que van más allá de las palabras individuales y se enraízan en un contexto cultural e histórico más amplio. Genette también enfatiza que los textos literarios contienen un contexto social, cultural e histórico que enriquece su significado, utilizando términos como hipertextos e hipotextos para describir la relación entre textos nuevos y viejos.

La transposición diegética es otro aspecto interesante de la crítica contemporánea. Genette (1997) explica que un cambio de sexo puede ser un elemento significativo de la transposición diegética, explorando la capacidad del hipotexto para variaciones pragmáticas. Este enfoque permite examinar cómo los textos literarios juegan con las normas de género y desafían las convenciones tradicionales, ofreciendo nuevas formas de entender la identidad y la narrativa.

Por otro lado, la crítica literaria feminista se enfoca principalmente hacia el género pues Nattie Golubov (2020) señala que incorporar este concepto desestabiliza el binomio sexo/género, permitiendo que los críticos feministas examinen cómo los cuerpos y las identidades de género son construidos culturalmente. El género, según Golubov (2020), es una fuerza activa que configura las relaciones sociales y de poder, y la literatura juega un papel crucial en esta configuración.

La crítica feminista es entonces interdisciplinaria, pues abarca perspectivas literarias, sociológicas, psicológicas y políticas. Los estudios del discurso muestran que la interacción es la base de las relaciones de dominación o subordinación, y el lenguaje desempeña un papel crucial en la construcción de las relaciones de poder de género. La crítica feminista también se beneficia de la antropología y la semiótica, permitiendo analizar cómo las narrativas literarias perpetúan o desafían las normas de género.

De esta forma, todo lo mencionado a lo largo de este apartado se abordará desde una gran diversidad de conceptos con enfoque de género y algunos feminismos, a partir de feministas e investigadoras como Judith Butler (1997), Ann Brooks (1997), Marta Lamas (2007), Marcela Lagarde (1990) (2005) y Deborah Cameron (1992) quienes, en sus estudios, conforman un campo multidisciplinario que explora las complejas interacciones entre lenguaje, identidad, poder, cultura y sociedad.

Desde una perspectiva hispanoamericana, Marcela Lagarde ofrece una visión crítica sobre la transgresión y la autonomía de las mujeres en contextos de obediencia genérica. Además, también resalta que, aunque las mujeres pueden estar oprimidas, poseen un poder intrínseco derivado de las dinámicas de dominación y necesidad. Brooks, por su parte, destaca que la relación entre poder y resistencia en el trabajo de Foucault tiene implicaciones para la conceptualización de la identidad

Es a partir de lo anterior que, en la contemporaneidad, el estudio del género y el lenguaje aborda la intersección entre identidad de género, poder y comunicación. El feminismo de la diferencia subraya que sólo la mujer puede definir a la mujer, permitiendo una revalorización de sus identidades y desafiando las narrativas patriarcales. Según Butler, el lenguaje no sólo describe la realidad, sino que la crea activamente otorgando forma a la identidad de género y la realidad social. También explica que el cuerpo, similar al lenguaje, es una entidad compleja que no puede ser completamente definida por el lenguaje, subrayando la resistencia entre el cuerpo físico y su representación discursiva.

Así, Deborah Cameron (1992) argumenta que el análisis feminista del lenguaje tiene mucho en común con el análisis feminista de la sexualidad, sugiriendo que el lenguaje es un

recurso poderoso que los opresores han apropiado, por lo que es indispensable recuperarlo desde todas las dimensiones. En este caso se comenzará desde la literaria.

CAPÍTULO 1. ESTUDIO PRELIMINAR

1.1. La gran paradoja del lenguaje

El lenguaje, descrito como un conjunto de códigos que permiten la comunicación, se ha descubierto como transformador en sí mismo y en el contexto al que se aplique. Esto lo pueden afirmar Peter Berger y Thomas Luckmann (2003) al explicar que “el lenguaje es capaz de transformarse en depósito objetivo de vastas acumulaciones de significado y experiencia.” (p. 54)

De esta manera, y entendiendo la realidad como el aquí y el ahora sucediendo a la par de nuestros pensamientos, el lenguaje se muestra como algo inmutable a lo que se adaptan los individuos; a partir del lenguaje, cada uno construye su cosmovisión, significa los signos. Se puede decir que “el lenguaje se presenta como una facticidad externa a mí mismo y su efecto sobre mí es coercitivo. El lenguaje me obliga a adaptarme a sus pautas” (Berger & Luckmann, 2003, p. 55), y es que no sólo es interacción entre individuos sino significación de la realidad, que es individual. Así, alberga una gran diversidad de significados y experiencias distintas para cada individuo.

Esto deviene en el cuestionamiento interminable sobre lo que es o no es la identidad sexo-genérica, que hoy en día se entiende como un proceso más social que biológico gracias a las implicaciones del lenguaje en este concepto pues “el ser es afirmación y negación en acto, semejanza y diversidad” (Lagarde, 1990, p. 01), esta se forma, transforma, modifica y resignifica dentro de este. Según los autores, “el lenguaje, además, es capaz de trascender por completo la realidad de la vida cotidiana. Puede referirse a experiencias que corresponden a zonas limitadas de significado y abarcan zonas aisladas de la realidad” (Berger & Luckmann, 2003, p. 56). Esta cualidad material del lenguaje nos permite llegar a lugares que desde otras disciplinas no sería posible: el lenguaje es entonces capaz de rememorar el pasado, como en

La cresta de Ilión con la dicotomía de las dos Amparo, y anticipar el futuro, como en *La muerte me da* con las notas con fragmentos de poemas que deja la Asesina.

Más cerca en la línea temporal, lo anteriormente expuesto sigue siendo así, aunque con algunas adiciones hechas por la lingüista Eva Salgado, quien reformula el pensamiento de Berger, Luckmann, Chomsky, entre otros, a la realidad social actual. Por ejemplo, expone que

La importancia del nivel pragmático de la lengua, es decir, la aseveración de que sólo se puede reconstruir el sentido de lo que se dice, a partir de las condiciones específicas de enunciación, ha derivado en una insostenible autonomía en la forma en que se concibe al lenguaje en relación con el conjunto de acciones de las que forma parte; en otras palabras, el *lenguaje*, en efecto, *hace* cosas, pero también las *acciones dicen* cosas. (Salgado, 2019, p. 44)

Entonces, el lenguaje y las acciones, al estar entrelazados, tienen la capacidad de influirse mutuamente, y reconocer esta interdependencia es fundamental para comprender la complejidad de la comunicación humana desde un nivel no sólo lingüístico sino social.

Por otro lado, Salgado (2019) retoma a Saussure y Chomsky para explicar que mientras que el primero pone como punto focal conceptos como lengua y habla, el segundo los adapta a partir de una estructura social para transformarlos en competencia y actuación. De esta concepción nace el término “performance”, que la autora compara con el habla, pues entonces hablar es actuar. La performatividad es una acción que se lleva a cabo en conjunto, como se puede ver en *La cresta de Ilión* con Amparo y la Traicionada o en *La muerte me da* con la Asesina y los cuerpos.

Pero esto es cuestión de percepción que, aunque se analizará más adelante, sigue siendo un concepto que indudablemente también nace del lenguaje: quien habla, quien lleva a cabo un performance nunca es visto de la misma forma incluso desde sus propios ojos, pues la percepción varía según la forma en que cada individuo experimenta la realidad. Todo es intersubjetivo, y esto también supone un aspecto comunicativo.

A partir de lo fundamentado aquí, se trabajarán los siguientes apartados, pues al hablar de lenguaje se habla de discurso y todos los elementos que a este conforman, sobre los que se profundizará a continuación.

1.2. Un sinfín de maneras de interpretar la realidad

1.2.1. La crítica literaria

A lo largo del tiempo, la crítica literaria ha evolucionado significativamente adoptando diversas perspectivas teóricas y metodológicas. Esta evolución ha permitido que se adapte a los cambios culturales y sociales ofreciendo múltiples enfoques para entender la literatura desde distintos ángulos, ya sea desde el punto de vista del autor, de la obra, del lector, de la realidad representada en los textos, del lenguaje utilizado, entre otros. Este rasgo destaca la diversidad de enfoques en la crítica literaria, pues cada uno ofrece una perspectiva única sobre el texto literario. Desde la crítica formalista, que se enfoca en la estructura del texto, hasta la crítica deconstrutiva, que examina las complejidades del lenguaje y su relación con el poder y la ideología, la crítica literaria abarca un amplio espectro de metodologías y objetivos.

Uno de los cambios más significativos en la crítica literaria contemporánea es la influencia del postestructuralismo y la deconstrucción. Derrida, un influyente filósofo en este campo, desafía la primacía del logocentrismo, que privilegia el lenguaje hablado sobre el escrito. Según Selden (1985), “Derrida reconoce que esto supone una ruptura con el pensamiento logocéntrico, al reconocer que lo hablado no tiene que representar algo para tener sentido” (p. 213). Este enfoque establece una distinción entre lo hablado y lo escrito, creando una “jerarquía violenta” (p. 210) en la que lo hablado se percibe como más puro y lo escrito como contaminado por su materialidad. Esta perspectiva ha llevado a los críticos a reevaluar la relación entre el texto y su significado, cuestionando las nociones tradicionales de interpretación y representación.

La crítica literaria también se ha visto influenciada por las teorías feministas, especialmente en el contexto de la posmodernidad. Jardine, citada por Selden (1985), argumenta que

La condición de posmodernidad (o la ‘crisis-en-la-narrativa que es la modernidad’, como prefiere expresarlo) está marcada por la ‘valoración de lo femenino, de la mujer’ como algo ‘intrínseco a unos modos nuevos y necesarios de pensar, de escribir, de hablar’. (p. 259)

En este contexto, las feministas posmodernas cuestionan los conceptos tradicionales de género y buscan introducir la voz de la mujer en el discurso literario. La ginesis, como proceso de introducir lo femenino en el discurso, produce un ginema: una mujer como “efecto de lectura”, una “mujer-en-efecto” que no es estable y carece de identidad fija (Selden, 1985). Este enfoque refleja cómo la crítica literaria se adapta a las realidades contemporáneas, abordando temas de género y representación de maneras nuevas y necesarias.

Por otro lado, considerando la gran producción escrita que ha tenido lugar a lo largo de la historia y hasta la actualidad, la intertextualidad es otro concepto clave en la crítica literaria moderna. Genette (1997) la define como “*a relationship of copresence between two texts or among several texts: that is to say, eidetically and typically as the actual presence of one text within another*”¹ (p. 1-2). Esta relación puede manifestarse de diversas formas, desde la cita explícita hasta la alusión implícita. La obra de autoras como Rivera Garza se caracteriza por una continua alusión a otros textos, creando una red de significados que enriquece y diversifica la interpretación del lector. Esto permite destacar la forma en que los textos literarios dialogan entre sí, construyendo significados que trascienden las palabras individuales y se enraízan en un contexto cultural e histórico más amplio, más allá que el texto en sí.

Genette (1997) también pone sobre la mesa la importancia de tener presente que las palabras no lo son todo en el lenguaje y que la comunicación ordinaria, significativa o no, también genera a nuestro alrededor la circulación de información, que se verifica y complementa al igual que lo escrito, lo lingüístico. Este concepto resalta la idea de que los textos literarios son más que la suma de sus palabras; contienen un contexto social, cultural e histórico que enriquece su significado. Los hipertextos² e hipotextos³, términos utilizados por Genette para describir la relación entre textos nuevos y viejos, albergan estos contextos dentro de sí mismos, proporcionando una riqueza de significados que va más allá de la mera literalidad.

¹ “Una relación de copresencia entre dos textos o entre varios textos: es decir, eidéticamente y típicamente como la presencia real de un texto dentro de otro”. Traducción de la autora.

² El hipertexto es un texto creado a partir de un hipotexto. (Genette, 1997)

³ El hipotexto es el texto original, que sirve como base del hipertexto. (Genette, 1997)

Así, encaminando al autor con el objetivo principal de esta tesis es que se puede mencionar la transposición diegética⁴, pues este es otro aspecto interesante de la crítica literaria contemporánea. Genette (1997) explica que “*a change of sex, however, can be a significant element of diegetic transposition. [...] Or the change of sex may be thematically more active and explore the hypotext's capacity for pragmatic variation*”⁵ (p. 298).

En *La cresta de Ilión* y *La muerte me da* la fluctuación de género es una transformación homodiegética⁶, ya que no se trata de una parodia sino de una alusión que explora la identidad y la representación de maneras complejas y matizadas. Este último enfoque, con todo lo mencionado en este apartado, permite examinar cómo los textos literarios juegan con las normas de género y desafían las convenciones tradicionales ofreciendo nuevas formas de entender la identidad y la narrativa desde la crítica literaria.

1.2.1.1 La crítica literaria feminista

La crítica literaria feminista ha estado dedicada, desde sus inicios, a examinar la representación de las mujeres en la literatura y a cuestionar las estructuras patriarcales que han dominado la producción y recepción de textos literarios. Esta crítica no sólo analiza las obras literarias desde una perspectiva de género, sino que también tiene una intención política clara: desafiar y transformar las desigualdades de género en la literatura y, por extensión, en la sociedad.

⁴ Es el acto de cambiar la acción en sí misma, lo que permite trasladarla a un cambio social. (Genette, 1997)

⁵ “Un cambio de sexo, sin embargo, puede ser un elemento significativo de transposición diegética [...] o el cambio de sexo puede ser temáticamente más activo y explorar la capacidad de variación pragmática del hipotexto”. Traducción de la autora.

⁶ Transformación que se da a partir del protagonista, que orienta la historia. (Genette, 1997)

Nattie Golubov (2020) señala que “a partir del momento en que el concepto de género se incorpora a la reflexión, se volvió inestable el binomio sexo/género porque el cuerpo dejó de percibirse como una tabula rasa para pasar a ser un artefacto cultural también” (p. 48). Este cambio de paradigma ha permitido que los críticos feministas examinen cómo los cuerpos y las identidades de género son construidos culturalmente, en lugar de ser considerados simplemente como datos biológicos. Con esto sobre la mesa, se da paso al análisis de cómo la literatura tiene la posibilidad de reflejar y constituir estas construcciones culturales.

El género, según Golubov (2020), “activamente constituye -no refleja- las relaciones sociales según las pautas culturales disponibles en un momento histórico determinado para significar los sexos, y es el campo primario mediante el cual se articula el poder” (p. 48). Este enfoque resalta la idea de que el género no es simplemente una categoría pasiva o descriptiva, sino una fuerza activa que configura las relaciones sociales y de poder. La literatura, como producto cultural, juega un papel crucial en esta configuración ya que no sólo tiene la capacidad de reflejar las normas y expectativas de género, sino que también de moldearlas.

La crítica literaria feminista, que vio la luz durante la cúspide del Movimiento de Liberación Femenina en Estados Unidos, sembró profundas raíces en el ámbito académico, por lo que desde sus inicios se basó en una intención activamente política (Golubov, 2020). Esto destaca la intersección entre la crítica literaria feminista y el activismo político. La crítica feminista es inherentemente interdisciplinaria, ya que aborda la literatura no solo desde una perspectiva literaria, sino también sociológica, psicológica y política. Esta interdisciplinariedad permite una comprensión más completa y matizada de cómo la literatura puede perpetuar o desafiar las desigualdades de género.

Por otro lado, los estudios del discurso, como señala la autora, han mostrado que la interacción es la base de cualquier relación de dominación o subordinación, pues los estilos conversacionales, al ser aprendidos, varían según el género de la persona. Esta idea destaca cómo el lenguaje y la interacción social juegan un papel crucial en la construcción de las relaciones de poder de género. El lenguaje no sólo describe la realidad, sino que también la clasifica y moldea, con consecuencias significativas para la forma en que se entienden y se representan los roles de género. De esta forma, el lenguaje sexista y excluyente no solo refleja las desigualdades de género, sino que también las refuerza.

La crítica literaria feminista también se beneficia de la antropología y la semiótica, y estas entre sí pues “de la antropología, la semiótica aprovecha la concepción del relato como una oposición de permanencia y cambio” (Rodríguez, 2016, p. 121). Esta perspectiva permite a los críticos feministas analizar cómo las narrativas literarias pueden tanto perpetuar como desafiar las normas de género. La oposición entre permanencia y cambio en los relatos literarios refleja las tensiones entre las estructuras sociales establecidas y las fuerzas de cambio que buscan transformarlas.

Todo lo anterior permite que la literatura sea vista como un documento social que refleja y contribuye a la historia de la sociedad. Como señalan Warren y Wellek, citados por Rodríguez (2016), “el procedimiento más corriente para abordar la cuestión de las relaciones entre la literatura y la sociedad es el estudio de obras literarias como documentos sociales” (p. 173-174). Este enfoque permite a los críticos feministas utilizar las obras literarias como una fuente para entender cómo las sociedades han construido y negociado las identidades de género a lo largo del tiempo. La literatura, en este sentido, no solo imita la realidad, sino que también la transforma y desafía.

Se puede afirmar entonces que la crítica literaria feminista es una herramienta poderosa para examinar la forma en que las narrativas literarias pueden tanto reflejar como desafiar las estructuras patriarcales. Además, al incorporar el concepto de género en su análisis, esta crítica revela las formas en que las identidades de género son construidas culturalmente y cómo estas construcciones influyen en las relaciones de poder.

La interdisciplinariedad del análisis de esta tesis, que va desde el estudio lingüístico hasta la crítica literaria feminista permite una comprensión más rica y compleja de la literatura y su papel en la sociedad destacando la necesidad de abordar las desigualdades de género no solo en el ámbito literario, sino también en el contexto social y político más amplio.

1.2.2. Análisis del discurso y análisis semiótico

El lenguaje, desde su aspecto comunicativo y social, crea entonces el discurso. Este discurso, que adopta la cualidad material del primero, se puede analizar desde distintas dimensiones, pero en esta ocasión se realizará desde sí mismo y desde la semiótica partiendo desde la premisa de que discurso y sociedad son dependientes entre sí. Esta perspectiva la han abordado estudiosos del análisis del discurso como Joaquín Galindo con “La producción social del objeto en el discurso: reproducción y transformación” (2021); Michel Pêcheux con *Hacia el análisis automático del discurso* (1978); y Eva Salgado con *Los estudios del discurso en las ciencias sociales* (2019).

Entonces, a la vez que el discurso es transformado por la realidad, este la transforma, determina y construye. Este aspecto lo aborda Galindo (2021) desde la cotidianeidad al afirmar que “los discursos, pues, establecen relaciones, ratifican o cuestionan visiones del mundo que, a su vez, los sujetos incorporan, matizan, rechazan... y, en definitiva, delimitan

objetos que se encuentran atravesados por elementos de índole estructural y subjetiva” (p. 47). La idea anterior demuestra que la cotidianidad del discurso, el uso constante que le dan los sujetos, hace que tenga mayor o menor legitimidad. Este discurso, al nacer del lenguaje, se enuncia cada que se evoca a un conjunto de signos, sean cuales sean.

En el discurso, el objeto incide en el sujeto y viceversa, pues es un sujeto modelado por el lenguaje y el lenguaje es modelado por el sujeto. La identidad del sujeto es dialógica, por eso no debe esperar o buscarse en este una identidad fija e inalterable. Lo anterior, según Galindo (2021), viene desde las bases de Michel Pêcheux, quien elabora a partir también de Roman Jakobson, lingüista ruso de inicios del siglo XX, un esquema donde pone al remitente (A) y al destinatario (B) unidos por un referente con un contexto, o referente (R), y unidos por un mismo código lingüístico (L) en común (Pêcheux, 1978, p. 44). En este esquema el remitente (A) y el destinatario (D) son más que organismos individuales, sino que se muestran como lugares desde donde se enuncia. En el caso de esta tesis, se destacan el género y el poder que se ejerce a partir de este, donde el contexto (R) y el código lingüístico (L) se definen a través de formaciones imaginarias. Estas formaciones imaginarias plantean preguntas como “¿quién soy yo para que me hable así?”, que cuestiona a A sobre sí mismo; o “¿quién soy yo para que él me hable así?”, que cuestiona a B sobre A, y que serán útiles para describir las posiciones subalternas y de poder de los personajes en las narrativas que esta tesis examina.

En ambas obras de Cristina Rivera Garza, el análisis del discurso permite explorar cómo el lenguaje transforma y es transformado por el género de los personajes. En este contexto, las formaciones ideológicas de género juegan un papel crucial. Pêcheux (1978) señala que:

[...] se hablará de formación ideológica para caracterizar un elemento susceptible de intervenir como una fuerza confrontada a otras fuerzas en la coyuntura ideológica característica de una formación social en un momento dado; cada formación ideológica constituye así un conjunto complejo de actitudes y de representaciones que no son ni ‘individuales’ ni ‘universales’, pero que se refieren más o menos directamente a posiciones de clases en conflicto las unas con relación a las otras. (p. 233)

Esto implica que la ideología de género no es un fenómeno aislado, sino que está en constante interacción con otras fuerzas sociales y discursivas. La relación entre ideología y discurso es fundamental para entender la formación ideológica de género en estas obras. El discurso, al ser parte integral de la ideología, refleja y moldea las actitudes y representaciones de género que prevalecen en la sociedad. En *La cresta de Ilión* y *La muerte me da*, Rivera Garza utiliza el lenguaje para cuestionar y redefinir las nociones tradicionales de género, mostrando cómo los personajes femeninos negocian su identidad y poder a través del discurso.

En las novelas de Cristina Rivera Garza, el lenguaje no sólo comunica, sino que también construye y destruye las identidades de género. Los personajes femeninos en estas obras desafían las expectativas y normas sociales mediante su uso del lenguaje, demostrando cómo el discurso puede ser un medio de resistencia y transformación. Esta capacidad transformadora del lenguaje se hace evidente en la forma en que los personajes negocian su identidad y poder en un contexto dominado por estructuras patriarcales.

En relación con lo anterior, Pêcheux (1978) también explica que el objeto no debe ser precisamente lingüístico, sino que es más bien un objeto socio-histórico intervenido lingüísticamente. Esto significa que el análisis del discurso no puede limitarse a los aspectos lingüísticos, sino que debe considerar el contexto socio-histórico e ideológico en el que se

enuncia. Por ello, es importante destacar que los discursos están profundamente entrelazados con sus contextos sociales e históricos, reflejando y respondiendo a las dinámicas de poder y opresión que enfrentan.

Además, se menciona que “la aplicación no es una aplicación de la lingüística en sí misma [...], sino una aplicación de la teoría lingüística sobre un campo exterior” (Pêcheux, 1978, p. 271), lo que refuerza la idea de que el análisis del discurso va más allá de los aspectos puramente lingüísticos y se aplica a campos exteriores como la ideología, la historia y la sociedad.

Todo lo anterior lo retoma Eva Salgado, quien desde la contemporaneidad contribuye a esta perspectiva al señalar, refiriéndose al discurso, que “este concepto incluye no sólo palabras, sino todo aquello con lo cual podemos construir sentido: imágenes, fijas o en movimiento, gestos, miradas y, en forma amplia, cualquier acción encaminada a decir algo a alguien” (Salgado, 2019, p. 15). Esto implica que el discurso no se limita al lenguaje verbal, sino que abarca una amplia gama de medios semióticos que contribuyen a la construcción de sentido.

Salgado (2019) también afirma, a partir de lo propuesto por Pêcheux, que ninguna persona es capaz de describir la realidad de manera totalmente objetiva, ya que siempre se ve obligada a utilizar ciertos marcos de interpretación, incluso si piensa que es completamente libre. Por lo tanto, cualquier análisis del lenguaje, ya sea a nivel individual o comunitario, va más allá del propio sujeto analizado para descubrir patrones de comportamiento social, formas de entender el mundo y acuerdos sociales implícitos. Esto que sugiere que el análisis del discurso revela no sólo las intenciones individuales, sino también las pautas sociales y las ideologías subyacentes que influyen en la forma en que los individuos y las comunidades interpretan y se relacionan con el mundo.

De esta forma, conjuntando lo expuesto por Pêcheux y reformulado por Salgado, se puede afirmar que

[...] la construcción de identidad no supone necesariamente un ejercicio consciente por parte de la persona: ‘Uno puede ser un sujeto que actúa de manera coherente con sus creencias, deseos, valores y experiencias sin tener que hacer un ejercicio de autorreflexión a partir del cual se cuente una historia sobre sí mismo.’” (Salgado, 2019, p. 30)

Esta idea destaca la importancia del análisis del discurso para revelar las identidades construidas a través del lenguaje, muchas veces de manera inconsciente.

Lo anterior se complementa con las perspectivas semiótica y semántica. En el estudio de la primera destacan Julia Kristeva y Iuri Lotman, mientras que Leticia Santos reformula las bases de la segunda a las necesidades de la época actual. Esto partiendo desde que el lenguaje, en su aspecto comunicativo y social, crea entonces el discurso. Este discurso, que adopta la cualidad material del primero, se puede analizar desde distintas dimensiones, pero en esta ocasión se realizará desde sí mismo y desde la semiótica partiendo desde la premisa de que discurso y sociedad son dependientes entre sí.

Ambas obras de Rivera Garza se convierten así en campo fértil para el análisis semiótico, donde el texto literario no solo refleja las estructuras sociales existentes, sino que también actúa como un agente de cambio social e individual. Como señala Julia Kristeva, “a cada momento en que se produce, la semiótica piensa su objeto, su instrumento y su relación, y por lo tanto se piensa, y se convierte, en ese giro sobre sí misma, la teoría de la ciencia que es” (1981, p. 39). Esta autocrítica y reevaluación constante de la semiótica es crucial para entender la forma en que el lenguaje y el discurso pueden ser utilizados para cuestionar y transformar las ideologías predominantes en sí mismo.

Kristeva (1981) también nos recuerda que “los modelos semióticos así producidos se vuelven hacia el texto social -hacia las prácticas sociales de las que la ‘literatura’ no es más que una variante no valorizada- para pensarlas como otras tantas transformaciones-producciones en curso” (p. 54). En este sentido, las obras de Rivera Garza pueden ser vistas como textos sociales que participan en la transformación de las prácticas y normas de género, utilizando el lenguaje literario para explorar y desafiar las estructuras sociales.

Sin embargo, es importante tener claro que, como apunta Kristeva (1981), el texto no es simplemente el discurso de un sujeto construido en relación con otro y no se puede concebir el texto como un mero reflejo de las categorías del lenguaje en el que está escrito. Para la autora, el texto utiliza categorías desconocidas para ese lenguaje y aporta una potencialidad infinita exclusiva de él, por lo que la relación del texto con el lenguaje es una de redistribución, es decir, es a la vez destructiva y constructiva. Entonces, abordar el texto, que abarca muchos campos y no sólo el escrito, requiere una perspectiva que trascienda el lenguaje como sistema comunicativo y un análisis de las relaciones textuales a través de ese lenguaje. Esto implica que el análisis del texto literario debe ir más allá de su estructura lingüística, considerando también las categorías y significados que el texto introduce y transforma.

A su vez, Lotman (1979) aporta, desde la semiótica, una dimensión cultural al análisis del discurso señalando que:

[...] la cultura nunca representa un conjunto universal, sino tan sólo un subconjunto con una determinada organización, No engloba jamás todo, hasta el punto de formar un nivel con consistencia propia. La cultura sólo se concibe como una porción, como un área cerrada sobre el fondo de la no-cultura. (p. 68)

Se refuerza la idea de que la cultura, y por extensión el lenguaje, es siempre parcial y contextual. No existe una cultura o lenguaje universal, cada uno está enmarcado por las particularidades de su contexto social e histórico. Aquí, esta concepción se traduce en una exploración de cómo las prácticas culturales y los discursos de género específicos delimitan y definen la identidad de sus personajes.

Lotman (1979) también introduce el concepto de anticultura, explicando que se forma de manera similar a la cultura imitando su estructura y considerándose también como un sistema de signos con su propia expresión. Afirma que podría describirse como una cultura de signo negativo, casi como un reflejo inverso de la cultura original, donde los vínculos no se rompen, sino que se transforman en vínculos opuestos. Entonces, toda cultura diferente es vista como anticultura y esta idea permite explorar cómo el lenguaje puede funcionar no sólo como un reflejo de la cultura dominante, sino también como un medio para articular resistencias y alternativas a esta.

En *La cresta de Ilión* y *La muerte me da* la autora utiliza esta dinámica para cuestionar las normas de género y explorar nuevas formas de identidad femenina. Sus personajes y narrativas funcionan como espejos que reflejan, invierten y transforman las expectativas culturales ofreciendo, como lo denominaría Lotman, una visión crítica y subversiva de la realidad.

El enfoque de Lotman (1979) también nos lleva a considerar el papel del material extrasistémico en la evolución de la cultura y el lenguaje. Él sugiere que “toda diferencia, por poco estable y sensible que sea, en el material extrasistémico puede convenirse en estructural en la etapa siguiente de un proceso dinámico” (p. 97). Esto significa que los cambios y diferencias introducidos en el discurso y la cultura pueden eventualmente convertirse en nuevas estructuras normativas. Lo anterior es relevante para el análisis de las

obras de Rivera Garza, ya que muestra cómo sus exploraciones discursivas y semióticas pueden contribuir a la evolución de las normas de género en la sociedad.

Entonces, bajo los enfoques semióticos aquí destacados, Cristina Rivera Garza explora las tensiones entre lo normativo y lo transgresor, utilizando el texto literario como un espacio para cuestionar y redefinir las categorías de género y poder. Basado en lo anterior, Lotman (1979) afirma que “el ‘nosotros’ cultural es una colectividad dentro de la cual actúan las normas de la vergüenza y del honor. El miedo y la coerción definen nuestra relación con los otros” (p. 206). Este "nosotros" cultural se construye y se refuerza a través del discurso, donde las normas de género juegan un papel central en definir qué comportamientos son aceptables o no. En la narrativa de Rivera Garza, estas normas son constantemente cuestionadas, y sus personajes navegan las complejas dinámicas de vergüenza, honor, miedo, y dinámicas de poder mientras buscan afirmarse a sí mismos en un mundo patriarcal.

Estos aspectos también se pueden abordar a partir de la *menipea* descrita por Kristeva, que puede ser vista como

[...] una ambivalencia, como un hogar de las dos tendencias de la literatura occidental: representación mediante el lenguaje como puesta en escena, y exploración del lenguaje como sistema correlativo de signos. El lenguaje en la menipea es a la vez representación de un espacio exterior y ‘experiencia productora de su propio espacio’.
(Kristeva, 1981, p. 216)

Este doble movimiento de representación y producción es fundamental para entender cómo la autora utiliza el lenguaje para construir y deconstruir realidades influenciada por los factores que determinan el “nosotros” cultural de Lotman.

Este análisis, tan extenso desde la semiótica y el análisis del discurso, se detalla en la semiótica al profundizar en lo lingüístico y la manera en que estas relaciones se forman en el

pensamiento. Así, la relación entre pensamiento, lenguaje y realidad se ilustra a través del triángulo semiótico, donde el pensamiento se representa simbólicamente y se expresa a través de signos predominantemente lingüísticos. Santos (2019) afirma que “para poder comunicarnos debemos previamente representarnos la realidad de forma simbólica para después expresarla a través de un signo, predominantemente lingüístico” (p. 10). Este proceso de significación es fundamental para la comunicación y la construcción de la realidad social. Al significarnos, nos expresamos y comunicamos, integrando nuestras percepciones y experiencias en un marco comprensible para otros.

Según Leticia Santos (2019), el lenguaje se puede concebir principalmente desde dos perspectivas: la de Descartes y la de Gottlob Frege. La concepción cartesiana del lenguaje plantea una distinción entre el lenguaje privado para la representación y el lenguaje público para la comunicación, mientras que introduce dos procesos semánticos básicos para la traducción de uno a otro: codificación y descodificación. De esta forma, el hablante tiene el protagonismo, pues es quien significa su representación mental y la comunica al receptor, quien debe descodificarla para entenderla. Así se puede entender cómo el lenguaje construye y transmite significado, y cómo las identidades y las ideologías se negocian en el proceso.

Por otro lado, en el enfoque fregeano del lenguaje el pensamiento es la condición necesaria y suficiente para que la oración que lo expresa sea verdadera, proporcionando las condiciones que debe tener la referencia de la oración. Santos (2019) explica que “el sentido de una oración es su condición de verdad. Las condiciones de verdad de las oraciones se convierten en un criterio semántico con el que identificar el valor semántico (su referencia o valor de verdad) de las oraciones” (p. 15). Este enfoque nos permite analizar la forma en que se establece la verdad en el discurso y cómo las condiciones de verdad de las oraciones actúan como un criterio semántico para identificar su valor de referencia.

El conjunto de las perspectivas aquí expuestas, tanto clásicas como contemporáneas, forman una base sobre la cual cimentar la presente tesis. El análisis del discurso, el semiótico y el semántico permiten abordar ambas obras de Rivera Garza desde distintos enfoques que, al integrarse, conformarán un todo.

1.2.2.1. Las materialidades semiótico-discursivas

El análisis del discurso desde una perspectiva transdisciplinaria implica reconocer la interconexión de diversas disciplinas y enfoques teóricos. La obra de Julieta Haidar (2006) proporciona un marco teórico extenso para explorar estas interrelaciones y comprender la complejidad de las prácticas semiótico-discursivas en el mundo contemporáneo pues, en esta, la semiótica, el análisis del discurso y la semántica se entrelazan para ofrecer una comprensión más completa y profunda de cómo se produce y circula el sentido en la sociedad.

La autora principalmente señala la importancia de la escuela francesa del análisis del discurso en la comprensión de las materialidades semiótico-discursivas. Según ella, esta escuela es especialmente pertinente para abordar problemas relacionados no solo con el poder y la ideología, sino también con otras materialidades semiótico-discursivas. Además, plantea una teoría objetiva del sujeto (Haidar, 2006). La elección de esta escuela no es casual, su enfoque transdisciplinario permite un análisis más amplio y profundo que abarca múltiples dimensiones del discurso y su relación con la subjetividad, la cultura y la sociedad.

La subjetividad es un elemento central en las prácticas semiótico-discursivas, ya que, como señala Haidar (2006), “las prácticas semiótico-discursivas no se pueden desvincular de la subjetividad, porque sin sujetos no podrían existir” (p. 65). Este enfoque reconoce que el

lenguaje y el discurso no son entidades autónomas, sino que están intrínsecamente ligados a los sujetos que los producen y consumen. La variabilidad y la riqueza del lenguaje se derivan de esta relación dinámica con la subjetividad, lo que permite una continua reinterpretación y resignificación de los signos y significados.

La escuela francesa de análisis del discurso, influenciada por el pensamiento de Michel Pêcheux, establece varios debates significativos con la lingüística estructural, la pragmática y otros modelos inmanentistas del análisis textual, como los de la semiótica estructural narrativa (Haidar, 2006). Esta tendencia no se limita a Francia; también incorpora influencias de otras escuelas en Estonia, Suiza, Bélgica y Latinoamérica. Esta gran diversidad de perspectivas permite una visión más rica y extensa del análisis del discurso integrando diferentes enfoques y metodologías para una comprensión más completa de las prácticas semiótico-discursivas.

La semántica, como estudio del significado, se integra en este marco transdisciplinario al proporcionar herramientas para analizar cómo se construyen y transmiten los significados en el lenguaje. Haidar (2006) propone que el discurso contemporáneo es un conjunto transoracional con reglas sintácticas, semánticas y pragmáticas, lo que permite explorar cómo los significados se articulan a través de diferentes niveles del lenguaje y la forma en que se relacionan con las condiciones de producción, circulación y recepción del discurso.

Desde una perspectiva transdisciplinaria, Haidar (2006) sostiene que “toda cultura es un texto, o un conjunto de textos, de metatextos, de intextos, dependiendo del nivel en que uno se ubica” (p. 75). Este enfoque continúa el pensamiento de Iuri Lotman, quien veía la cultura como un sistema de signos y textos interrelacionados. La transdisciplinariedad

permite abordar la cultura no sólo desde una perspectiva lingüística, sino también integrando aspectos sociales, históricos y culturales que enriquecen la comprensión de los fenómenos discursivos.

Con lo anterior, para complementar su análisis, la autora propone tres categorías fundamentales para estudiar las condiciones de producción (CP), circulación (CC) y recepción (CR) del discurso. La primera, según la autora, es la más comúnmente trabajada, pues es más fácil construir datos en esta categoría. Sin embargo, Haidar subraya la importancia de considerar también las condiciones de circulación (CC) y recepción (CR), ya que toda producción supone una recepción (Haidar, 2006). Estas categorías son cruciales para entender cómo se genera, distribuye y consume el sentido en diferentes contextos. La dialéctica de la interdiscursividad y la intersemiosis implica que toda producción discursiva supone una recepción, resaltando la importancia de considerar tanto al emisor como al receptor en el análisis del discurso.

Después de lo anterior, queda claro que la noción de las materialidades en el discurso es esencial para Haidar. Estas materialidades, que constituyen lo que Foucault denomina “la arqueología del saber”, abarcan diversas dimensiones que superan la superficie lingüística y semiótica. Además, se identifican trece materialidades: sensorial, comunicativo-pragmática, ideológica, del poder, cultural, histórica, cognoscitiva, de simulacro, social, psicológica, psicoanalítica, estético-retórica y lógico-filosófica (Haidar, 2006) Estas capas se entrelazan y conforman un conjunto complejo que permite un análisis más profundo de las prácticas semiótico-discursivas. La propuesta teórica aquí planteada será útil para entender la forma en que el lenguaje incide en el discurso a través de todas las estructuras que conforman la realidad, en este caso el espacio narrativo en ambas obras de Rivera Garza.

Sin embargo, la relación entre los sujetos y las prácticas discursivas no se puede reducir a la simple intersubjetividad. Según Haidar (2005), “los sujetos entran, necesariamente, en relaciones socio-histórico-cultural-políticas que no son reductibles a la simple intersubjetividad” (p. 95). Esta perspectiva permite destacar la importancia de considerar tanto las posiciones subjetivas como objetivas de los sujetos en el análisis del discurso. Este enfoque reconoce la complejidad de las relaciones sociales y la necesidad de un análisis que considere múltiples dimensiones y perspectivas, pues reducir las relaciones sociales a una dimensión intersubjetiva implica un análisis insuficiente que no capta la totalidad de las dinámicas sociales y discursivas.

Todo lo expuesto por Haidar se conjunta en un “modelo semiótico-discursivo-transdisciplinario”, creado para analizar la estructura de producción y reproducción del sentido en el discurso. Son herramientas conceptuales que, en esta tesis, se aprovecharán para analizar con mayor profundidad y desde la mayor cantidad de perspectivas y matices el discurso contenido en ambas obras.

Este modelo se basa en cuatro ejes analíticos que permiten superar los ámbitos más comúnmente trabajados y ofrece una visión más integral del discurso. Los ejes mencionados consideran tanto las exterioridades como las interioridades semiótico-discursivas, abarcando la forma en que se lleva a cabo el discurso y su impacto en la sociedad bajo las condiciones de producción y recepción del discurso, sus materialidades y funcionamientos y la verdad, la mentira y lo verosímil (Haidar, 2006). Tal enfoque permite un análisis más completo y profundo de cómo se produce, circula y consume el sentido en diferentes contextos, por lo que será la base de este análisis.

1.2.3. Estudios sociolingüísticos y culturales

Los estudios sociolingüísticos y culturales han emergido como un campo interdisciplinario que se enfoca en analizar las formas de producción y difusión de significados en la sociedad; se caracterizan por su capacidad de abordar las dinámicas complejas de las relaciones de poder, las estructuras ideológicas, y las prácticas sociales desde diversas perspectivas. En primer lugar, Guerrero y Robles (2019) destacan que “los estudios culturales son un área del conocimiento que utiliza la interdisciplina para el estudio de las formas de producción y difusión de significados en una sociedad” (p. 148). Este enfoque interdisciplinario permite a los investigadores explorar las diversas formas en que los individuos se desenvuelven en la sociedad y cómo se configuran las relaciones de poder en diversos contextos ideológicos, genéricos, políticos y culturales.

Guerrero y Robles (2019) destacan que la importancia de los estudios culturales radica en su capacidad para analizar y teorizar sobre procesos, relaciones y prácticas específicas ubicadas en contextos particulares. Esto implica que los estudios culturales son esencialmente interdisciplinarios y pueden llenar vacíos analíticos que disciplinas como el análisis del discurso y la semiótica no pueden cubrir por sí solas. Al utilizar una variedad de enfoques disciplinarios, los estudios culturales pueden abordar problemas complejos desde múltiples ángulos, convirtiéndose en una antidisciplina que se adapta a las necesidades del objeto de estudio.

Además, un aspecto crucial de estos es la flexibilidad y mutabilidad de los conceptos que emplean. Guerrero y Robles (2019), citando a Mieke Bal, explican que:

[...] un concepto no es sólo una representación abstracta de un objeto. Ella opina que los conceptos necesitan ser claros, explícitos y definidos. Dice que los conceptos son flexibles, que tienen la capacidad de mutar, que una vez delimitado un concepto puede

formar parte de una metodología que no sea rígida y que por lo tanto es importante poner a los conceptos en discusión entre disciplinas. (p. 151)

En otras palabras, los conceptos en los estudios culturales deben ser claros y bien definidos, pero también deben ser lo suficientemente flexibles para adaptarse a diferentes contextos metodológicos y ser debatidos en múltiples disciplinas. Esta flexibilidad permite una mejor comprensión de los fenómenos sociales y culturales al reconocer que estos están en constante cambio y evolución.

Por otro lado, hablando de estudios sociolingüísticos, el poder es otro tema central. Según van Dijk (2008), el poder no sólo se manifiesta ‘en’ o ‘a través’ del discurso sino que es más relevante como fuerza social ‘detrás’ del discurso. En este punto, la relación entre discurso y poder es cercana y una manifestación directa del poder de clases o grupos específicos. Entonces, el poder también actúa como una fuerza social que se sustenta en el discurso, por lo que la relación entre discurso y poder es estrecha y directa reflejando las dinámicas de poder y la posición de sus miembros. Este es uno de los temas centrales del discurso en ambas obras de Rivera Garza, donde el poder se inclina hacia ciertos grupos según el lenguaje que utilizan.

Entonces, el acceso al discurso y su control son indicadores importantes del poder social. Van Dijk (2008) señala que

discourse is similar to other valued social resources that form the basis of power and to which there is unequally distributed access. [...] measures of discourse access may be rather faithful indicators of the power of social groups and their members⁷ (p. 67).

⁷ “El discurso es similar a otras valiosas fuentes sociales que forman las bases del poder y a las que se tiene acceso inequitativamente distribuido. [...] las medidas de acceso al discurso pueden sólo a veces ser indicadores confiables del poder en grupos sociales y sus miembros”. Traducción de la autora.

Así, se destaca el desigual acceso al discurso y, por lo tanto, al poder. Para ejercer este poder a través del discurso, los actores sociales deben prepararse adecuadamente, controlando los eventos comunicativos y la audiencia, y facilitando el acceso a la comprensión de su mensaje.

Con lo anterior, también se argumenta que la manipulación del discurso es una forma de persuasión que puede ser legítima o no, dependiendo del contexto y de las intenciones detrás del discurso. El autor menciona que “*manipulative discourse typically occurs when the recipients are unable to understand the real intentions or to see the full consequences of the beliefs or actions advocated by the manipulator*” (p. 212)⁸. Esta forma de discurso puede ser particularmente efectiva cuando el manipulador satisface ciertos criterios personales y sociales que le permiten influir en otros.

Para poder ejercer control social sobre otros, los actores sociales deben cumplir con criterios que les permitan influir en primer lugar. Estos criterios pueden incluir características personales como carisma, credibilidad, y habilidades comunicativas, así como factores sociales como el estatus y las relaciones de poder existentes.

En conjunto, los estudios sociolingüísticos y culturales proporcionan una perspectiva amplia y flexible para entender las dinámicas de poder, las estructuras ideológicas y las prácticas sociales en diversos contextos. De esta forma, brindan bases suficientes para entender el lenguaje influenciado por el género, y viceversa.

⁸ “El discurso manipulativo ocurre típicamente cuando los receptores son incapaces de entender las intenciones reales o de ver las enteras consecuencias de las creencias o acciones promovidas por el manipulador”. Traducción de la autora.

1.3. El género femenino en la contemporaneidad

1.3.1. Género y feminismos

Los estudios feministas y de género son un campo extenso y multidisciplinario que examina las complejas interacciones entre la mayoría de los conceptos ya abordados en apartados anteriores, entre los que destacan el lenguaje, la identidad, el poder, la cultura y la sociedad. A lo largo de la historia, el feminismo ha desempeñado un papel crucial en la crítica y la defensa de la modernidad, cuestionando y redefiniendo las nociones de género y poder en este contexto social, que es esencialmente cambiante.

Brooks (1997) afirma que el feminismo “*constitutes both a critique of and a defence of modernity, so has a great stake in the modernity-postmodernity debates which are at heart about the possibility of a ‘subject’ for social theory*”⁹ (p. 13). Esta dualidad no opositiva permite al feminismo fluctuar con el lenguaje y la realidad, abordando cuestiones de género, sexo y significación. La capacidad del feminismo para adaptarse y responder a los cambios en la sociedad y en la teoría social lo convierte en una fuerza dinámica y continua.

Desde sus inicios, Michel Foucault y Jacques Lacan han sido una figura clave en la teoría feminista contemporánea. En cuanto al primero, su trabajo desafía las concepciones feministas tradicionales sobre la naturaleza del conocimiento, el poder y, en particular, la comprensión feminista sobre la naturaleza del poder de los hombres sobre las mujeres (Brooks, 1997). Foucault, extraído por Brooks (1997), argumenta que el poder no se manifiesta únicamente a través de las creencias individuales, sino que se ejerce mediante prácticas sociales cotidianas. Esta perspectiva foucaultiana subraya que el poder se dispersa

⁹ “Constituye tanto una crítica como una defensa de la modernidad, por lo que tiene un gran interés en los debates sobre la modernidad y la posmodernidad, que en el fondo tratan sobre la posibilidad de un 'sujeto' para la teoría social”. Traducción de la autora.

y se reproduce en las relaciones sociales, lo que sugiere que las estructuras de dominación y subordinación se sostienen a través de las prácticas y los discursos cotidianos.

Sin embargo, Brooks (1997), comenta que desde una perspectiva lacaniana la formación de la identidad se entiende de manera diferente pues, según el modelo de Lacan, el niño no nace siendo un sujeto que luego adquiere características sociales apropiadas. Más bien, se convierte en un sujeto a través de la intervención social, transformándose simultáneamente en un 'sujeto social y parlante'. Lo anterior implica que la identidad de género no es innata, sino que se construye a través de la interacción social y el lenguaje. Esta teoría desafía las nociones esencialistas de la identidad de género y resalta el papel crucial de la socialización en la formación del sujeto.

Marcela Lagarde, desde un punto de vista hispanoamericano, también ofrece una visión crítica sobre la transgresión y la autonomía de las mujeres en contextos de obediencia genérica. Ella argumenta que, en el caso de las mujeres, definidas genéricamente por la obediencia, la transgresión adquiere una doble significación metodológica, pues define los hechos de poder que socialmente traspasan las mujeres y permite evaluarlos en torno a la construcción de su autonomía (Lagarde, 2005). Así, la transgresión no sólo revela los mecanismos de poder que subyugan a las mujeres, sino que también actúa como un medio para que estas reclamen su autonomía y redefinan sus roles en la sociedad; en *La cresta de Ilión* con el lenguaje que inventan ambas mujeres y que tiene la facultad de redefinir la identidad del protagonista, y en *La muerte me da* con la forma en que se mira a los asesinados que se feminizan al ser víctimas, adjetivo femenino.

Lagarde también destaca la importancia de un enfoque antropológico para comprender la constitución y evolución histórica de las mujeres. Según la autora, "la tesis antropológica que sostiene la unidad de la especie y ubica a los seres humanos como sujetos

históricos complejos y multideterminados es necesaria para concebir a la mujer como una particular unidad dialéctica entre cuerpo, sociedad y cultura” (Lagarde, 2005, p. 63). Este enfoque reconoce a las mujeres como sujetos históricos cuya identidad no es unilateral o sencilla, sino que se forma en la intersección de muchas estructuras entre las que destacan el cuerpo, la sociedad y la cultura.

Podría parecer absurdo resaltar lo anterior pero, cuando se habla de la mujer desde las estructuras patriarcales que actualmente moldean la realidad, parece estar muy olvidado este hecho. Como consecuencia de ello, Lagarde (2005) también afirma que:

Cada mujer desarrolla de manera diferencial, como todos los oprimidos, el potencial de poder surgido de lo que da al opresor. Así, bajo la dominación, los oprimidos son poderosos porque llenan aquello de lo cual carece, a la vez que necesita, quien tiene atributos considerados esencia del poder. (p. 199).

Esta visión sugiere que, aunque las mujeres pueden estar oprimidas, poseen un poder intrínseco que se manifiesta de manera diferencial y se deriva de las dinámicas de dominación y necesidad. El sistema sexo-género en sí mismo tiene significados profundos; ser mujer y el lenguaje basado en el género implican algo más allá de la mera biología, posicionando al cuerpo femenino como un campo político.

Brooks (1997), retomando lo propuesto por Angela McRobbie, argumenta que la comprensión de la feminidad y su relación con el feminismo se ha vuelto más compleja. Ella sostiene que ahora existe un mayor grado de fluidez sobre lo que significa la feminidad y cómo se representa exactamente en la realidad social, esto resulta en una mayor incertidumbre en la sociedad sobre lo que es ser mujer. Tal complejidad y fluidez reflejan los cambios sociales y culturales que han llevado a una reconfiguración de las identidades de género, desafiando las definiciones rígidas y tradicionales de la feminidad.

También se señala que “*even the supposed biological referents of gender (“sex” in genotype) are themselves socially constructed*”¹⁰ (Brooks, 1997, pp. 189-190). Esto implica que el debate sobre el género ha trascendido el ámbito biológico para enfocarse en aspectos más filosóficos y metafísicos, como el constructo social y la significación de la realidad a través del lenguaje. Así, se logra resaltar la forma en que nuestras comprensiones de la biología están mediadas por los discursos y las prácticas culturales, subrayando que el sexo y el género son productos de construcciones socioculturales.

Es entonces donde Brooks (1997) destaca que “*the relationship between power and resistance in Foucault’s work has implications for conceptualisations of identity. Bailey (1993:116), drawing on Foucault, claims that his contention that ‘all discourses give rise to resistance’ offers a more fluid, more partial ‘identity’*”¹¹ (p. 191). Esta idea sugiere que la identidad no es fija, sino que está en constante negociación y reconfiguración a través de los discursos y las prácticas de resistencia. En este contexto, la identidad de género se entiende como un proceso dinámico y en constante cambio influenciado por las relaciones de poder y los actos de resistencia que parten del discurso, mientras este parte del lenguaje.

1.3.2. Género y lenguaje en la contemporaneidad

En la época contemporánea, el estudio del género y el lenguaje aborda la intersección entre identidad de género, poder y comunicación. A lo largo del tiempo, la teoría feminista ha revelado las diversas formas en que el lenguaje no sólo refleja sino también configura las

¹⁰ “Incluso los supuestos referentes biológicos del género (el “sexo” en el genotipo) son ellos mismos socialmente construidos”. Traducción de la autora.

¹¹ “La relación entre poder y resistencia en el trabajo de Foucault tiene implicaciones para la conceptualización de la identidad. Bailey (1993: 116), citando a Foucault, señala que su argumento de que ‘todos los discursos dan lugar a la resistencia’ ofrece una más fluida, más parcial ‘identidad’”. Traducción de la autora.

relaciones de poder y la percepción de género. En este contexto, es fundamental comprender cómo el lenguaje actúa como una herramienta performativa que construye y destruye las identidades de género.

Este es uno de los temas principales que se abordan desde el feminismo de la diferencia pues, para las feministas que conforman esta línea crítica, sólo la mujer puede definirse a sí misma, “de esa manera podrán modificar positivamente la percepción de sus rasgos y atributos que han sido devaluados en el sistema patriarcal” (Alarcón, 2019, p. 15).

Esta afirmación subraya la importancia del control del discurso en la valorización y revalorización de las identidades femeninas. Al otorgar a las mujeres el poder de definir su propio género, se les permite desafiar las narrativas patriarcales que han dominado históricamente la percepción de sus características y roles.

Esta idea la destaca Marta Lamas (2007), quien argumenta que “desde la infancia vamos percibiendo las representaciones de ‘lo femenino’ y ‘lo masculino’ mediante el lenguaje y la materialidad de la cultura (los objetos, las imágenes, etc.)” (p. 02). Así, se destaca la cualidad que tiene el lenguaje para, desde su materialidad, moldear la realidad cultural de los individuos. Esto es evidente en la literatura contemporánea, donde autoras como Cristina Rivera Garza construyen personajes que desafían las definiciones tradicionales de género e identidad valiéndose del lenguaje: identidades fluctuantes revalorización de las estructuras de poder, entre otros.

Alarcón (2019), siguiendo el pensamiento de Butler, señala que tener un cuerpo "natural" masculino o femenino no asegura que se desarrollará su género correspondiente, ya que lo biológico es continuamente influenciado por discursos de poder. Así, el sexo no puede ser visto como una entidad autónoma y fija que adquiere significado sólo cuando se le asignan

símbolos y significados culturales de manera pasiva. Según Butler, ambas categorías son resultado de una construcción sociocultural. Esta perspectiva desafía la noción esencialista de que el sexo biológico determina la identidad de género, destacando en cambio cómo los discursos culturales y sociales moldean nuestra comprensión del género.

Así, Judith Butler expone que “*to claim, for instance, that the body is fabricated in discourse is not only to figure discourse as a fabricating kind of activity, but to sidestep the important questions of ‘in what way’ and ‘to what extent’*”¹² (1997, p. 02). Esta observación sugiere que el lenguaje no es simplemente un reflejo de la realidad física, sino una herramienta activa que configura nuestras percepciones y experiencias corporales.

Entonces, aunque el discurso construye al cuerpo, es necesario entender cómo y hasta qué punto esto ocurre pues, como ya se vio en apartados anteriores, el lenguaje no sólo describe la realidad, sino que la crea activamente. El lenguaje performativo tiene el poder de dar forma a la identidad de género y a la realidad social. Es a través de las palabras y las narrativas que se asignan roles, comportamientos y expectativas, moldeando así tanto la percepción individual como colectiva. Este proceso de construcción lingüística es fundamental para comprender la dinámica de poder y la configuración de las relaciones sociales.

Sobre lo anterior, Butler (1997) también argumenta que la gramática revela las limitaciones de su propia ilusión mimética al afirmar una realidad que inevitablemente se distorsiona y que sólo puede manifestarse a través de tal alteración. Esto significa que el

¹² “Afirmar, por ejemplo, que el cuerpo es fabricado en el discurso no solo es concebir el discurso como una actividad de fabricación, sino esquivar las importantes preguntas de ‘de qué manera’ y ‘en qué medida’”. Traducción de la autora.

lenguaje nunca puede representar completamente la realidad de manera fiel y objetiva, ya que siempre está mediado por estructuras gramaticales y discursivas que, en su materialidad, se siguen transformando a sí mismas y entre sí.

Según Butler (1997), la materialidad del cuerpo, de forma similar a la materialidad del lenguaje:

[...] *escapes from the figures it conditions and by which it is corroded and haunted, then this body is neither a surface nor a substance, but the linguistic occasion of the body's separation from itself, one that eludes its capture by the figure it compels.*¹³ (p. 18)

Esta visión presenta el cuerpo como una entidad compleja que no puede ser completamente atrapada o definida por el lenguaje, subrayando la separación y la resistencia entre el cuerpo físico y su representación discursiva.

En relación con lo anterior, también se destaca que “si estamos formados en el lenguaje, entonces este poder constitutivo precede y condiciona cualquier decisión que pudiéramos tomar sobre él, insultándonos desde el principio, desde su poder previo” (Butler, 1997b, p. 16). Lo anterior determina que el lenguaje, en su capacidad de dar forma a la identidad y a la realidad social, posee un poder previo que condiciona nuestras acciones y decisiones. Y es que existimos en la sociedad desde el momento en que somos nombrados, nuestra vida inicia y se transforma en el lenguaje y se transforma; un gran ejemplo de esta afirmación en ambas obras de Rivera Garza son los cambios en la identidad genérica del

¹³ “Escapa de las figuras que condiciona y por las que es corroído y atormentado, entonces este cuerpo no es ni una superficie ni una sustancia, sino la ocasión lingüística de la separación del cuerpo de sí mismo, una que evita su captura por la figura que obliga”. Traducción de la autora.

protagonista en *La cresta de Ilión*, o la variabilidad identitaria de la Asesina en *La muerte me da*. El acto de nombrar no sólo nos otorga identidad, sino que también nos inserta en un contexto social y temporal más amplio.

Relacionado con estas ideas, Deborah Cameron (1992) afirma que el análisis feminista del lenguaje tiene mucho en común con el análisis feminista de la sexualidad, pues “*it is a powerful resource that the oppressor has appropriated, giving back only the shadow which women need to function in a patriarchal society*”¹⁴ (p. 08). En la contemporaneidad, en las obras hispanoamericanas escritas por mujeres, en este caso las ya mencionadas de Cristina Rivera Garza, se observa un esfuerzo por reclamar el lenguaje y utilizarlo para desafiar y subvertir las estructuras patriarcales; así hace notar más claramente la capacidad transformadora del lenguaje.

No obstante, Cameron (1992) advierte que “*the feminist dream of a common language, like all dreams for a perfectly true language, of a perfectly faithful naming of experience, is a totalising and imperialist one*”¹⁵ (p. 177). Esta advertencia subraya los peligros de buscar un lenguaje único y universal que represente fielmente la experiencia femenina, ya que tal intento podría ignorar las diversidades y complejidades inherentes a las experiencias de las mujeres.

Así pues, queda claro que el lenguaje no sólo refleja las realidades sociales, sino que también las configura activamente desempeñando un papel crucial en la construcción de las identidades de género. El lenguaje es fundamental al hablar de género porque el individuo se

¹⁴ “Es un recurso poderoso que el opresor ha apropiado, devolviendo solo la sombra que las mujeres necesitan para funcionar en una sociedad patriarcal”. Traducción de la autora.

¹⁵ “El sueño feminista de un lenguaje común, como todos los sueños de un lenguaje perfectamente verdadero, de una denominación perfectamente fiel de la experiencia, es uno totalizante e imperialista”. Traducción de la autora.

vuelve social al introducirse en él; pero no sólo al ser nombrado, sino al aprenderlo, al desenvolverse dentro de él, al apropiárselo. Este proceso implica no sólo adquirir habilidades lingüísticas, sino también entender y navegar las complejas estructuras de poder y significado que el lenguaje conlleva desde estructuras metodológicas con bases discursivas que permitan la entera comprensión de este. De esta forma, al reconocer y reclamar el poder del lenguaje, se puede continuar luchando por una representación más justa y equitativa de las identidades de género en la sociedad contemporánea.

Lo expuesto en este apartado da pie a la necesidad de realizar un análisis profundo e interdisciplinario del lenguaje utilizado en *La cresta de Ilión* y *La muerte me da*, ambas obras de Cristina Rivera Garza, con el objetivo de plasmar las distintas formas en que este puede transformar la realidad presentada en los universos narrativos de la autora especialmente en cuanto a la reconfiguración de la identidad biológica y social de los personajes, que nos permitirá comprender más extensamente una muestra de la representación del género en la literatura mexicana contemporánea escrita por mujeres.

CAPÍTULO 2. *LA CRESTA DE ILIÓN*

“Las palabras finalmente como algo que se toca y se palpa, las palabras como materia ineludible.”

(Rivera Garza, 2018, p. 126)

2.1. Género, corporeidad y lenguaje

Si en medio de la lluvia, llegara una extraña a mi puerta para luego afirmarme que no soy lo que era, porque ella me conoce mejor que yo misma, la realidad como la conozco se caería a pedazos para mí. Una sola referencia al lenguaje basta para que este logre cambiar la construcción prestablecida de la realidad: si la extraña trata incesantemente de convencerme de que soy distinta a lo que pienso, me modifica con su lenguaje y, por lo tanto, me voy modificando yo a través de su lenguaje.

Comenzar analizando *La cresta de Ilión* a partir de la interrelación entre el género, la corporeidad y el lenguaje, este último desde su capacidad transformadora, nos permitirá explorar las diversas formas en que estas tres dimensiones se entrelazan en la creación y deconstrucción de identidades. Esta obra de Cristina Rivera Garza muestra al lenguaje como un océano casi palpable que se entiende como una herramienta de construcción y resistencia en un contexto que desafía las concepciones tradicionales de género y corporeidad.

En primer lugar, la interrelación entre lenguaje y cuerpo es uno de los temas base de la novela. En este sentido, Judith Butler (1997) nos ofrece una perspectiva fundamental al afirmar que “*we tend to describe language as actively producing or crafting a body every time we use, implicitly or explicitly, the language of discursive construction*”¹⁶ (p. 02). Esta afirmación permite visualizar al lenguaje no sólo como un medio para comunicar ideas, sino una fuerza activa que participa en la creación de identidades corporales.

En *La cresta de Ilión*, lo anterior se manifiesta en el nuevo lenguaje creado por la Amparo Falsa y la Traicionada, elemento central de la obra que repercute directamente en el protagonista en fragmentos como:

¹⁶ “Tendemos a describir el lenguaje como si produjera o construyera activamente un cuerpo cada vez que lo usamos, implícita o explícitamente, el lenguaje de la construcción discursiva”. Traducción de la autora.

[...] recordé las palabras de Amparo Dávila y me llené de rabia. Detuve el auto a un lado de la carretera y, con el pretexto de que iba a orinar detrás de un arbusto, me escondí para tocarme y comprobar que todo seguía ahí, en su sitio: mi pene y mis testículos y mi escroto y todas las evidencias que contradecían flagrantemente la aserción de Amparo Dávila. (Rivera Garza, 2018, p. 65)

De esta forma se representa la capacidad del lenguaje para construir la realidad, particularmente la identidad sexo-genérica de los personajes, que son configurados y reconfigurados a través del discurso. El lenguaje, en su capacidad performativa, no sólo los describe, sino que los construye de maneras que trascienden lo físico.

Sin embargo, esta construcción no es absoluta ni homogénea. Butler (1997) también señala que la idea de construcción a través del lenguaje corre el peligro de caer en un tipo de "lingüicismo", lo que significa asumir que lo que el lenguaje crea es también solo lenguaje, y que el objeto que se construye mediante este proceso no es más que el propio lenguaje. Es decir, aunque el lenguaje tiene un papel fundamental en la construcción de la identidad corporal, también hay aspectos del cuerpo que escapan a la captura lingüística. En este sentido, el protagonista de la novela muestra resistencia a construirse únicamente a partir del lenguaje, reflejando la tensión entre el cuerpo como objeto discursivo y su realidad material.

Además, en el desarrollo del universo narrativo de la autora, la pérdida de contexto por parte del protagonista es fundamental. Butler (1997b) indica que "ser herido por el lenguaje es sufrir una pérdida de contexto, es decir, no saber dónde se está" (p. 19). Esta afirmación encuentra eco en la experiencia del protagonista quien, en algún punto de la novela, no sabe dónde se encuentra en cuanto a su identidad, lo que lo lleva a emprender una odisea personal. En esta búsqueda, el lenguaje juega un papel ambiguo: si bien es un medio de construcción de identidad, también puede fragmentar la percepción de la realidad.

En la obra, con el lenguaje líquido que inventan ambas inquilinas del protagonista, se sugiere también la existencia de un "lenguaje femenino", este tipo de construcción lingüística basada en el género permite a las mujeres crear un espacio propio dentro del mundo discursivo, lo que a su vez las convierte en agentes activas de su propia subjetividad. En *La cresta de Ilión*, esta creación de un lenguaje femenino, o al menos un lenguaje que desafía las estructuras patriarcales, es fundamental para que los personajes femeninos puedan articular sus propias experiencias. Como Cameron (1992) señala, "*the alienation of women from language is not an inevitability*"¹⁷ (p. 195), lo que sugiere que las mujeres pueden y deben crear su propio lenguaje para convertirse en sujetos plenos dentro de la sociedad.

Entonces queda claro que este desafío al lenguaje patriarcal y a las estructuras de poder también se manifiesta en el terreno de la representación literaria. Brooks (1997), a partir de lo mencionado por Craig Owens, argumenta que "*feminism as a radical critique of the master narratives of modern man...is a political and an epistemological event*"¹⁸ (p. 96). La novela de Rivera Garza puede entenderse como un acto de resistencia feminista, un desafío a las formas tradicionales de representación de género y corporeidad en la literatura. Con su lenguaje líquido tan cotidiano representado en fragmentos como:

Ma glu nemrique pa, glu? —preguntaba la Amparo falsa, entre risas, en la mesa del comedor.

—Oh, glu hiserfui glu trenji fredso glu, glu-glu —contestaba la otra mirándome, como ya era su costumbre, de reojo, mientras se empinaba un vaso de jugo de naranja.

—Glu caserita —decía mirando el mar una vez más—, meli you glu brumino glu trejí

¹⁷ "La alienación de las mujeres del lenguaje no es una inevitabilidad". Traducción de la autora.

¹⁸ "El feminismo como una crítica radical de las narrativas maestras del hombre moderno...es un evento político y epistemológico". Traducción de la autora.

cla etri glu, glu? Sus gestos, sus palabras, su incesante cercanía me producían una humillación sin límite. (Rivera Garza, 2018, p. 71)

La autora deconstruye las narrativas dominantes, expande los límites de lo que es representable y abre nuevos espacios para la subjetividad femenina.

De hecho, Julia Kristeva, citada por Brooks (1997), sostiene que el posmodernismo es “*that literature which writes itself with the more or less conscious intention of expanding the signifiable and thus the human realm*”¹⁹ (p. 137). En este sentido, *La cresta de Ilión* puede interpretarse como un texto posmoderno que se inscribe en la tarea de expandir los límites de lo que puede decirse y lo que puede ser experimentado. La fragmentación del cuerpo y de la identidad en la novela refleja una preocupación por explorar nuevas formas de ser y de representar lo humano.

El cuerpo, sin embargo, sigue siendo un "punto ciego del lenguaje" desde el punto de vista del habla, ya que

[...] el acto que el cuerpo realiza al hablar nunca se comprende completamente; el cuerpo es el punto ciego del habla, aquel que actúa en exceso con respecto a lo que se dice, aunque actúa también en y a través de lo que se dice. (Butler, 1997b, p. 30)

En la novela, el cuerpo se transforma al igual que el lenguaje, reflejando una relación dialéctica entre ambos. Los personajes de Rivera Garza, al igual que sus cuerpos, son moldeados y remoldeados por el discurso, pero nunca son completamente aprehensibles ni reducibles a él.

En cuanto al género, es palpable una diferencia entre la cosmovisión femenina y masculina no sólo en la literatura, sino en la vida en general. En la obra de Rivera Garza, esta

¹⁹ “Esa literatura que se escribe con la intención más o menos consciente de expandir lo significable y, por tanto, el ámbito humano”. Traducción de la autora.

diferencia se manifiesta, además de en la forma en que los personajes femeninos se construyen a sí mismos, también en cómo desafían las narrativas impuestas por el patriarcado: “Tocarme se convirtió, de hecho, en una manera más de verme en el mundo. Estoy aquí, me decía. Soy yo.” (Rivera Garza, 2018, p. 91) Así, la novela se convierte en un espacio donde se cuestiona y se reconfigura la diferencia sexual, no como una esencia biológica, sino como una construcción discursiva.

En este sentido, Golubov (2020), tomando como referencia el pensamiento de Butler, sostiene que las diferencias biológicas “están siempre ya dotadas de género, [...] porque el género es el medio discursivo/cultural a través del cual la 'naturaleza sexuada' o 'un sexo natural' se forma y establece como prediscursivo” (p. 48). Esta afirmación subraya que el género no es algo que se añade posteriormente a la biología, sino que es constitutivo de cómo entendemos el cuerpo y la identidad desde el principio.

En este proceso de construcción y deconstrucción del cuerpo y la identidad, *La cresta de Ilión* explora las tensiones entre la biología y el discurso, una cuestión que Judith Butler (1997) aborda al señalar que "*although the body depends on language to be known, the body also exceed every possible linguistic effort of capture*"²⁰ (p. 4). Esta tensión se manifiesta en los personajes, quienes, al ser definidos a través de un lenguaje que constantemente reconstruye su corporeidad, también se rebelan contra las categorías que intentan apresarlos. Este desbordamiento del cuerpo, que excede su representación lingüística, nos lleva a cuestionar el papel del lenguaje en la formación de identidades "fijas" y nos confronta con la fluidez y maleabilidad del ser.

²⁰ “Aunque el cuerpo depende del lenguaje para ser conocido, también excede todo esfuerzo lingüístico posible de captura”. Traducción de la autora.

Otro aspecto central de la novela es la forma en que los personajes experimentan la alienación y la fragmentación de su identidad. Al hablar del poder performativo del lenguaje, Butler (1997b) señala que "el lenguaje preserva el cuerpo, pero no de una manera literal, trayéndolo a la vida o alimentándolo; más bien, una cierta existencia social del cuerpo se hace posible gracias a su interpelación en términos de lenguaje" (p. 21). En *La cresta de Ilión*, conocemos la vida pasada del protagonista a través del lenguaje en todos los momentos en que la Amparo Falsa se toma la libertad de hacerle saber a este último que fue mujer en su vida pasada. Esto que sugiere que, aunque el cuerpo físico cambie o desaparezca, su existencia social puede persistir mediante el discurso. Esta preservación discursiva del cuerpo también plantea la posibilidad de que el lenguaje amenace la existencia corporal, como se observa en la forma en que el pasado del protagonista resurge y amenaza su estabilidad.

Este proceso de interpelación entre el lenguaje y las normas sociales encuentra su paralelismo en las formaciones discursivas planteadas por Pêcheux (1978), quien señala que todo proceso lingüístico necesita de un remitente (A), un destinatario (B), un referente o contexto (C) en común y un código lingüístico (L) también en común que permita que el mensaje sea entendido. Estos elementos discursivos designan "lugares determinados en la estructura de una formación social" (p. 48). En la novela, los personajes no solo se comunican entre sí, sino que también ocupan posiciones discursivas que los sitúan en una red de relaciones sociales, de poder y de género. Este entramado discursivo es fundamental para entender cómo se configuran las interacciones entre los personajes, especialmente en lo que respecta a las relaciones de poder entre los géneros.

A lo largo de *La cresta de Ilión*, la relación entre la Amparo Falsa y el protagonista se enmarca dentro de estos imaginarios discursivos, donde los personajes interactúan consigo mismos y con los demás a partir de las posiciones que ocupan en el discurso. Según Pêcheux

(1978), la interacción discursiva puede analizarse desde la perspectiva de las "formaciones imaginarias" (p. 49), lo que permite estudiar la forma en que los personajes se ven a sí mismos y cómo perciben a los demás en el acto comunicativo. Este análisis resulta especialmente útil para comprender las tensiones de poder y las dinámicas de género que atraviesan las interacciones entre los personajes en la novela.

Entonces, tomando en cuenta que el remitente (A) es la Amparo Falsa y el destinatario (B) es el protagonista, se puede entender que:

- La imagen del lugar de A se traduce en la forma en que la Amparo Falsa (A) interactúa consigo misma (A), ¿quién soy yo para hablarle así?, en fragmentos como “—Soy Amparo Dávila —mencionó [...] Parecía aliviada de algo pesado y amenazador. Daba la impresión de que había encontrado lo que buscaba.” (Rivera Garza, 2018, p. 19); y con el protagonista (B), ¿quién es él para que me hable así?, en fragmentos como “cualquiera con la vista normal se habría fijado en mi vello facial, la cuadratura de mis hombros, la estrechez de mis caderas, el bulto entre las ingles. Cualquiera, quiero decir, excepto Amparo Dávila y su horda de emisarias.” (Rivera Garza, 2018, p. 81)
- La imagen del lugar de B se traduce en la forma en que el protagonista (B) interactúa con la Amparo Falsa (A), ¿quién es ella para que yo le hable así?, en fragmentos como “Pero he aquí la confesión con cada una de sus vocales y consonantes: le tuve miedo” (Rivera Garza, 2018, p. 22); y consigo mismo (B), ¿quién soy yo para que ella me hable así?, en fragmentos como “—Te conozco de cuando eras árbol. De aquellas épocas —dijo.” (Rivera Garza, 2018, p. 22)

- La imagen del lugar de R apunta al punto de vista de la Amparo Falsa (A) sobre el contexto (R) en el que se desenvuelve, ¿de qué le hablo así?, en fragmentos como “—No llegué aquí por azar —mencionó [...]. Te conozco de antes. Cuando se volvió a verme, el espacio vacío alrededor de mi cuerpo se multiplicó otra vez. Estaba casi sordo de lo solo. Estaba perdido. (Rivera Garza, 2018, p. 22); y en el punto de vista del protagonista (B) sobre el contexto (R) en el que se desenvuelve, ¿de qué me habla así?, en fragmentos como “Toqué mi sexo y, con evidente alivio, comprobé que mi pene y mis testículos seguían en su sitio. Amparo Dávila y la Traicionada me estaban jugando una broma muy pesada.” (Rivera Garza, 2018, p. 63)

Entonces, estas formaciones ideológicas, juegan un papel crucial en la configuración de las identidades de género de los personajes. El género, como formación ideológica, actúa como una fuerza que moldea las interacciones sociales, pero al mismo tiempo, es susceptible de ser desafiada y transformada a través del discurso.

Según Guerrero y Robles (2019), "el género también está presente en la literatura como un componente de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos" (p. 156). Esta afirmación es particularmente relevante en la obra de Rivera Garza, donde el género no sólo es un rasgo inherente a los personajes, sino una categoría que se construye y reconstruye a lo largo de la trama. El lenguaje performativo del que habla Butler se manifiesta aquí como un medio para desafiar las categorías de género tradicionales, permitiendo que los personajes adopten identidades fluidas que se resisten a la clasificación rígida de lo masculino y lo femenino.

En este contexto, es interesante destacar cómo Rivera Garza construye una narrativa que desafía la dicotomía tradicional entre lo masculino y lo femenino. Deborah Cameron

(1992), llega a la anterior conclusión explicando cómo "one way a visiting alien would be able to tell that the male/female difference is not just an insignificant human variation is by observing how obsessively, how incessantly we talk about it"²¹ (p. 39).

Por otro lado, el protagonismo de las mujeres en la novela y su relación con el lenguaje también se vincula con las ideas de Marcela Lagarde (1990), quien sostiene que "las mujeres comparten como género la misma condición histórica y difieren en sus situaciones particulares, en sus modos de vida, sus concepciones del mundo, así como en los grados y niveles de la opresión" (p. 02). En *La cresta de Ilión*, este común denominador histórico entre las mujeres se refleja en las diferentes experiencias de los personajes femeninos, quienes, a pesar de sus diferencias individuales, comparten una lucha común contra las estructuras patriarcales que intentan limitarlas pues, desde la perspectiva del protagonista "para mi total desconcierto, supe entonces que, en el poco o mucho tiempo que llevaban juntas, se habían hecho con un idioma propio." (Rivera Garza, 2018, p. 41)

Así, esta novela se vuelve un ejemplo de cómo el lenguaje puede utilizarse para resistir y transformar las estructuras de poder, tema que se verá en el siguiente subapartado. Como Haidar (2006) sugiere, el discurso "es una práctica en donde emergen múltiples materialidades y funcionamientos complejos" (p. 74), lo que implica que el lenguaje no es neutral, sino que tiene el poder de perpetuar, pero también de desafiar, las normas sociales y culturales. Al abordar el lenguaje, el cuerpo y el género de manera interdisciplinaria, la obra de Rivera Garza nos ofrece una mirada crítica sobre cómo estas dimensiones interactúan en la configuración de la identidad.

²¹ "Una forma en que un extraterrestre sería capaz de notar que la diferencia entre masculino/femenino no es una variación humana insignificante es observando cómo obsesiva e incesantemente hablamos sobre eso". Traducción de la autora.

Uno de los aspectos más relevantes en la discusión sobre género y lenguaje es el reconocimiento de que las diferencias sexuales y de género no son fenómenos meramente biológicos, sino que son en gran medida construcciones discursivas y culturales. El protagonista, al prestar atención al lenguaje de la Amparo Falsa y la Traicionada, explica que

El sonido de los vocablos era insoportablemente melodioso, casi dulce. Y había una repetición intrigante de la que me di cuenta más o menos al tercer día de mi espionaje.

Se trataba de un sonido parecido a la sílaba «glu». La repetían incesantemente y, al hacerlo, parecían replicar el eco de la lluvia, el momento en que una gota de agua cae pesada y definitiva sobre la corteza del mar. (Rivera Garza, 2018, p. 42)

Esto deja en evidencia la diferencia sexo-genérica a través del lenguaje, la capacidad que este tiene de crearla y de formar, a partir de esto, una nueva cultura, pues la cultura se forma principalmente a partir del lenguaje. Los personajes femeninos en la obra se sitúan en el umbral entre lo que significa ‘ser mujer’ según las convenciones patriarcales, mientras que el protagonista muestra la posibilidad de nuevas formas de ser que escapan a estas restricciones.

La literatura es, en este sentido, un espacio crucial para la resistencia y la subversión, ya que permite explorar estas transformaciones discursivas y performativas en un nivel simbólico. Rivera Garza, en sus obras, al desarticular las categorías tradicionales de género y corporalidad, amplía los límites de lo posible en términos de representación y discurso. Esta expansión de lo significable no se limita al lenguaje de los personajes, sino que también abarca la estructura narrativa misma, que juega con la ambigüedad y la multiplicidad de significados para reflejar la fluidez de la identidad.

Por su parte, Julieta Haidar (2006) establece el estudio de las materialidades socio-discursivas, estructuras que permiten estudiar el discurso en la obra de Rivera Garza con

mayor profundidad. En este caso aplican en mayor medida la comunicativo-pragmática, la ideológica, la del poder, la cultural, la social, la cognoscitiva, la psicoanalítica y la lógico-filosófica. Todas estas se analizarán más a fondo en los distintos apartados de este capítulo afianzando la importancia de la multidisciplinariedad en los estudios del discurso, entendido como lenguaje y pensamiento.

Además, su estudio sobre las prácticas discursivas, Haidar (2006) señala que estas prácticas “tienen una función performativa, porque pueden producir diferentes tipos de prácticas socio-histórico-cultural-políticas” (p. 79). Esta afirmación es especialmente pertinente en el análisis de la obra, donde el lenguaje no solo describe el mundo de los personajes, sino que lo crea y lo transforma continuamente:

Las vocales y las complicadas estructuras gramaticales caían con lejanas reminiscencias de agua sobre la sala y, pronto, el sonido me convenció de que afuera llovía, de que en realidad se estaba repitiendo la primera tormenta. Sólo tenía que asomarme por la ventana para constatar que nada de eso era cierto. (Rivera Garza, 2018, p. 108)

El lenguaje performativo no se limita a las palabras que los personajes utilizan, sino que también se manifiesta en la propia estructura de la narrativa, que desafía las convenciones de género a partir de la materialidad del lenguaje y nos invita a reconsiderar las categorías fijas con las que solemos interpretar el mundo. Lo anterior hace a este estudio multidisciplinar.

Además, la noción de performatividad se extiende a la relación entre pensamiento y lenguaje. Según Salgado (2019), "el pensamiento no se expresa simplemente en palabras, sino que existe mediante ellas" (p. 21). Esta conexión íntima entre pensamiento y lenguaje, desde su capacidad material, nos permite entender cómo, en *La cresta de Ilión*, las identidades de los personajes y la realidad que estos experimentan se constituyen a través del

discurso: “Las palabras finalmente como algo que se toca y se palpa, las palabras como materia ineludible” (Rivera Garza, 2018, p. 126). El lenguaje no es sólo un medio de comunicación, sino también un instrumento a través del cual los personajes configuran y reconfiguran sus propias identidades y sus relaciones con los demás a través de la forma en que experimentan la realidad, que es configurada por el lenguaje y que, por lo tanto, puede reconfigurarse un sinfín de veces.

Así, en conjunto con lo abordado en este apartado, es se puede entender que la identidad “se constituye en el juego de la semejanza y la diferencia entre personas y grupos sociales, por lo que es inherentemente cambiante y contradictoria” (Golubov, 2020, p. 51), así como el lenguaje. Esto permite al protagonista culminar su viaje identitario de la mano del discurso al explicar que “de repente, bajo la visitación lingüística de un rayo, me di cuenta de que, tal vez a pesar de mí mismo, empezaba a saber que sí sabía, aunque fuera tan sólo un poco, lo que era ‘esto’” (Rivera Garza, 2018, p. 118). Entendiendo el lenguaje, el discurso, como algo tan material como el cuerpo mismo, se pueden entender las implicaciones de este en la forma en que se desarrollan los individuos y no sólo eso, sino que se puede transformar e incluso crear una nueva realidad.

2.1.1. Estructuras de poder

Como se mencionó en el apartado anterior, en *La cresta de Ilión*, Cristina Rivera Garza explora de manera profunda las dinámicas de poder a través del lenguaje y el discurso. Este poder se manifiesta en los intercambios verbales entre los personajes, y más allá de las palabras, se revela en los silencios, gestos y manipulaciones sutiles que se presentan en la obra. Este análisis del poder, entendido desde las relaciones discursivas, también nos permite

ver las diversas maneras en que las identidades de género se construyen y deconstruyen mediante el lenguaje.

En primer lugar, se debe tener presente al lenguaje como componente fundamental para la comprensión de la realidad pues, como afirman Berger y Luckmann (2003), “la comprensión del lenguaje es esencial para cualquier comprensión de la realidad de la vida cotidiana” (p. 53). Lo anterior debido a que, como punto central de la novela, se puede identificar que el protagonista, cuya perspectiva es la que enmarca la narrativa, se enfrenta a la necesidad de entender el lenguaje de Amparo Falsa y la Traicionada, dos figuras femeninas enigmáticas para él. Ellas no sólo crearon un lenguaje distinto, sino que utilizan silencios y ambigüedades pues, como él explica, “sus gestos, sus palabras, su incesante cercanía me producían una humillación sin límite” (Rivera Garza, 2018, p. 71). La necesidad de entender su lenguaje es esencial para el protagonista, pues su comprensión es clave para relacionarse con estas mujeres que, de diversas maneras, ejercen poder sobre él.

No obstante, es importante destacar que el poder “*not only shows ‘in’ or ‘through’ discourse but is relevant as a societal force ‘behind’ discourse*”²² (van Dijk, 2008, p. 31). Esto sugiere que el poder que se ejerce mediante el lenguaje en la obra de Rivera Garza radica, además de en lo que se dice, en las estructuras subyacentes que moldean el discurso. Por ejemplo, al protagonista mencionar que “La cercanía entre las dos me molestó. Desde la rendija de la puerta pude observar la delicadeza con la que se trataban, la dulzura con la que se miraban la una a la otra” (Rivera Garza, 2018, p. 39). En este sentido, el lenguaje se convierte en una herramienta de manipulación, donde el poder no es explícito ni coercitivo,

²² “No sólo se muestra ‘en’ o ‘a través’ del discurso, sino que también es relevante como una fuerza social ‘detrás’ del discurso”. Traducción de la autora.

sino persuasivo y sutil, ajustándose a las realidades contemporáneas en las que el poder rara vez se impone directamente.

En este punto, se entiende la manipulación como una forma de reproducción del poder de las élites que perpetúa la desigualdad social (van Dijk, 2008). En el caso de *La cresta de Ilión*, esta manipulación no es directa ni explícita, sino que se presenta en forma de ambigüedades y mensajes crípticos que obligan al protagonista a cuestionar su propia comprensión del mundo, su identidad sexo-genérica y su relación con las figuras femeninas. Estas mujeres, mediante su control del discurso, manipulan las percepciones del protagonista, pero también sus emociones y acciones colocándolo en una posición de incertidumbre que lo subordina.

Entonces en la obra, a través del discurso, los personajes tienen la posibilidad de ejercer poder sobre los demás, poder que aprovechan las mujeres al ser ‘la mayoría’, más allá del rol de género prestablecidas por la sociedad contemporánea. Así, los discursos, entendidos como instrumentos que dirigen la vida, se pueden considerar portadores de ideologías, instrumentos de poder organizadores, o marcos que estructuran la forma de ver, interpretar y ser en el mundo (Galindo, 2021). De esta forma, los discursos de Amparo Falsa y la Traicionada son marcos que limitan y estructuran la realidad del protagonista. Estas mujeres no sólo utilizan el lenguaje para expresar su poder, sino que lo emplean para definir el mundo en el que vive el protagonista, obligándolo a adaptarse a sus reglas.

En *La cresta de Ilión*, el lenguaje es una herramienta de poder y, sobre todo, el objeto mismo de la lucha por el control, como lo ha enunciado Foucault:

Afirma Foucault que “el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse” (2004, p. 14); esto es, el discurso es el medio y también el motivo. (Galindo, 2021, p. 48)

Las mujeres de la novela luchan por controlar el discurso porque quien controla el discurso tiene el poder de definir la realidad y, por lo tanto, de dominar a los demás. El protagonista, al enfrentarse a estos discursos, lucha no por encontrar su propia voz, sino por lograr entrar en un mundo donde el lenguaje se ha convertido en un instrumento de poder y manipulación: “intenté interrumpirlos, obligarlos a concederme al menos el privilegio de su mirada, el beneficio de sus propias dudas, pero pronto tuve que darme por vencido. Realmente había dejado de existir para ellos.” (Rivera Garza, 2018, p. 108)

Desde la perspectiva de las materialidades semiótico-discursivas de Haidar (2006) se aplican la ideológica y la del poder, pues “a través de la materialidad discursiva de la ideología es como se interpelan y se constituyen los sujetos” (Haidar, 2006, p. 86). En cuanto al efecto discursivo del poder se entienden dos tipos: el persuasivo y el coercitivo, el primero tiene mayor aparición en la obra citada. Esta idea resuena en la novela de Rivera Garza, donde los personajes son constantemente interpelados por el discurso, que moldea sus relaciones y, sobre todo, su identidad. En particular, la figura del protagonista es interpelada por el lenguaje de Amparo Falsa y la Traicionada, quienes mediante el uso del lenguaje redefinen las fronteras entre lo masculino y lo femenino, lo poderoso y lo vulnerable. El lenguaje en la obra describe y construye la realidad, a través de la palabra los personajes se constituyen como sujetos dentro de las dinámicas de poder.

Sin embargo, Flores (2021) señala que los vínculos entre las manifestaciones discursivas concretas y los sistemas de poder no siempre son fáciles de identificar. Esta dificultad para trazar una línea clara entre el discurso y el poder es evidente en la obra, donde las manifestaciones discursivas de los personajes parecen escapar a una interpretación directa: el lenguaje es tan líquido que, aunque material, se escapa por donde puede. A través de esta narrativa fragmentada y ambigua, Rivera Garza muestra cómo el poder puede estar presente de manera subrepticia, revelándose solo a través de sus efectos en las relaciones y acciones de los personajes.

Lo anterior se relaciona estrechamente con las nociones de género. Flores (2021) también señala que las ideas sobre lo que es propio del varón y de la mujer han cambiado con el tiempo, y la novela refleja esta evolución a través de la tensión constante entre las identidades de género tradicionales y las nuevas formas de entender lo masculino y lo femenino: es cambiante y se redefine tanto como el lenguaje:

Tenía sed. Pedí agua. —Na pa glu? —dijo la entrañable voz de la Traicionada.

[...] —Glu hisertu frametu jutyilo, glu-glu—mencioné entonces.

Luego cerré los ojos y me dispuse a seguir bebiendo. (Rivera Garza, 2018, p.

127)

Marcela Lagarde (2005) ofrece una reflexión profunda sobre las fuentes de poder para las mujeres, identificando tres principales: el poder que emana de ser el objeto del poder de otros, el poder que proviene de la especialización en roles históricamente asignados, y el poder que surge de afirmarse como sujetos históricos. En este sentido, también argumenta que, bajo la dominación, quien vive subordinado también experimenta cierto poder al poseer características que los poderosos no tienen. Este concepto fundamenta el argumento de *La*

cresta de Ilión, donde las figuras femeninas, a pesar de estar en posiciones de aparente vulnerabilidad, mantienen un control significativo sobre el protagonista mediante el lenguaje y la manipulación discursiva. El poder en la novela no es unidimensional, sino que es dinámico y fluido, cambiando de manos a medida que los personajes navegan por las complejidades del lenguaje y las relaciones de poder.

Finalmente, el discurso termina siendo una herramienta de poder que, aunque no siempre permite modelar completamente la conducta de los otros, sí puede revelar las relaciones simbólicas subyacentes y abrir nuevos campos de conocimiento (Salgado, 2019). En las obras de Cristina Rivera Garza, el estudio del discurso revela las tensiones entre poder y resistencia, además de las vastas formas en que los personajes pueden navegar por estas relaciones simbólicas para encontrar su lugar en un mundo que constantemente les desafía.

2.2. Lenguaje y anticultura

Como se ha mencionado en los apartados anteriores, en *La cresta de Ilión* se nos introduce a un mundo donde el lenguaje es el eje que organiza la realidad, por lo que a través de este también se articulan las tensiones entre cultura y anticultura. La novela nos muestra cómo el lenguaje puede ser un campo de batalla donde se enfrentan diferentes formas de ser y de entender el mundo, particularmente en términos de género y poder.

El concepto de ‘anticultura’, clave en este análisis, es fundamental para comprender la forma en que la obra desafía las normas sociales establecidas, proponiendo nuevas maneras de entender la identidad, el lenguaje y las relaciones humanas. Según Lotman (1979), todo aquello que se opone a la cultura debe encontrar una forma específica de representación,

aunque esta sea incorrecta o engañosa. De esta manera, la anticultura se estructura de manera similar a la cultura imitando su forma, pero también se concibe como un sistema de signos con su propia expresión

Este concepto de anticultura se refleja en *La cresta de Ilión*, donde las mujeres que rodean al protagonista, particularmente la Amparo Falsa y la Traicionada, crean un lenguaje que parece contradecir las normas tradicionales de la cultura masculina, pero que al mismo tiempo es una réplica invertida de dichas normas. Esta construcción isomorfa es una inversión de los roles de poder, donde la dominación femenina se vuelve la regla y la subordinación masculina es el estado al que se somete el protagonista, quien lucha por entender y adaptarse a este nuevo código.

La obra de Rivera Garza puede interpretarse como una ‘odisea lingüística’, un viaje en el que el protagonista se enfrenta a un lenguaje que le es ajeno y que representa una anticultura, pues está en contraposición a su propio entendimiento de la realidad. La anticultura en *La cresta de Ilión* subvierte las relaciones de poder y plantea un desafío a la unidad cultural que es necesaria para cualquier sistema social:

Esta unidad se forma de la siguiente manera: en una determinada etapa de su desarrollo llega, para la cultura, el momento de la autoconciencia: ésta crea su propio modelo, que define su fisonomía unificada, artificialmente esquematizada, elevada al nivel de unidad estructural. (Lotman, 1979, p. 90)

La cultura, para poder subsistir, necesita una cohesión interna, una unidad que le permita organizar y estructurar la realidad de quienes la componen. Sin embargo, la anticultura que

se presenta en la novela se opone a esta unidad, proponiendo un sistema alternativo que desafía las categorías tradicionales de identidad y poder.

En la obra de Rivera Garza las mujeres son las dueñas del discurso anticultural, pues establecen lo que se puede hablar y lo que no, lo aceptable y lo legítimo, las tensiones y transformaciones de la realidad (Galindo, 2021, p. 49). Al hacerle saber una y otra vez y de distintas maneras al protagonista que “—Todas sabemos tu secreto —susurró entonces—. No te preocupes, pero tampoco trates de engañarnos” (Rivera Garza, 2018, p. 82), establecen no sólo su poder sobre él, sino la existencia latente de una nueva cultura a la que él no pertenece. En este contexto, el discurso anticultural femenino se convierte en la norma dentro del espacio cerrado que habitan los personajes, mientras que el protagonista lucha por adaptarse a un lenguaje que inicialmente le resulta incomprensible. A medida que avanza la trama, este lenguaje femenino se convierte en la norma en ese microcosmos, desafiando la cultura dominante y transformándose en una nueva forma de organizar la realidad.

Por otro lado, Lotman (1979) también afirma que “la moda aspira siempre a convertirse en norma: apenas conseguida una relativa estabilidad, que se aproxima al estado de norma, la moda tenderá inmediatamente a abandonarla” (p. 87). Entonces este lenguaje de las mujeres en la obra, inicialmente extraño y enigmático, se vuelve la norma cuando el protagonista empieza a entenderlo y adaptarse a él. Sin embargo, una vez que el protagonista parece acercarse a una comprensión del discurso femenino, este cambia, se vuelve más complejo, obligándolo a replantearse nuevamente su lugar en este mundo. Este juego constante entre la comprensión y la incomprensión refleja la naturaleza dinámica del lenguaje y su capacidad para organizar y desorganizar simultáneamente la realidad.

El lenguaje, tal como se presenta en la novela, es una manifestación de la memoria colectiva y de las experiencias compartidas. Salgado (2019) afirma que “la memoria se actualiza, necesariamente, en lenguaje” (p. 37), lo que sugiere que, a través del lenguaje, las experiencias pasadas se mantienen vivas y se transmiten a las nuevas generaciones. En *La cresta de Ilión*, el lenguaje de las mujeres no sólo representa una forma de comunicación, sino que es también una forma de mantener viva una memoria colectiva que ha sido ignorada o reprimida por la cultura dominante pues

Desaparecidas las dos, aunque cada cual a su manera, daban la impresión de que se obligaban mutuamente a entrar en un estado de aparición que las volviera reales otra vez, aunque esto sólo ocurriera en el escenario que formaban ellas mismas. (Rivera Garza, 2018, p. 40)

Este lenguaje anticultural es, por lo tanto, una herramienta de resistencia, una forma de reescribir la historia desde una perspectiva femenina que desafía las narrativas oficiales. Las mujeres en la obra, al controlar el lenguaje, controlan las interacciones sociales dentro de la novela e imponen una visión del mundo que desafía el orden simbólico tradicional. Esta subversión del lenguaje genera una nueva percepción de la realidad, donde los roles de género se invierten y el protagonista debe navegar un espacio donde sus creencias y percepciones previas ya no tienen validez.

Desde la perspectiva de las materialidades semiótico-discursivas de Haidar (2006), se pueden aplicar tanto la dimensión cultural como la social al análisis de la obra: la primera abarca el estudio de la identidad individual o social de las personas, mientras que la segunda se enfoca en “analizar la producción y recepción de los discursos y de la semiosis con relación a los sujetos que producen y que consumen los productos socio-culturales” (p. 88). En la

novela de Rivera Garza, estas dos dimensiones se entrelazan a través del lenguaje, que construye la identidad de los personajes y organiza las relaciones sociales dentro de la trama. El discurso femenino que domina en la novela es tanto un reflejo de la identidad colectiva de las mujeres como una herramienta para estructurar las interacciones entre los personajes.

Sin embargo, este discurso anticultural también plantea lo que Lamas (2007) llama el ‘dilema de la diferencia’, que consiste en que, “en el caso de los grupos subordinados o discriminados, ignorar la diferencia deja en su lugar una neutralidad defectuosa, pero centrarse en la diferencia puede acentuar el estigma” (p. 08). Este dilema se presenta a partir de la lucha del protagonista por entender y adaptarse a un lenguaje que, aunque en un inicio lo excluye, eventualmente se convierte en su única forma de comunicación, pues explica que

De repente, bajo la visitación lingüística de un rayo, me di cuenta de que, tal vez a pesar de mí mismo, empezaba a saber que sí sabía, aunque fuera tan sólo un poco, lo que era «esto». (Rivera Garza, 2018, p. 118)

Finalmente, Galindo (2021) plantea que preguntarse por el discurso implica “pensar en la multiplicidad de discursos que atraviesan la sociedad como prácticas que vehiculan la vida y el cambio social” (p. 47), así como Lamas (2007) argumenta que “lo característico de los seres humanos es el habla, que implica una función simbolizadora y que es fundamental para volvemos sujetos y seres sociales” (p. 02). De esta forma, el discurso anticultural de las mujeres también es un agente de cambio que transforma la manera en que los personajes se relacionan con su entorno y consigo mismos.

La anticultura se convierte en cultura cuando sus signos y prácticas se institucionalizan dentro del universo narrativo que nos presenta Rivera Garza, desafiando las

normas y estructuras tradicionales. Sin embargo, mientras fue anticultura fue extrasistémica, lo que, según Lotman (2007) explica como ‘fuera del sistema’ o del mundo como lo conocemos colectivamente al resistirse a la significación, no porque no pueda significarse. Por lo tanto, esta anticultura que se desarrolla a lo largo de la obra es extrasistémica al no entenderse porque no se significa, y establece un ambiente de misterio, un miedo a lo que no se conoce.

2.2.1. El miedo a lo desconocido

El miedo a lo desconocido, en la obra de Rivera Garza, atraviesa las interacciones entre los personajes; en especial el protagonista, quien se enfrenta a una realidad que desafía las normas culturales y su comprensión del mundo. Este miedo está profundamente vinculado con el lenguaje, el género y las dinámicas de poder que definen esta anticultura. A través de la vergüenza, la inseguridad y el temor a no pertenecer, la novela muestra la forma en que el miedo se convierte en un mecanismo que organiza las relaciones sociales y condiciona las percepciones de uno mismo y de los demás.

Como en el apartado anterior, se plantea la “cultura como un sistema de limitaciones complementarias impuestas al comportamiento natural del hombre” (Lotman, 1979, p. 205). Esta idea fundamentada en la novela, pues se refleja en las restricciones que el protagonista siente al enfrentarse con la presencia de mujeres que no comprende completamente y que parecen operar bajo un código cultural ajeno a él. Las “limitaciones complementarias” impuestas al personaje no sólo son de género, sino que también están relacionadas con su incapacidad de comunicarse y de entender a estas mujeres que habitan con él pues “No podía hacer nada contra su lenguaje. No podía entrar en él” (Rivera Garza, 2018, p. 42). Entonces,

lo que inicialmente es percibido como natural, en este caso la dominación masculina y la diferenciación entre géneros, es puesto en entredicho por las mujeres que rodean al protagonista y que representan una disidencia respecto a los roles tradicionales de género. Anticultura que genera emociones negativas en el protagonista, principalmente vergüenza, que repercute en el ‘nosotros’, y miedo, que incide en el ‘ellos’.

La vergüenza, como señala Lotman (1979), ha sido una de las herramientas culturales más antiguas para regular el comportamiento y diferenciarnos de los animales, pero especialmente en cuanto a las diferencias entre hombres y mujeres: existen diferencias fisiológicas que crean prohibiciones culturales promovidas por la vergüenza, producto cultural que funge como transformador. En *La cresta de Ilión*, la vergüenza se convierte en una fuerza central que empuja al protagonista hacia la transformación en fragmentos como “toqué mi sexo y, con evidente alivio, comprobé que mi pene y mis testículos seguían en su sitio. Amparo Dávila y la Traicionada me estaban jugando una broma muy pesada” (Rivera Garza, 2018, p. 63). Aquí, la disidencia sexo-genérica que presentan las mujeres genera una tensión en él, quien, al no poder comprenderlas ni integrarse en su mundo, experimenta un profundo sentimiento de vergüenza por su diferencia y una angustia por no formar parte del mismo sistema cultural. Esto le lleva a cuestionar su identidad de género, hasta el punto de experimentar una metamorfosis que lo convierte, simbólicamente, en mujer.

De esta manera, se plantea una dinámica de fuerzas entre la vergüenza y el miedo, dos emociones que determinan el comportamiento del protagonista. Lotman (1979) explica que

Entre los ámbitos de la vergüenza y del miedo, se establece una relación de complementariedad. Se sobrentiende que quien está sometido a la vergüenza no lo

está al miedo, y viceversa. Además, la disposición de tales ámbitos es dinámica y constituye el objeto de una lucha recíproca. (p. 207)

En la novela, la vergüenza está vinculada al temor del protagonista por no ser parte del mundo de las mujeres, de no entender sus códigos y, eventualmente, de ser rechazado por no conformarse a esas nuevas reglas: “La observó con una mezcla de dulzura y asco en la mirada” (Rivera Garza, 2918, p. 25). Al mismo tiempo, el miedo a lo desconocido lo impulsa hacia una exploración de su propia identidad, desafiando las limitaciones que la cultura impone sobre el comportamiento de los hombres. La vergüenza lo empuja hacia la transformación, mientras que el miedo lo mantiene en un constante estado de incertidumbre y resistencia.

Desde una perspectiva psicoanalítica, este miedo a lo desconocido se puede entender como un conflicto interno entre el deseo de pertenencia y la resistencia al cambio. Haidar (2006) señala que, en sus materialidades semiótico-discursivas la dimensión cognoscitiva influye directamente en la psicoanalítica, lo que sugiere que el miedo y la vergüenza son, además de reacciones emocionales, respuestas cognitivas a un sistema cultural que el protagonista no comprende del todo.

En este sentido, el miedo del protagonista es tanto una reacción a lo externo como a lo interno: su falta de comprensión de las mujeres y del sistema cultural que ellas representan es reflejo de su propia incapacidad de salir de su realidad prestablecida para enfrentarse a su identidad pues “uno se acostumbra a esto: a echarse a reír frente a los lenguajes que no entiende. Algunas veces ésa es la única alternativa. La última” (Rivera Garza, 2018, p. 144).

En términos semióticos, Santos (2019) menciona que “los signos significan cosas, ocupan su lugar a manera de *suppositio*” (p. 37). De esta forma, el miedo del protagonista también puede interpretarse como una lucha por darle sentido a los signos que no entiende. Los gestos, palabras y comportamientos de las mujeres que lo rodean son signos que escapan a su comprensión y que le generan temor precisamente por su carácter indescifrable. El protagonista teme a lo desconocido porque los signos que configuran el mundo de las mujeres no tienen una traducción clara en su propio marco cultural pero, a pesar de eso, “por más terror, por más algarabía, por más desazón que se sienta, uno no puede cerrar los ojos. Uno ve. Uno ve vorazmente. Uno no puede dejar de ver” (Rivera Garza, 2018, p. 95)

Así, este miedo a lo desconocido, profundamente ligado al lenguaje, lleva al protagonista a una crisis de identidad, donde lo que inicialmente parecía un mundo ajeno, se convierte en el espejo de sus propias limitaciones. Como consecuencia de estas limitaciones, el personaje se transforma, guiado tanto por la vergüenza de no ser parte de ese mundo como por el miedo de nunca poder llegar a serlo o recordar haberlo sido. En el universo narrativo de Cristina Rivera Garza, el lenguaje se muestra como una situación de inminentemente transformación.

2.3. Una menipea contemporánea

En *La cresta de Ilión*, Cristina Rivera Garza explora, a través de una narrativa compleja y multifacética, elementos característicos de la menipea, un género literario que se origina en la antigua Grecia y se caracteriza por su naturaleza satírica, filosófica y transgresora. Esta obra se apropiá de la estructura y el espíritu de la menipea para reflexionar sobre temas sociales, políticos y culturales, ofreciendo un análisis profundo del cuerpo, el lenguaje y la

identidad. Como señala Kristeva (1981), “la menipea es a la vez cómica: y trágica, es más bien seria, en el sentido en que lo es el carnaval y, por el estatuto de sus palabras, es política y socialmente subversiva” (p. 214). En este sentido, Rivera Garza utiliza la menipea para confrontar las normas establecidas, especialmente en cuanto a las disidencias sexo-genéricas y la fluidez de la identidad.

La menipea, como género, se caracteriza por su capacidad de liberar el lenguaje y permitir una exploración filosófica que trasciende las convenciones literarias tradicionales. En *La cresta de Ilión*, esto manifiesta en la multiplicidad de voces y perspectivas que habitan la novela. A través de un lenguaje liberado de las restricciones convencionales, la obra explora la fragmentación de la identidad y la subjetividad, permitiendo una transformación de la realidad a partir del lenguaje. Un ejemplo de lo anterior es el momento en el que el protagonista, después de cruzar palabra con la Amparo Verdadera, explica que

Y en ese momento, todavía sin lograr enfocarla bien del todo, de algún lugar remoto dentro de mi cerebro surgieron algunas imágenes de mi vida como árbol. Los ojos de la mujer crearon a mi alrededor una estepa vasta, un espacio de tonos ocres donde poco a poco, en la cámara lenta del recuerdo, apareció la semilla y, de ella, emergió el cordón umbilical que, después, le trasminó la savia a mis miembros pequeñísimos.

(Rivera Garza, 2018, p. 76)

La menipea, al favorecer la ruptura de las reglas tradicionales del discurso, ofrece un espacio para la reinención filosófica y simbólica, lo que permite a los personajes desafiar las concepciones rígidas de género y poder, y le da al protagonista la oportunidad de tener una metamorfosis identitaria.

Este enfoque liberador del lenguaje también se relaciona con la forma en que la menipea tiene la capacidad de abordar los últimos problemas de la existencia pues, como menciona Kristeva, “la menipea orienta el lenguaje liberado hacia un universalismo filosófico” (p. 215). Naturalmente, en la novela de Rivera Garza, esto se traduce en una reflexión profunda sobre la naturaleza de la existencia humana y los límites de la identidad ya que los personajes, especialmente el protagonista, se ven inmersos en una lucha constante por definir su lugar en el mundo, enfrentándose a preguntas que desafían las normas establecidas sobre la realidad, el cuerpo y el lenguaje. Este enfoque filosófico y existencialista se entrelaza con los elementos fantásticos que también son característicos de la menipea, como los estados mentales alterados, las premoniciones y los sueños, que se presentan como parte integral del universo literario que Rivera Garza creó.

Uno de los aspectos que más destacan en la menipea es su capacidad para abordar temas sociales y políticos a través de la sátira y la subversión. Kristeva (1981) señala que la menipea es "una especie de periodismo político de la época" (p. 216), lo que resalta su relevancia en contextos contemporáneos. Rivera Garza utiliza esta forma literaria para poner sobre la mesa los conflictos sociales que atraviesa México en la actualidad, particularmente aquellos relacionados con el género, la violencia y la desaparición forzada.

Desaparecidas las dos, aunque cada cual a su manera, daban la impresión de que se obligaban mutuamente a entrar en un estado de aparición que las volviera reales otra vez, aunque esto sólo ocurriera en el escenario que ellas mismas conformaban.
(Rivera Garza, 2018, p. 40)

Al resaltar situaciones como la anterior, la novela se convierte en un espacio de crítica social, donde el lenguaje y las identidades se descomponen y reconstruyen para revelar las tensiones

y contradicciones del presente. La disolución de las fronteras entre lo real y lo imaginario, entre el yo y el otro, refleja una crisis social y política que se manifiesta en los cuerpos y las vidas de los personajes.

En el estudio de la obra hay que recurrir a los conceptos de polifonía y dialogismo, que son ideas clave en la teoría de Bajtín, quien menciona que estos conceptos “recaen en la noción del texto literario como un diálogo social” (Rodríguez, 2016, p. 213). En la obra de Rivera Garza, este dialogismo se manifiesta en la interacción entre múltiples voces y perspectivas, que no sólo representan a los personajes, sino también las múltiples capas de la realidad que la novela aborda: “—Lo mismo le digo yo: no sé si soy o no Amparo Dávila —abundó—. Pero su nombre me recuerda algo que me viene de más allá de la memoria” (Rivera Garza, 2018, p. 124).

De esta forma, se conjuntan el realismo y la retórica, el monologismo y el dialogismo, el sintagma y el sistema, en una ambivalencia y dualidad fragmentadas que transgrede lo teórico, y refleja lo objetivamente real. Se trata de una novela polifónica, pues permite que el texto funcione como un espacio de debate y de confrontación de ideas, donde ninguna voz tiene la última palabra y todas las perspectivas discursivas coexisten en una tensión dialéctica constante.

Uno de los aspectos más fascinantes de *La cresta de Ilión* es la forma en que Rivera Garza utiliza elementos de la menipea para cuestionar las nociones de identidad y el cuerpo. Bajtín se apoya en lo expuesto por Rabelais para explicar conceptos que se constituyen en la obra, tales como el cuerpo grotesco y la máscara (Rodríguez, 2016). El primero, el cuerpo grotesco, busca representar el ciclo biológico humano, que en su dualidad abarca el inicio o flor de la vida y el final de esta, como con las dos Amparo; el segundo, la máscara, busca

negar la propia identidad para buscar otra más allá de la realidad objetiva que se está experimentando, “establece una relación entre la realidad y la imagen individual” (Rodríguez, 2016, p. 216) por medio de metamorfosis identitarias que pueden ir desde lo biológico, hasta lo identitario.

En la novela, las dos Amparo representan una dualidad que refleja tanto la vida como la muerte, el principio y el final, mientras que los personajes adoptan diferentes máscaras y apodos según las situaciones que estén viviendo, lo que subraya la naturaleza fluida y cambiante de la identidad. Así, por ejemplo, el Director General se convierte en el Seductor y la Desaparecida en la Traicionada, la Mentirosa Desaparecida, la Invasora, la Emisaria, y así sucesivamente, desafiando las nociones fijas de quiénes son los personajes y qué representan: de esta manera, la escritora recoge la naturaleza humana, que se manifiesta en una identidad fluctuante, que cambia y evoluciona según el contexto.

En este sentido, *La cresta de Ilión* es una obra que, a través de su estructura menipea, aborda la fluidez de la identidad y el cuerpo, así como las tensiones entre lo social y lo individual. La novela se convierte en un espacio donde el realismo y la retórica, el dialogismo y el monologismo, coexisten en una ambivalencia constante, pues

[...] se construye como jeroglífico, al mismo tiempo que es espectáculo, y es esa ambivalencia lo que va a legar a la novela polifónica antes que nada, que no conoce ni ley ni jerarquía, al ser una pluralidad de elementos lingüísticos en relación dialógica. (Kristeva, 1981, p. 217)

Así, Rivera Garza utiliza la menipea para crear una novela polifónica que trasciende las convenciones literarias y sociales, y proyecta una crítica profunda y multifacética de la

realidad contemporánea, al tomar como camino principal las materialidades del lenguaje, del pensamiento contemporáneo.

2.4. Intertextualidad y discurso

Genette (1997) afirma que “*there is no literary work that does not evoke (to some extent and according to how it is read) some other literary work, and in that sense all works are hypertextual*”²³ (p. 09). En este caso, *La cresta de Ilión*, de Cristina Rivera Garza, es una obra profundamente intertextual que utiliza diversas estrategias discursivas para crear un entramado universo narrativo complejo y desafiante.

En primer lugar, se manifiesta la transtextualidad, entendida como la presencia de un texto en otro, como una de las características fundamentales de la novela a través de citas, alusiones y adaptaciones (Genette, 1997). Rivera Garza hace un uso significativo de fragmentos de los cuentos de Amparo Dávila, incorporándolos en su propio universo narrativo. Este proceso de integración intertextual da lugar a un metatexto donde la autora llega a los límites de la literatura de Dávila con el objetivo de resignificar su obra extendiendo sus temas y exploraciones literarias a nuevos contextos.

El texto de Rivera Garza actúa como un hipertexto, mientras que los relatos de Dávila funcionan como su hipotexto. El hipertexto, según Genette (1997), es un texto que se construye a partir de otro preexistente, creando una relación de dependencia, pero al mismo tiempo de innovación y transformación. De esta manera, Rivera Garza llega a los límites de la literatura de Dávila no para imitarlos, sino para resignificarlos en su propio contexto

²³ “No existe obra literaria que no evoque (en cierta medida y de acuerdo a cómo sea leída) a otra obra, en ese sentido todas las obras son hipertextuales”. Traducción de la autora.

narrativo y temático, explorando nuevas formas de entender la realidad y la identidad. Así, el diálogo entre estos textos permite una comprensión más profunda de las preocupaciones literarias y sociales que ambas autoras comparten.

Sin embargo, la intertextualidad en la obra va más allá de las estructuras tradicionales de citas o referencias. Genette introduce el término "transposición" para describir obras "*whose textual amplitude and aesthetic and/or ideological ambition may mask or even completely obfuscate their hypertextual character, and this very productivity is linked to the diversity of the transformational procedures that it brings into play.*"²⁴ (Genette, 1997, p. 213) Esto se aplica a la novela de Rivera Garza, que no encaja por completo en las estructuras conocidas y cuyo carácter hipertextual está vinculado a la diversidad de procedimientos transformacionales que pone sobre la mesa al resaltar, por ejemplo, fragmentos como "recordé mi vida como árbol, y la posibilidad de quedarme tieso, paralítico para siempre, sólo me hizo correr más aprisa, sin dirección" (Rivera Garza, 2018, p. 82). La transposición en la obra no se limita a replicar temas o motivos de Dávila, sino que transforma y expande su obra, creando nuevas significaciones que responden a la realidad contemporánea.

Esta transposición de la que habla Genette (1997) se manifiesta en dos enfoques: el diegético y el pragmático. Es el segundo el que tiene lugar en la obra de Rivera Garza, que incide en el espacio-tiempo creado en la obra, importantísimo para determinar las acciones de los personajes si se mira como un conjunto de hipotexto e hipertexto. Sin embargo,

²⁴ "Cuya amplitud textual y ambición estética y/o ideológica pueden enmascarar o incluso hacer olvidar completamente su carácter hipertextual, y esta productividad está ligada a la diversidad de los procedimientos transformacionales que trae a juego". Traducción de la autora.

*Diegetic transposition thus inevitably and necessarily entails a few pragmatic transpositions, but we shall disregard those for the time being to concentrate on diegetic transposition as such. To characterize it, however, we shall no doubt have to resort to elements other than the historical or geographical setting.*²⁵ (Genette, 1997, p. 296)

Rivera Garza usa este enfoque para reconstruir un universo narrativo donde las fluctuaciones en la identidad sexo-genérica y la naturaleza fragmentaria de la subjetividad juegan un papel clave en la experiencia de los personajes. Esta obra, que es esencialmente una transposición diegética, sufre transformaciones que permiten entender la realidad actual a través de un hipotexto que en su momento ya fue transgresor.

Y es que estas fluctuaciones en la identidad son centrales en la obra. A través de la intertextualidad y la transposición, Rivera Garza muestra cómo las identidades no son fijas, sino fluidas y cambiantes, un concepto que resuena con las teorías contemporáneas sobre género y subjetividad. En este contexto, Haidar (2006) resalta la importancia de “los procesos de interdiscursividad, intertextualidad y de intersemiosis” (p. 81) para analizar las condiciones de producción textual. Este enfoque interdisciplinario permite entender cómo los textos dialogan, además de entre sí, con otros discursos y sistemas de significado, como el lenguaje poético y la teoría psicoanalítica.

El uso del lenguaje poético en la novela es fundamental para entender las diversas formas que la obra utiliza para subvertir las estructuras discursivas dominantes. Según Selden

²⁵ “La transposición diegética trae consigo inevitablemente y necesariamente algunas transposiciones pragmáticas, pero deberíamos ignorarlos en un primer momento para concentrarnos en la transposición diegética por sí misma. De todas maneras, para caracterizarla, no deberíamos dudar en recurrir a otros elementos además del histórico o geográfico”. Traducción de la autora.

(1985), “el lenguaje poético muestra cómo los discursos sociales dominantes pueden verse alterados por la creación de nuevas ‘posiciones del sujeto’” (p. 97). Esta idea implica que el sujeto no es una entidad estática, sino que está en constante formación y transformación, lo que le permite ocupar nuevas posiciones dentro de los discursos sociales y culturales.

En la novela, los personajes experimentan transformaciones radicales en su identidad, no solo en términos de género, sino también en su relación con el lenguaje y el poder en distintos momentos como cuando el protagonista menciona que “tocarme se convirtió, de hecho, en una manera más de verme en el mundo. Estoy aquí, me decía. Soy yo. Y, con la misma morosa asiduidad, espiaba a los otros” (Rivera Garza, 2018, p. 91), para resaltar la transformación que estaba viviendo a través del lenguaje. Así, Rivera Garza utiliza el lenguaje poético para abrir nuevas posibilidades subversivas dentro del orden simbólico, lo que permite a sus personajes cuestionar y reconfigurar las normas que rigen su realidad.

Este proceso de subversión se manifiesta en la apertura de lo semiótico, que se describe como la capacidad del lenguaje poético para introducir “la subversiva apertura de lo semiótico ‘a través’ del ‘cerrado’ orden simbólico de la sociedad: ‘lo que la teoría del inconsciente busca, el lenguaje poético lo realiza, dentro y en contra del orden social’” (Selden, 1985, p. 98). En la obra, esta apertura se observa en la forma en que los personajes desafían las convenciones establecidas sobre el género, el cuerpo y la identidad. El lenguaje se convierte en una herramienta para explorar nuevas formas de ser y de estar en el mundo, permitiendo a los personajes trascender las limitaciones impuestas por el orden simbólico dominante. A través de esta exploración, Rivera Garza ofrece una crítica poderosa de las estructuras sociales que buscan fijar las identidades en categorías rígidas e inmutables.

En conjunto, la intertextualidad en *La cresta de Ilión* también se relaciona con el concepto de discurso, entendido como un sistema de significados que regula las formas en que las personas comprenden y experimentan el mundo. Es posible proponer que la novela, después de lo planteado en este capítulo, pone en juego múltiples discursos, que van desde lo poético hasta lo político, pasando por lo filosófico y lo social. Rivera Garza no solo dialoga con los textos de Amparo Dávila, sino que también se inserta en una tradición literaria más amplia que incluye a autores como Bajtín y Rabelais, cuyas teorías sobre el dialogismo y la polifonía son fundamentales para entender la estructura y el significado de la novela a partir de su intertextualidad, carnaval y dialogismo.

CAPÍTULO 3. *LA MUERTE ME DA*

“Nada está oculto, Cristina. Los signos van abiertos. La frase va abierta. Todo está roto. Partido en dos. En tres. Desmembrado. El cuerpo. El texto. Todo es superficie. Una grieta. Corte. Pausa.” (Rivera Garza, 2007, p. 87)

3.1. Género, corporeidad y lenguaje

¿Hasta dónde llega el poder de los otros para condicionar la forma en que nos relacionamos con la realidad que ambos experimentamos? ¿un adjetivo puede condicionarnos tanto como para cambiar nuestra identidad, y la forma en que somos percibidos ante el mundo, por completo? En *La muerte me da*, Cristina Rivera Garza explora estas nociones mediante un entramado que desafía las convenciones de la narrativa tradicional. La Asesina, que desde su escondite identitario protagoniza la novela, no sólo opera en el ámbito de lo material al castrar a sus víctimas, sino también en el lingüístico, subvirtiendo el lenguaje convencional y creando un espacio para la resignificación de los cuerpos y las identidades a través de las concepciones sexo-genéricas pues “el reto de la mente es ser el cuerpo” (Rivera Garza, 2007, p. 18). Esta novela, que entrelaza lo simbólico y lo corpóreo, abre una reflexión sobre la forma en que el lenguaje configura nuestra percepción de la realidad y cómo el género se articula en este proceso.

El primer paso para la comprensión del cuerpo en *La muerte me da* es entender que el acto de castrar no es solo una violencia física, sino una resignificación que convierte a los asesinados en cuerpos feminizados, en víctimas femeninas, alterando su significado social a través del lenguaje pues “la víctima siempre es femenina. ¿Lo ve? En el recuento de los hechos, en los artículos del periódico, en los ensayos que alguna vez se escriban sobre estos eventos, esta palabra los castrará una y otra vez” (Rivera Garza, 2007, p. 30). La violencia se convierte entonces en un acto de reinscripción simbólica, como Berger y Luckmann (2003) señalan: “La realidad de la vida cotidiana no solo está llena de objetivaciones, sino que es posible únicamente por ellas” (p. 51). Los cuerpos castrados se convierten en signos de una nueva realidad, una que desafía las estructuras tradicionales de poder y género.

En este sentido, la Asesina no sólo castra cuerpos, sino también el lenguaje. Según Cameron (1992), "language too is a medium of representation, and not surprisingly the sexism of many conventional usages was challenged by feminists early on"²⁶ (p. 06). Al castrar a sus víctimas, la Asesina crea nuevas subjetividades: los cuerpos de los hombres ya no son el símbolo de poder masculino, sino que, mediante el acto de la castración, se transforman en sujetos feminizados, forzando una relectura del lenguaje y del cuerpo.

Este cambio en el discurso simbólico resuena con la afirmación de Butler (1997), quien argumenta que el cuerpo es construido en el discurso como en el fragmento donde se menciona que: "Nada está oculto, Cristina. Los signos van abiertos. La frase va abierta. Todo está roto. Partido en dos. En tres. Desmembrado. El cuerpo. El texto. Todo es superficie. Una grieta. Corte. Pausa." (Rivera Garza, 2007, p. 87). Esta idea de la voz poética de la autora plantea preguntas sobre cómo se fabrica el cuerpo en el lenguaje y hasta qué punto las convenciones lingüísticas configuran nuestras percepciones del género. La autora presenta en su obra al cuerpo como una extensión del texto, y viceversa, con la intención de que ambas estructuras tengan la materialidad y subjetividad necesaria para transformar la realidad.

Para explorar esta idea más a fondo, seguimos a Kristeva (1981) quien sostiene que el signo es una representación que exige un circuito comunicativo, y este circuito comunicativo exige también un signo. En la obra de Rivera Garza, la comunicación de la Asesina es, en sí misma, un signo que exige una interpretación constante, por ejemplo al cuestionarse incluso "el lugar de los hechos. / (¿Qué es un lugar? ¿Qué es un hecho?)" (Rivera Garza, 2023, p. 207): ¿qué intenta decir con sus actos de mutilación y con los fragmentos de

²⁶ "El lenguaje también es una forma de representación, y no es de sorprender que el sexism de varios de sus usos convencionales ha sido desafiado por feministas con anterioridad". Traducción de la autora.

poemas que deja tras cada crimen? Como señala Cameron (1992), “men have undermined women by 'confounding their language', the language of their bodies, of their unconscious, of their experience”²⁷ (p. 194). De alguna manera, la Asesina en la novela de Rivera Garza intenta retomar ese lenguaje y resignificarlo, utilizando el cuerpo como un medio para expresar lo que las palabras no pueden comunicar por sí solas.

Es importante destacar que “las objetivaciones comunes de la vida cotidiana se sustentan primariamente por la significación lingüística. La vida cotidiana, por sobre todo, es vida con el lenguaje que comparto con mis semejantes y por medio de él.” (Berger & Luckmann, 2003, p. 53). Sin embargo, en el caso de *La muerte me da*, la Asesina desmantela este lenguaje común, alterando las normas lingüísticas que organizan nuestra percepción de los cuerpos y el género. En lugar de aceptar el lenguaje establecido, al mutilar a los asesinados, ella crea su propio discurso utilizando tanto el cuerpo como el acto violento para subvertir las expectativas sociales y culturales sobre el género. El resultado es un diálogo entre el cuerpo y el lenguaje que cuestiona las bases de la comunicación y la identidad en la sociedad contemporánea.

Entonces, el acto de castrar a los hombres y dejarlos como cuerpos mutilados y feminizados transforma tanto la narrativa como el significado de estos cuerpos dentro de un contexto social más amplio. Es en este punto donde podemos retomar a Lamas (2007), quien afirma que "el cuerpo es la primera evidencia incontrovertible de la diferencia humana" (p. 04). El cuerpo de las víctimas en *La muerte me da* deja de ser simplemente un objeto de violencia para convertirse en un signo que representa la diferencia de género y la crítica a la

²⁷ “Los hombres han debilitado a las mujeres ‘confundiendo su lenguaje’, el lenguaje de sus cuerpos, de su inconsciente, su experiencia”. Traducción de la autora.

estructura patriarcal que subyace en nuestra sociedad pues, en ciertos fragmentos, se llega a cuestionamientos como:

—Si me lo preguntas así, tendría que decir que es una mujer y un hombre, las dos cosas al mismo tiempo—guarda silencio, esperando una respuesta que no llega—. ¿Pero quién en verdad no es una mujer y un hombre al mismo tiempo? (Rivera Garza, 2007, p. 217)

Este cuestionamiento de las estructuras tradicionales se manifiesta también en la desigualdad entre la cosmovisión femenina y masculina, pues “esta diferencia se explica a partir de las condiciones materiales de las vidas de las mujeres, y en la literatura encontramos, simultáneamente, una respuesta a su condición y un desafío: la diferencia literaria traduce la diferencia sexual” (Golubov, 2020, p. 41). En *La muerte me da*, la narrativa de Rivera Garza refleja esta diferencia sexual a través de la forma en que la Asesina utiliza el cuerpo de sus víctimas como un texto que puede ser leído y reinterpretado. La violencia en la novela no es sólo física, sino también discursiva, ya que desafía las formas en que la sociedad tradicionalmente ha entendido y categorizado los cuerpos y el género.

Como es de esperarse, las materialidades semiótico-discursivas de Julieta Haidar (2006) también resultan fundamentales en esta obra. En este caso aplican en mayor medida la comunicativo-pragmática, la del poder, la cultural, la social, la cognoscitiva, la psicoanalítica, la de simulacro, la psicológica y la estético-retórica. Todas estas se analizarán más a fondo en los distintos apartados de este capítulo, pero en esta ocasión derivan a las formaciones imaginarias de Pêcheux (1978). En este caso, donde el remitente (A) es la Asesina, el destinatario (B) es colectivo: son Cristina, la protagonista, y la Detective, y el contexto (R) son los asesinados, se puede entender que:

- La imagen del lugar de A se traduce en la forma en que la Asesina (A) interactúa consigo misma (A), ¿quién soy yo para hablarle así?, “Joachima, me dije. Y Joachima fui. El Abramövic llegó luego” (Rivera Garza, 2007, p. 80), y con Cristina y la Detective (B), ¿quién es él para que me hable así?, pues entre ellas “sabía que usted y yo hablaríamos mucho de poesía.” (Rivera Garza, 2007, p. 25)
- La imagen del lugar de B se traduce en la forma en que la protagonista y la Detective (B) interactúan con la Asesina (A), ¿quién es ella para que yo le hable así?, “un asesino serial, dice Seltzer, también está imbuido por la fascinación de la herida. Es alguien que quiere mirar adentro.” (Rivera Garza. 2007, p. 144), y consigo mismas (B), ¿quién soy yo para que ella me hable así?, pues también vivían fluctuaciones de identidad a través del lenguaje al mencionar que “yo no soy una mujer, les decía por ejemplo. Y luego les decía lo contrario.” (Rivera Garza, 2007, p. 66)
- La imagen del lugar de R apunta al punto de vista de la Asesina (A) sobre el contexto (R) en el que se desenvuelve, ¿de qué le hablo así?, en fragmentos como “nada está oculto, Cristina. Los signos van abiertos. La frase va abierta. Todo está roto. Partido en dos. En tres. Desmembrado. El cuerpo. El texto. Todo es superficie. Una grieta. Corte. Pausa.” (Rivera Garza, 2007, p. 87), y en el punto de vista de la protagonista y la Detective (B) sobre el contexto (R) en el que se desenvuelve, ¿de qué me habla así?, pues para ellas el caso está “lleno de recovecos psicológicos. De oscuridades poéticas. Trampas de género. Metáforas. Metonimias.” (Rivera Garza, 2007, p. 54)

Entonces, a partir de estas formaciones ideológicas, la obra se desenvuelve como transformadora de la realidad a partir del lenguaje. La fragmentación descrita por la Asesina, quien observa un entorno roto y desmembrado, refuerza la idea de una realidad destrozada y

múltiple construida desde el lenguaje. Así, a través de estas formaciones ideológicas, Rivera Garza transforma la percepción de la realidad, subrayando la capacidad del lenguaje para construir, cuestionar y desarticular identidades y relaciones de poder.

Por otro lado, es fundamental profundizar acerca de la forma en que la novela emplea la corporeidad no sólo como una herramienta de violencia, sino como un medio para desmantelar las estructuras patriarcales a través del lenguaje. Como se ha establecido, la Asesina no actúa únicamente sobre los cuerpos, sino que también transforma la realidad mediante el lenguaje que, en términos de Berger y Luckmann (2003), es la base de las objetivaciones comunes de la vida cotidiana. El lenguaje nos permite compartir y dar sentido a nuestra existencia con otros, pero en la novela, este proceso se subvierte: “Nadie encontraría, sin embargo, una forma gramatical adecuada para masculinizar a la víctima y, seguramente por ello, aunque seguramente también por muchas cosas más, los diarios se referirían al caso como el de los Castrados” (Rivera Garza, 2007, p. 228). Así, la Asesina crea un espacio donde las reglas habituales de género son desafiadas, llevando a una reflexión sobre cómo el lenguaje define nuestras identidades y subjetividades.

Este cuestionamiento del lenguaje se conecta con la noción lacaniana del orden simbólico, en la que el lenguaje opera como un mecanismo de control sobre la subjetividad. La idea anterior basada en que “for a feminist Lacanian like Kristeva, therefore, whose interest is in changing things, it is the feminine disruption of symbolic language that has the potential to bring about a social revolution.”²⁸ (Cameron, 1992, p. 174) Esto se puede ver en la novela, donde la Asesina, mediante los actos de mutilación y los fragmentos de poemas

²⁸ “Por lo tanto, para una feminista Lacaniana como Kristeva, cuyo interés está en cambiar las cosas, es la disrupción femenina del lenguaje simbólico la que tiene el potencial de dar paso una revolución social”. Traducción de la autora.

que deja tras cada crimen, efectúa una ruptura con el orden simbólico patriarcal: “Y pensé—y aquí pensar quiere decir en realidad practicar la ironía— que era de suyo interesante que, al menos en español, la palabra víctima siempre fuese femenina.” (Rivera Garza, 2007, p. 30)

Al desmantelar el lenguaje y el cuerpo, Rivera Garza también desentraña la interrelación entre género y discurso. Salgado (2019) señala que el discurso está íntimamente conectado con el pensamiento, y que las formas en que una cultura concibe la realidad están relacionadas con el lenguaje. Esto se refleja en la forma en que la Asesina resignifica los cuerpos de sus víctimas masculinas, convirtiéndolos en signos de una nueva realidad en la que las fronteras de género se disuelven. Los hombres, al ser castrados, son transformados simbólicamente en mujeres, adoptando el rol de víctimas históricas de opresión. Esta transformación convierte a los hombres en portadores de la opresión femenina, creando un paralelo entre la violencia ejercida sobre los cuerpos de las mujeres y la violencia simbólica ejercida a través del lenguaje.

Así mismo, el cuerpo en *La muerte me da* es una representación del poder y la reestructuración de este. Como Lamas (2007) señala,

[...] además de los sexos, el género marca la percepción de todo lo demás: lo social, lo político, lo religioso, lo cotidiano. Comprender el esquema cultural de género lleva a desentrañar la red de interrelaciones e interacciones sociales del orden simbólico vigente. (Lamas, 2007, p. 04).

En la novela, el cuerpo masculino se convierte en un espacio de transgresión, donde la diferencia de género es puesta en cuestión. Esto refleja y confirma la idea de que el género

es una construcción cultural, más que una realidad biológica inmutable, como lo expone Lamas (2007) al afirmar que las diferencias entre hombres y mujeres son el resultado de una producción histórica y cultural, no simplemente sexual.

Esta resignificación de los cuerpos y el lenguaje también se puede ver en la multiplicidad de discursos que atraviesan la sociedad y cómo estos discursos están interrelacionados. Según Galindo (2021), sociedad y discurso mantienen una relación de interdependencia, lo que se refleja en la constitución de sujetos sociales, las relaciones sociales y los marcos conceptuales a través del discurso. En *La muerte me da*, la Asesina altera estas relaciones sociales mediante su reconfiguración del lenguaje y del cuerpo, lo que refleja un desafío a las normas culturales establecidas pues se menciona que “Mientras los hombres morían (porque el destino de los / hombres es morir) marcados por el objeto / con filo, yo cortaba la frase” (Rivera Garza, 2023, p. 210). Entonces, su acto de mutilación es un acto de creación discursiva: transforma a sus víctimas en signos de una nueva narrativa, una que cuestiona las estructuras de poder y opresión basadas en el género.

El tema central en la obra es entonces el enfoque de Rivera Garza sobre el cuerpo como una construcción discursiva. Como plantea Butler (1997), “to claim, for instance, that the body is fabricated in discourse is not only to figure discourse as a fabricating kind of activity, but to sidestep the important questions of “in what way” and “to what extent”²⁹ (Butler, 1997, p. 02). Lo anterior debido a que la novela expone que el género no es una

²⁹ “Afirmar, por ejemplo, que el cuerpo está fabricado en el discurso no es sólo para distinguir al discurso como una actividad de fabricación, sino para situar las importantes cuestiones “de qué manera” y “hasta qué punto”. Traducción de la autora.

característica innata del cuerpo, sino una construcción discursiva que puede ser alterada o deconstruida.

Este proceso está ligado a la noción de dialogismo bajtiniano, en el que la escritura se convierte en un espacio de ambivalencia, como señala Kristeva (1981). La Asesina, al dejar fragmentos de poesía de Pizarnik tras sus crímenes, convierte estos actos en parte de un texto mayor, uno que interrelaciona cuerpo, género y lenguaje en una compleja red de significados que se conectan entre sí: “En el lecho (que es cuerpo) (estrictamente). / Ante el muerto (que es una víctima) (que es femenina) / (que es gramaticalmente) / Frente al público (que es el lenguaje) (estas líneas)” (Rivera Garza, 2023, p. 213-214).

La elección de la Asesina de decantarse por la poesía de Pizarnik no es casual, ya que la poeta explora temas como la muerte, el deseo, la angustia y lo ambiguo, lo que resuena profundamente en las investigadoras y desestabiliza su comprensión de los hechos. Este uso del lenguaje poético logra que ambas mujeres se conviertan en “objetos de una trayectoria hiriente (Butler, 1997b, p. 16), ya que las palabras de Pizarnik, a través de las acciones de la Asesina, lejos de ser simples mensajes, penetran y afectan su subjetividad. La Asesina, entonces, utiliza la literatura para crear una conexión psicológica con ambas mujeres, atrapándolas a partir del lenguaje en una red de significados que condiciona su manera de ver la realidad y, por lo tanto, de actuar en la investigación. A través del poder evocador y perturbador de los poemas, tanto la Detective como la protagonista se ven obligadas a confrontar sus propios miedos y deseos: el deseo de captura de la Detective y el deseo de escribir de la protagonista, quedando así bajo el control simbólico de la Asesina.

Además, la novela desafía la concepción tradicional del lenguaje como un medio neutral de comunicación. Según Santos (2019), el lenguaje es un sistema de signos que refiere

a algo distinto de sí mismo, y esta relación entre signo y referente es fundamental para entender cómo se construye la realidad a través del lenguaje. Así, el cuerpo de las víctimas se convierte en un signo que refiere a una nueva realidad, una en la que los roles de género son subvertidos. Los hombres, al ser transformados en cuerpos feminizados, se convierten en el objeto de la opresión histórica que las mujeres han experimentado, lo que refleja una inversión del orden simbólico tradicional.

Finalmente, es crucial considerar la forma en que la literatura misma sirve como un espacio para explorar y desafiar estas construcciones de género y lenguaje. Como señala Galindo (2021), “preguntarse por el discurso, ese gran discurso organizador y estructurador, implicará pensar en la multiplicidad de discursos que atraviesan la sociedad como prácticas que vehiculan la vida y el cambio social” (p. 47). Esto implica que las formas en que las mujeres escriben están intrínsecamente ligadas a su experiencia como sujetos sexuados. *La muerte me da*, a través de su estructura fragmentaria y su enfoque en la corporeidad, refleja una escritura que desafía tanto las normas narrativas, como patriarcales, creando un espacio para que las voces femeninas y las experiencias de opresión sean expresadas y resignificadas.

3.1.1. Estructuras de poder

En *La muerte me da*, con base en lo planteado en el apartado anterior, las estructuras de poder juegan un rol fundamental para la construcción de las relaciones entre los personajes, y son especialmente visibles en la interacción entre la protagonista, la Detective y la Asesina. A través del lenguaje, los cuerpos y las representaciones de género, la novela explora las diversas maneras en que el poder se manifiesta, reproduce y transforma en contextos tanto

sociales como discursivos alterando las formas en que los personajes experimentan el mundo y, en particular, el género.

Judith Butler ofrece un marco crucial para entender cómo el poder actúa a través del lenguaje. En su obra, Butler (1997b) señala que cuando afirmamos haber sido heridos por el lenguaje le atribuimos a la vez el poder de herir y nos presentamos como objetos de esa trayectoria de la herida. El poder del lenguaje radica en su capacidad para transformar la realidad y, al hacerlo, afectar a los sujetos que lo reciben. En la obra, la Asesina utiliza el lenguaje para guiar a la Detective y a la protagonista, pero también para herirlas de manera simbólica: “Ahora colocan las manos sobre el cristal (como tú a veces, como tú algunas noches) y no lo tocan. [...] Lo acaban de descubrir. El mensaje es intocable. El mensaje está al otro lado del vidrio” (Rivera Garza, 2007, p. 244).

A través de los fragmentos de poemas de Pizarnik que deja tras los asesinatos, la Asesina ejerce una forma de control sobre las mujeres que investigan los crímenes, imponiendo su voluntad y manipulando sus pensamientos y acciones a partir de la literatura. Estos poemas, además de ser pistas de la investigación, actúan como mensajes cargados de ambigüedad y violencia simbólica afectando la percepción y el estado emocional de la Detective y la protagonista. Al recurrir a la poesía de Pizarnik, la Asesina introduce una atmósfera de incertidumbre y vulnerabilidad, pues la literatura, en este caso, es una extensión de su propio deseo de controlar y herir, de transformar a partir del lenguaje,

Así mismo, el poder del lenguaje, según Butler (1997b), se manifiesta en la capacidad de hacer perder el contexto a quienes lo reciben, aspecto que, en la obra, se puede notar cuando los personajes parecen perder el sentido de la realidad a medida que se sumergen en el juego macabro de la Asesina. En fragmentos como: “Es el pene la clave. El mensaje es el

formol. Lo natural de la lluvia es caer la lluvia cae la. Cuestión de esperar. Alguien se divierte con todo esto.” (Rivera Garza, 2007, p. 277), tanto la protagonista como la Detective se ven atrapadas en un entramado discursivo que las aleja de una comprensión clara de los crímenes que investigan, lo que resalta cómo el poder del lenguaje puede distorsionar la percepción y generar confusión. El cuerpo en el lenguaje no puede ser entendido del todo, pues ambos se transforman constantemente.

El poder, entonces, no sólo se ejerce de manera directa sobre los cuerpos, sino también de manera indirecta a través del discurso. Como señala Galindo (2021),

[...] el discurso es el medio y también el motivo. Y la pugna por el poder afecta de esta forma al objeto, que está expuesto a una práctica discursiva por parte de los sujetos que se manifiesta en la pluralidad de formas en que es referido y empleado.

(p. 48)

A partir de esta idea, el discurso como categorizador en la obra de Rivera Garza determina el género de las víctimas y también su poética. Los cuerpos de los hombres asesinados, que en vida eran símbolos del poder patriarcal, son transformados en objetos poéticos que reflejan la fragilidad y la vulnerabilidad típicamente asociadas a lo femenino. Este proceso de categorización a través del discurso es una manifestación del poder que transforma las identidades de las víctimas y de las investigadoras, mientras que a los hombres los vuelve objetos: los apodos de las mujeres van cambiando conforme cambia su situación en la historia, mientras que los hombres ven transformada su identidad sexo-genérica una vez que son asesinados física y socialmente.

Entonces, el poder en *La muerte me da* también se manifiesta a través de las estructuras sociales y culturales que delimitan la realidad de los personajes. De esta forma se manifiestan las materialidades semiótico-discursivas de Haidar (2006), pues las que resaltan en este apartado son la del poder, la cultural y la social. Las dos últimas inciden en la primera al estar ser delimitadoras de la realidad, en este caso, se establece un poder coercitivo aplicado a las víctimas, pero también a la protagonista y a la Detective a través de las víctimas, pues están siendo “víctimas de las preguntas: ¿quién me está matando?, ¿a quién me estoy entregando para que me mate?” (Rivera Garza, 2007, p. 11). Estas mujeres se ven atrapadas en el mismo sistema de poder que la Asesina ha construido mediante los crímenes. Sus acciones y pensamientos son moldeados por las pistas que deja la Asesina, obligándolas a seguir su narrativa e interpretar la realidad bajo sus términos.

Por otro lado, Teun van Dijk (2008) ofrece una clave distinta para entender cómo se manifiesta el poder en la novela, pues señala que este, que es inherente a las relaciones entre grupos sociales o personas, se manifiesta de manera indirecta o inconsciente para quienes están siendo subordinados. En este caso, la protagonista y la Detective, al ejercer la Asesina control sobre ellas a través de sus asesinatos, son condicionadas para atravesar el caso de la forma en que la Asesina quiere: se dejan llevar por las notas que deja con fragmentos de poemas de Pizarnik, van a los lugares que la Asesina planearía que fueran, incluso llegan a pensar lo que ella quiere que piensen.

Así, Van Dijk (2008) explica que el poder “is first of all a control of the mind, that is, of the beliefs of recipients, and indirectly a control of the actions of recipients based on such

manipulated beliefs.”³⁰ (p. 213). La Asesina, a través de sus notas poéticas y los lugares que selecciona para cometer los crímenes, manipula las creencias y las acciones de las investigadoras, guiándolas por un camino que ella misma ha trazado, pues la protagonista destaca constantemente que

Pensé—y aquí pensar quiere en realidad decir producir una imagen— en los cuerpos castrados de los tres hombres jóvenes que habían aparecido desnudos y sangrantes sobre el asfalto de la ciudad. Pensé—y aquí pensar quiere en realidad decir oír el eco— en la palabra castración y en todas las referencias trágicas del término. (Rivera Garza, 2007, p. 29)

Este control indirecto del pensamiento y las acciones de los personajes es una forma de poder que refleja las dinámicas de manipulación presentes en las relaciones sociales y discursivas.

En esa misma dirección, se puede plantear la idea de que el lenguaje y el poder están esencialmente ligados a la construcción de las identidades de género, pues ambos términos se transforman de manera constante. Como señala Lamas (2007), “la diferencia sexual entre hombres y mujeres significa cosas distintas en lugares diferentes” (p. 04). En la novela de Rivera Garza, las diferencias de género no son sólo biológicas, pues son significadas y resignificadas a través del lenguaje, volviéndolo arma:

Te regalo la línea pardiosera inacabada letal. / Póntela en la puerta del cuerpo (la boca para que / entiendas) (el orificio nasal) (el orificio sexual) / (la rendija) la luz

³⁰ “Es primero que nada un control de la mente, o sea de las creencias de los individuos, e indirectamente un control de las acciones de los individuos basado en la manipulación de sus creencias”. Traducción de la autora.

trasminada. / La línea entra y, entrando, rompe. La línea es el arma / [ilegible].”
(Rivera Garza, 2023, p. 212)

Las víctimas masculinas, al ser castradas y transformadas simbólicamente en mujeres, experimentan una pérdida de poder asociada con su masculinidad, mientras que la asesina y las mujeres investigadoras se posicionan en un espacio de mayor control. Esta resignificación es una muestra de cómo el lenguaje, al transformar las percepciones de género, también puede alterar las relaciones de poder entre los personajes.

Es entonces que, en el contexto de la obra, el lenguaje actúa sobre la mente de los personajes y, así, preserva los cuerpos de las víctimas de una manera particular. Butler (1997b) explica que el lenguaje contribuye a mantener la existencia del cuerpo, pero no de forma literal, sino que permite que el cuerpo adquiera una presencia social al ser llamado o definido a través del lenguaje. En *La muerte me da*, los cuerpos masculinos asesinados son preservados simbólicamente en tanto que fueron hombres toda su vida, pero al convertirse en víctimas, la Asesina los feminiza. Este cambio no es sólo físico, a través de la castración, sino también discursivo, ya que sus cuerpos se convierten en símbolos de una nueva estructura de poder donde los roles de género son subvertidos.

Con base en lo planteado, se puede destacar que la relación entre cultura, lenguaje y poder es fundamental para comprender cómo los personajes perciben el mundo y actúan en él. Lamas (2007) explica que

[...] nuestra percepción está condicionada, ‘filtrada’, por la cultura que habitamos, por las creencias que nos han transmitido en nuestro círculo familiar y social sobre lo

que les toca a las mujeres y lo que les toca a los hombres. Nuestra conciencia ya está habitada por el discurso social. (p. 03)

En *La muerte me da*, la protagonista, por ejemplo, es inicialmente una figura que responde a los roles tradicionales de género. Sin embargo, a medida que avanza en su investigación, su percepción de la realidad y de ella mismas se ve alterada por la presencia de la Asesina en fragmentos como “Yo no soy una mujer, les decía por ejemplo. Y luego les decía lo contrario” (Rivera Garza, 2007, p. 66). Así, queda claro que quien ejerce poder por sobre todos es la Asesina quien, mediante sus crímenes, expone las injusticias y limitaciones de las estructuras patriarcales que han definido la vida de las mujeres.

3.2. Sexismo lingüístico

Es importantísimo destacar que, en la obra de Rivera Garza, el lenguaje cumple una función central en la configuración de las relaciones de poder, las identidades de género y la percepción del mundo por parte de los personajes. Aspectos con un papel tan importante en la obra, como el sexismo estructural incrustado en el lenguaje, evidencian la persistencia de la violencia simbólica que se ejerce sobre los cuerpos y las identidades. Lo anterior permite señalar que el discurso y el lenguaje sexista no sólo reflejan una realidad social, sino que también la construyen activamente.

Judith Butler (1997), en su análisis sobre el poder performativo del lenguaje, sostiene que “we do tend to describe language as actively producing or crafting a body every time we use, implicitly or explicitly, the language of discursive construction”³¹ (p. 02). En este

³¹ “Tendemos a describir el lenguaje como un productor o creador activo del cuerpo cada vez que usamos, implícita o explícitamente, el lenguaje de la construcción discursiva”. Traducción de la autora.

sentido, en la obra de Rivera Garza el lenguaje no sólo comunica, sino que también crea cuerpos, es decir, las identidades se forman y transforman a través del discurso pues “la víctima siempre es femenina. ¿Lo ve? En el recuento de los hechos, en los artículos del periódico, en los ensayos que alguna vez se escriban sobre estos eventos, esta palabra los castrará una y otra vez” (Rivera Garza, 2007, p. 30). Así, el discurso de la asesina manipula las identidades de sus víctimas masculinas, feminizándolas tras su asesinato. A través de esta construcción discursiva, los cuerpos masculinos son transformados en objetos simbólicos, evidenciando la capacidad del lenguaje para alterar la percepción de género.

En la obra, como reflejo de la realidad, el sexismo en el lenguaje refleja una construcción histórica que privilegia lo masculino y devalúa lo femenino. Lamas (1998) explica que

[...] lo característico de los seres humanos es el lenguaje, que implica una función simbolizadora y que es el medio fundamental para estructuramos psíquica y culturalmente: para volvemos sujetos y seres sociales. Como el género está incrustado en el lenguaje, lo masculino y lo femenino suelen no tener el mismo estatuto en la dimensión pública de la comunicación social. (pp. 193-194)

En *La muerte me da*, esta desigualdad en el lenguaje se manifiesta en la forma en que quienes participan de esa realidad son representadas: mientras los hombres son feminizados tras su muerte, la Detective y la protagonista, a pesar de su rol activo, se ven atrapadas en un sistema de poder lingüístico que las subordina a las acciones de la Asesina.

Esta doctrina de la construcción discursiva que propone Butler sostiene que “the body is not only made by language, but made of language, or that the body is somehow reducible

to the linguistic coordinates by which it is identified and identifiable”³² (Butler, 1997, p. 03).

En este contexto, el cuerpo no actúa sólo como una entidad física, sino como un constructo discursivo que se define y se reconfigura a través de las palabras y los significados que se le atribuyen. En la obra, la construcción del género está profundamente ligada a la violencia discursiva:

El crimen desnuda. A la víctima lo delata la herida— porque por ahí, por sus pliegues y sombras, es posible avizorar la otra vida de su vida, la vida subterránea y secreta, la pasión vergonzosa, el error de cálculo, el hábito inconcebible, la carencia específica—
(Rivera Garza, 2007, p. 209)

Así, mientras los hombres asesinados pierden su estatus masculino a través de la castración, la asesina, mediante su uso del lenguaje poético, controla la narrativa y las percepciones de los demás personajes posicionándose como una figura de poder que desafía las normas tradicionales de género.

Por otro lado, la violencia simbólica que el lenguaje puede ejercer es un concepto clave en el análisis del sexism. Pierre Bourdieu (2012) afirma que la "violencia simbólica" es una dominación que se ejerce con la complicidad o consentimiento del agente social dominado. Este tipo de violencia es evidente en la obra de Rivera Garza, especialmente a partir de fragmentos como “el que analiza, asesina. Estoy segura de que sabías eso, profesora. El que lee con cuidado, descuartiza. Todos matamos” (Rivera Garza, 2007, p. 88) pues, al

³² “El cuerpo no está hecho sólo por el lenguaje, sino que está hecho de lenguaje, o que el cuerpo, de alguna manera, se puede reducir a la coordinación lingüística de lo identificado e identifiable”. Traducción de la autora.

establecer una relación entre el acto de analizar y el de matar, se carga de agresividad al acto de escribir, de leer, de actuar a partir del lenguaje.

Mediante la anterior asociación metafórica, se convierte al análisis y a la lectura en actos de agresión insinuando que la protagonista, así como la Asesina, por ser profesora también es capaz de matar y descuartizar en un sentido simbólico: ella lo hace a partir del lenguaje mientras que la Asesina va mucho más allá la materializar el lenguaje. A través del uso del lenguaje, se continúa esta violencia simbólica, que redefine las identidades de ciertos personajes, pero también determina sus acciones a partir de estructuras de poder ya establecidas. Esta dinámica resalta cómo el sexismo lingüístico refleja una ideología de género desigual que sigue perpetuando a través de la narrativa.

Sin embargo, es importante señalar que “the major problem with sexist language is that it is outdated. It persists only as a matter of ingrained habit, not ideology”³³ (Cameron, 1992, p. 103). Esto revela que, aunque el sexismo en el lenguaje pueda no ser siempre una manifestación consciente de una ideología patriarcal, continúa afectando la forma en que las personas se relacionan entre sí y perciben el mundo, pues, en la obra, “nadie encontraría, sin embargo, una forma gramatical adecuada para masculinizar a la víctima y, seguramente por ello, aunque seguramente también por muchas cosas más, los diarios se referirían al caso como el de los Castrados.” (Rivera Garza, 2007, p. 228). Lo anterior resalta el hecho de que, aunque el sexismo lingüístico pueda parecer una reliquia del pasado, sigue teniendo efectos concretos en la forma en que los personajes perciben el mundo y se relacionan entre sí.

³³ “El problema más grande del lenguaje sexista es que está obsoleto. Persiste sólo como un hábito arraigado, no como una ideología”. Traducción de la autora

En los estudios del discurso sobresale como tema recurrente el impacto del sexismo lingüístico en la construcción de la identidad, aspecto que destaca también en la obra de Rivera Garza. Salgado (2019) sostiene que las identidades son las denominaciones que utilizamos para describir las distintas maneras en que estamos ubicados, ya sea por nosotros mismos o por otros miembros de la sociedad, mediante nuestros discursos. En *La muerte me da*, las identidades de los personajes se construyen y deconstruyen a través de las palabras. La protagonista, al mencionar “esa mujer- fuera- de- sí que eras tú. O yo.” (Rivera Garza, 2007, p. 77) refiriéndose a alguno de los asesinados, reproduce el discurso como transformador de la identidad de la Asesina. Así se posiciona continuamente frente a este discurso, intentando, en muchos casos sin éxito, desafiar el control que la Asesina ejerce sobre sus percepciones.

El lenguaje, por lo tanto, no sólo refleja una realidad social, sino que la moldea activamente. Como explica Haidar (2006), las materialidades semiótico-discursivas tienen un componente cultural, social y cognoscitivo. El análisis del sexismio en la lengua, a través de la materialidad cultural, permite observar cómo las ideologías de género se perpetúan en el discurso cotidiano y literario. Al mismo tiempo, desde una perspectiva social, es posible analizar cómo los discursos son producidos y recibidos en función de los sujetos que los emiten, y cómo estos discursos contribuyen a la configuración de la realidad social. Por ejemplo, al decir “las muelas apretadas. La piel en erizo. A eso, en otros lugares, se le denomina tener frío.” (Rivera Garza, 2007, p. 320), se conjuntan las tres materialidades para configurar la realidad cultural y social a través del lenguaje en la obra.

Finalmente, retomamos la aseveración de Butler (1997b) quien concluye que “si el lenguaje puede preservar el cuerpo, puede también amenazar su existencia” (p. 22). Este

doble filo del lenguaje se manifiesta en *La muerte me da* a través de la forma en que la asesina utiliza el discurso poético para controlar la narrativa, manipular a las investigadoras y asegurar su dominio sobre la interpretación de los hechos. Las notas con fragmentos de poemas de Alejandra Pizarnik que deja junto a los cadáveres son ejemplos de cómo el lenguaje puede tanto preservar como destruir: preserva a las víctimas como símbolos, pero amenaza su existencia simbólica al transformarlos en objetos de feminización y violencia, pues “un asesino serial, dice Seltzer, también está imbuido por la fascinación de la herida. Es alguien que quiere mirar adentro” (Rivera Garza, 2007, p. 144). Así, el lenguaje sexista, incrustado en las estructuras de poder, no sólo perpetúa la violencia simbólica, sino que también actúa como un arma en la lucha por el control y la dominación a través del lenguaje como transformador de la realidad.

3.2.1. El delito en el discurso

El delito en *La muerte me da* no se puede entender de manera aislada, pues más bien se construye como un conjunto de factores discursivos, culturales y de poder que operan en torno a las figuras de la asesina y sus víctimas. Hasta ahora, hemos visto cómo el lenguaje, la violencia y la identidad se entrelazan en el acto criminal, pero el crimen cometido por la Asesina en la novela no sólo es una transgresión jurídica o moral, sino que es una subversión del orden simbólico del poder y la identidad. Así, se han ido revelando las complejas relaciones entre lenguaje, violencia y género.

En primer lugar, de acuerdo con Marcela Lagarde (2005), el poder se manifiesta en lo que se conceptualiza como delito, ya que las fuerzas sociales dominantes determinan culturalmente qué se considera como tal, al establecer y especificar cuáles transgresiones

representan una violación grave de las normas en el ámbito criminal. En la obra “nada es para tanto, ni siquiera un pene” (Rivera Garza, 2007, p. 95), y así el delito cometido por la Asesina se vuelve un acto que subvierte los códigos establecidos por la sociedad para designar lo que es correcto o incorrecto, lo permitido y lo prohibido. La Asesina se apropiá del poder para redefinir el concepto de justicia desde su perspectiva, utilizando el asesinato y la castración como herramientas para expresar su rechazo hacia la estructura patriarcal que la ha marginado.

Lagarde también argumenta que "la existencia del delito no remite a las normas morales, éticas y jurídicas que lo definen y sancionan, sino al conjunto de relaciones y reglas de poder en la sociedad" (Lagarde, 2005, p. 650). Entonces también se puede afirmar que la Asesina, al cometer sus crímenes, no está simplemente transgrediendo las leyes formales; está atacando la estructura misma del poder social. El acto de castrar a los hombres en la novela es un ejemplo claro de cómo la realidad puede ser reinterpretada y transformada a través de actos que desmantelan las jerarquías tradicionales, pues está “lleno de recovecos psicológicos. De oscuridades poéticas. Trampas de género. Metáforas. Metonimias” (Rivera Garza, 2007, p. 54). De esta forma, a través del lenguaje, la asesina planea reconceptualizar la identidad genérica a partir del lenguaje logrando transformar la realidad.

El lenguaje, entonces, juega un papel crucial en la construcción del delito en obra. Si se afirma que “la realidad se construye a partir de un proceso social; sostienen asimismo que tanto el 'conocimiento' como la 'realidad' son relativos [...] el lenguaje y la interacción social son elementales” (Salgado, 2019, p. 31), el discurso se convierte en un medio para cuestionar y transformar la realidad socialmente aceptada. Los fragmentos de poemas que la asesina deja junto a los cuerpos mutilados no son meros adornos, sino que completan el crimen

transformando la violencia física en un acto simbólico y poético que altera la percepción del lector sobre el delito.

Los poemas de Alejandra Pizarnik, por ejemplo, actúan como una extensión del acto criminal y proporcionan un marco discursivo que resignifica la muerte y la castración de las víctimas pues, refiriéndose la protagonista a la Asesina, “¿Quién versifica? ¿Quién versifica al versificador?” (Rivera Garza, 2023, p. 212). Según Kristeva (1981), “el texto propone a la semiótica una problemática que atraviesa la opacidad de un objeto significativo producido, y condensa en el producto (en el corpus lingüístico presente) un doble proceso de producción y de transformación de sentido” (p. 31). Estos fragmentos poéticos, plasmados en la escena del crimen, además de ser representaciones lingüísticas, se convierten en parte integral de la significación del delito, transformando lo físico en simbólico y viceversa.

La relación entre lenguaje y violencia también es un aspecto central en la construcción del delito en *La muerte me da*. Butler (1997b), a partir de Elaine Scarry, señala que “la amenaza de violencia es una amenaza al lenguaje, a su posibilidad de hacer-mundo y hacer-sentido” (p. 22). En la obra, la violencia de la Asesina desestabiliza el poder del lenguaje para organizar y darle sentido al mundo. Al mutilar a los hombres y dejar poemas como marcas de su crimen, desafía la capacidad del lenguaje para construir sentido en un mundo donde las categorías de género y poder están en crisis:

Pensarían en la posibilidad de que el asesino fuera una mujer, y la explicación de los hechos se transformaría entonces en un asunto ideológico cuya base sería eminentemente emotiva—cosa de celos y rabia, despecho, impotencia—. [...] Con frecuencia pensarían incluso en la posibilidad de que el asesino fuese un asesino y una asesina combinados: un caso extremo de identificación en el que él o ella

intentaba alcanzar a su contrario o a su igual, rápida y por ello violentamente, a causa del deseo de alteridad. (Rivera Garza, 2007, pp. 242-243)

Este acto de violencia contra el lenguaje revela la imposibilidad de reconciliar la experiencia física del dolor con los significados culturalmente aceptados, y sugiere que el poder del lenguaje puede ser desestabilizado por la violencia extrema. Además, la crisis de las categorías de género y poder se puede ver incluso sólo centralizándonos en la Asesina, pues el hecho de que se plantee la transgresión de los límites de género en ella misma es evidencia de lo arraigadas que están las estructuras y roles de género en la sociedad contemporánea: no se puede creer que una mujer sea capaz de asesinar de tal forma, por lo que debería ser un hombre o alguna identidad híbrida la realizadora de estos actos.

La semiótica también nos permite entender cómo el delito en la obra de Rivera Garza opera en múltiples niveles pues, si se analiza a partir del hecho de que “el texto es precisamente lo que no puede ser pensado por todo un sistema conceptual en que se basa la inteligencia actual” (Kristeva, 1981, p. 31), el delito en la obra no puede ser reducido únicamente a su dimensión física o legal; es también un cuestionamiento a las estructuras conceptuales que sostienen la sociedad. El acto de la Asesina, que combina violencia física con un discurso poético, en los poemas de Pizarnik, y simbólico, con las castraciones, desafía las categorías tradicionales del crimen, la justicia y el poder, sugiriendo que estas están profundamente entrelazadas con el lenguaje y la interpretación cultural.

La Asesina en *La muerte me da* no sólo actúa como una criminal en el sentido convencional, sino que también redefine lo que significa ser una mujer dentro de una estructura de poder patriarcal. Lagarde (1990) argumenta que “la mujer es la síntesis histórica de sus determinaciones sociales y culturales” (p. 5) por lo que, en este sentido, la Asesina

actúa desde una posición de subversión frente a las expectativas culturales sobre el género. Al cometer crímenes normalmente asociados con la dominación masculina —la castración y el asesinato—, la asesina revaloriza el significado de ser hombre y mujer en el contexto del poder, aunque ella lo denomina “una hazaña. Una saña en letras diminutas. Algo pequeñísimo” (Rivera Garza, 2007, p. 23). Si se aborda el análisis del delito a partir de la premisa ‘si no tienes pene, eres mujer’, en la obra la castración de los hombres no sólo los despoja de su genitalidad, sino que los feminiza simbólicamente.

La identidad de la Asesina también fluctúa constantemente, ya que se ve atrapada en las determinaciones sociales y culturales que le impone su condición de mujer. Sin embargo, mediante sus actos violentos, esta identidad se transforma, al punto de desdibujarse completamente la categoría de "mujer" tal y como la concibe la sociedad patriarcal: “Joachima, me dije. Y Joachima fui. El Abramövic llegó luego.” (Rivera Garza, 2007, p. 81). Esta crisis de identidad es un tema central en la obra, ya que la Asesina, al castrar y matar a sus víctimas, también está confrontando su propio ser, cuestionando qué significa ser mujer en una sociedad que la ha reducido a roles subordinados.

Es en este marco de subordinación y poder donde podemos entender mejor la afirmación de Lagarde de que “la delincuente y la víctima son presas de su condición genérica, de su ser mujer concretado en el delito” (Lagarde, 2005, p. 649). Esta afirmación es particularmente significativa en el contexto de la novela, donde la asesina, al cometer sus crímenes, está creando una nueva realidad al rebelarse contra las estructuras opresivas de género que la han definido como mujer:

Mientras los hombres morían (porque el destino de los hombres es morir) marcados por el objeto con filo, yo cortaba la frase. Gustosa abría la línea (como el que abre

una lata de sardinas) la probabilidad de otra línea. Bifurcaba una mano a la derecha y otra mano a la izquierda el cuerpo en medio, el cuerpo marcado por la apertura de la línea caía. Desangrado. El cuerpo solo. (Rivera Garza, 2007, p. 311-312)

Aunque las mujeres cometan menos delitos que los hombres, cuando lo hacen, según Lagarde (2005), es a menudo como un acto de rebelión contra su opresión. En *La muerte me da*, la Asesina no es una criminal común; su delito es un acto político que cuestiona las normas patriarcales y la opresión de género.

Por otro lado, la locura también juega un papel clave en la construcción del delito en la obra, pues "es la confrontación de la realidad vivida, del modo de vida desordenado de la mujer, con el poder" (Lagarde, 2005, p. 771). En este sentido, la identidad de la Asesina fluctúa entre la cordura y la locura, y esto puede entenderse como una respuesta a la opresión patriarcal, una especie de locura que, al confrontar las normas sociales, se convierte en una forma de resistencia, pues según los demás personajes: "—Estamos frente a un esteta— murmuró la Detective—. Frente a un esteta obsesivo que quiere darnos un mensaje sobre el cuerpo, el cuerpo masculino, y las letras del alfabeto" (Rivera Garza, 2007, p. 226). Este 'modo de vida desordenado' al que se refiere Lagarde es la forma en que la Asesina confronta y se rebela contra las estructuras de poder que la oprimen, utilizando el delito como un medio para desestabilizar y transformar esas estructuras.

Una posibilidad de ofrecer otra visión complementaria se encuentra en aprovechar el análisis de Haidar (2006), quien sugiere que las materialidades semiótico-discursivas del poder, lo cultural y lo social están entrelazadas, en este caso es posible aplicar esta premisa en el delito. Según Haidar (2006), el poder tiene la capacidad de subordinar al sujeto frente a los otros y frente a sí mismo, lo cual puede observarse en la manera en que la asesina se ve

atrapada por las expectativas de género que la sociedad impone sobre ella. Este poder internalizado la lleva a cuestionar no solo su identidad, sino también la de sus víctimas, cuya masculinidad queda literalmente mutilada en sus actos de castración. La estructura interna del poder, al estar arraigada en la cultura y lo social, refuerza las ideas de subordinación femenina que la Asesina busca desmantelar.

Así, en este contexto de subversión y redefinición del poder, es importante resaltar “al cuerpo como un espacio político privilegiado. Más aún, las mujeres, a diferencia de los hombres, son su cuerpo” (Lagarde, 2005, p. 200). Lo anterior destacando la forma en que la Asesina no sólo actúa desde su mente, sino desde su cuerpo utilizándolo como una herramienta de poder y resistencia en fragmentos como: “Y perdió el cuerpo. Y perdió la aurora (y Aurora [tachado] es nombre de mujer)” (Rivera Garza, 2007, p. 328). En la obra, el cuerpo masculino castrado pierde su poder simbólico, mientras que el cuerpo de la Asesina, como mujer, se convierte en un espacio de resistencia, uno que es capaz de desafiar las normas de género y poder a través del acto físico del delito y de la capacidad transformadora del lenguaje.

3.3. El misterio del cuerpo-texto

En el desarrollo de la narrativa de *La muerte me da*, de Cristina Rivera Garza, el cuerpo no sólo actúa como espacio físico, sino también como un texto que narra la violencia y el deseo de los personajes, en un juego constante entre la presencia material y la abstracción simbólica. La relación entre el cuerpo y el lenguaje, o el "cuerpo-texto", se construye a través de múltiples capas de significación, donde las estructuras sociales, psicológicas y culturales determinan las formas en las que los cuerpos son percibidos, representados y violentados.

Este análisis integra el marco psicoanalítico, las ideas sobre el género y la arbitrariedad del signo lingüístico, así como las nociones estético-retóricas y poéticas que se despliegan en la obra.

En primer lugar, uno de los aspectos clave en la obra es la interrelación entre el cuerpo y el lenguaje poético. Sobre esto, Julia Kristeva (1981) propone que “el lenguaje poético como sistema complementario que obedece a una lógica diferente de la del quehacer científico, exige, para ser descrito, un utilaje que tome en consideración las características de esa lógica poética” (p. 230). Esto sugiere que el cuerpo, como objeto de representación, no puede entenderse únicamente desde una perspectiva racional o científica. En la obra, la Asesina utiliza fragmentos de poemas para acompañar sus crímenes, y estos fragmentos no pueden ser leídos sólo como textos, sino como parte del cuerpo de las víctimas, como una extensión de su mutilación y su transformación en un “cuerpo-texto”. Cuando, por ejemplo, la Asesina expresa: “escribir sobre la muerte. Sobre las preguntas acerca / de la muerte. / Escribir: muerte. Separar las sílabas. Desentrañar / letras. / Escribir la muerte. Abrirla.” (Rivera Garza, 2023, p. 211), el lenguaje poético completa la significación del acto violento, introduciendo una lógica que no sigue las reglas del mundo material, sino las de un universo simbólico donde el cuerpo y el texto se fusionan.

Este misterio del cuerpo-texto también puede entenderse a través del concepto de las materialidades del psicoanálisis, del simulacro, y la estético-retórica. La materialidad psicoanalítica deviene en la de simulacro y ambas son ideas que, según Haidar (2006), pueden explicarse de tres formas:

la primera, se refiere a la simulación como representación sínica, con la cual todo signo representa la realidad, el mundo de determinados modos; la segunda, remite a

la simulación como enmascaramiento, en la dimensión no del ser, sino del parecer; [...] la tercera, se refiere a la simulación cibernetica, situada en una dimensión del mundo virtual. (pp. 88-89)

Así, la estético-retórica cumple el papel de representar lo poético en lo grotesco: los fragmentos de poemas de Pizarnik en los cuerpos de las víctimas. Lo anterior destacando cómo, en la obra, el cuerpo de las víctimas, al ser castrado, se convierte en un simulacro de lo que solía ser. Ya no es sólo un cuerpo mutilado, sino un signo que ha perdido su función original y ha adquirido un nuevo significado dentro del universo simbólico que la asesina crea: “Otro cuerpo sin vida. Otro ciudadano. Signos de / mutilación. / (una manera de enunciar).” (Rivera Garza, 2023, p. 208). La castración física es sólo una parte de la mutilación simbólica que sufren los hombres asesinados: son convertidos en "víctimas", una palabra que en el lenguaje patriarcal se asocia con lo femenino, lo vulnerable, lo subordinado.

Como señala Cameron (1992), en la teoría psicoanalítica, el miedo masculino a la castración y la ‘envidia femenina del pene’ son fantasías inconscientes, no creencias conscientes ni racionales, pues “these fantasies play with the possibilities of gender as if they were not fixed by anatomy”³⁴ (p. 166). En la novela, este juego con las posibilidades de género se manifiesta en la mutilación física y simbólica de los cuerpos masculinos, pues “el sexo: el único lugar donde todo está permitido” (Rivera Garza, 2007, p. 147). La castración, además de quitarles su poder físico, los convierte en mujeres a los ojos de la asesina, ya que “a los hombres que hacen cosas de mujeres se les considera mujeres, seres inferiores. He ahí el daño. En el lenguaje patriarcal ya no son hombres” (Lagarde, 1990, p. 05). Aquí, la

³⁴ “Estas fantasías juegan con las posibilidades del género como si no fueran arregladas por la anatomía”. Traducción de la autora.

mutilación corporal se convierte en un signo de la transformación simbólica que la asesina impone sobre sus víctimas, llevándolos al "lado femenino" del lenguaje y la sociedad.

Otro de los puntos fundamentales para entender el cuerpo como texto es la forma en que el psicoanálisis, especialmente desde Lacan, ha tratado la relación entre el cuerpo y el lenguaje. Según Cameron (1992), “in the symbiotic imaginary stage there is no pressure towards symbolic language, since no absence is perceived. This is why Lacan theorises the symbolic order as dominated by the phallus”³⁵ (p. 166). En este sentido, el cuerpo no se percibe como completo hasta que se introduce la noción de falta, y esta falta está íntimamente conectada con el lenguaje y su capacidad de nombrar, pues “¿Cómo decirle a la Detective que todo poema es la imposibilidad del lenguaje por producir la presencia en él mismo que, por ser lenguaje, es todo ausencia?” (Rivera Garza, 2007, pp. 55-56). En la obra, los cuerpos de las víctimas son mutilados y castrados, lo que crea una ausencia física que se transforma en una ausencia simbólica, ligada a la pérdida del poder y la masculinidad, tal como lo teoriza Lacan. El cuerpo, al ser violentado, pierde su integridad física y se convierte en un signo incompleto que debe ser leído e interpretado dentro del orden simbólico dominado por el falo.

El cuerpo y el texto en *La muerte me da* también deben entenderse como partes de una estructura semiótica más amplia que incluye la memoria y la experiencia. Como afirma Salgado, “la memoria se actualiza, necesariamente, en lenguaje” (Salgado, 2019, p. 37), lo que implica que la experiencia del cuerpo, tanto en su integridad como en su mutilación, no puede separarse de su representación lingüística. Así, la Asesina actualiza la memoria de sus

³⁵ “En el escenario del imaginario simbólico no hay presión alrededor del lenguaje simbólico hasta que no es percibida la ausencia. Por eso Lacan teoriza el orden simbólico como dominado por el falo”. Traducción de la autora.

crímenes no sólo a través de la violencia física, sino también mediante el lenguaje poético que deja en el lugar de los hechos inscribiendo simbólicamente sus actos en el cuerpo de las víctimas; los llena de “Frases sueltas. Retazos. Piezas truncas. Palabras robadas. Textos. Hurtos gráficos” (Rivera Garza, 2007, p. 139). A través del lenguaje, la Asesina actualiza no solo la memoria individual de las víctimas, sino también la memoria colectiva de la violencia, la masculinidad y el poder. El cuerpo mutilado, convertido en texto, es una forma de perpetuar esta memoria en el lenguaje, de inscribirla en el tejido simbólico de la sociedad.

Sin embargo, “describir el funcionamiento significativo del lenguaje poético es describir el mecanismo de las junciones en una infinitud potencial” (Kristeva, 1981, p. 235). Al considerar el cuerpo como parte del lenguaje, este deja de ser un objeto fijo y estable, y se convierte en una estructura subjetiva y cambiante, tan fluctuante como el lenguaje mismo. En *La muerte me da*, el cuerpo de las víctimas es tanto un objeto físico como un texto poético que se puede reinterpretar constantemente. El misterio del cuerpo-texto reside en esta capacidad de transformación, en su potencial de significar más allá de lo visible, de lo que el lenguaje común puede captar, pues la poesía “[...] puede ser profética. Al menos eso creen algunos poetas. Que tiene el poder de la profecía.” (Rivera Garza, 2007, p. 42). Entonces el cuerpo, al igual que el texto poético, es una ‘infinitud potencial’ que no puede ser reducido a una sola interpretación o significado.

El análisis de Rivera Garza acerca del cuerpo se articula también en torno a la teoría del *habitus*³⁶ de Pierre Bourdieu quien, citado por Lamas (2007), argumenta que “el orden social está tan profundamente arraigado que no requiere justificación: se impone a sí mismo

³⁶ “Los *habitus* son, según Bourdieu, el conjunto de relaciones históricas “depositadas” en los cuerpos individuales en la forma de esquemas mentales y corporales de percepción, apreciación y acción. Estos esquemas son de género y, a su vez, engendran género.” (Lamas, 2007, p. 03)

como autoevidente” (p. 03). En este sentido, los cuerpos en la obra son representaciones de un orden social que parece inmutable, donde los roles de género y poder están inscritos en los cuerpos de manera natural. Sin embargo, al mutilar y castrar a sus víctimas, la Asesina rompe con esta autoevidencia del orden social, subvirtiendo los esquemas de género y revelando su carácter arbitrario; por ejemplo, en fragmentos como:

—Si me lo preguntas así, tendría que decir que es una mujer y un hombre, las dos cosas al mismo tiempo—guarda silencio, esperando una respuesta que no llega—.
¿Pero quién en verdad no es una mujer y un hombre al mismo tiempo? (Rivera Garza, 2007, p. 217)

La mutilación de los cuerpos es, por lo tanto, una forma de reescribir estos cuerpos-texto, de violentar la carne, pero también las representaciones sociales y culturales que estos cuerpos encarnan.

Aquí se introduce el concepto de arbitrariedad, que establece que el producto del significante y el significado son arbitrarios, rompe el lazo institucional entre ellos y “es esta ruptura del lazo entre significante y significado —y la prueba de su carácter inmotivado— lo que inaugura el pasaje desde una concepción substancialista hacia una concepción estructuralista del lenguaje” (Alloa, 2014, p. 204). En la obra, la palabra ‘victima’ adquiere un nuevo significado a través de la castración simbólica de los hombres pues, aunque la palabra en su forma lingüística podría asociarse a lo femenino, en *La muerte me da* se rompe este lazo tradicional entre significante, la palabra ‘victima’, y significado, los hombres castrados; y se demuestra la arbitrariedad del lenguaje: “Nadie encontraría, sin embargo, una forma gramatical adecuada para masculinizar a la víctima y, seguramente por ello, aunque seguramente también por muchas cosas más, los diarios se referirían al caso como el de los

Castrados” (Rivera Garza, 2007, p. 228). Así, la Asesina manipula el lenguaje y el cuerpo para crear un nuevo significado, uno donde el género se convierte en una construcción fluctuante y el cuerpo se vuelve un texto que puede ser reescrito constantemente.

Otro aspecto clave en la representación del cuerpo en la novela, y que conjunta lo antes mencionado en este apartado, es su relación con el deseo y la subjetividad. Por ejemplo, Pinzón (2014) señala que el impulso del cuerpo por expresar su experiencia lleva a la escritura, motivado por el placer de la autoexploración corporal. Escribir desde la experiencia corporal se convierte en un medio para construir una subjetividad permitiendo que la literatura capture la vivencia y lo cotidiano del cuerpo como fuente de placer, como cuerpo-masculino y como cuerpo-lenguaje. Con base en lo anterior, la Asesina se convierte en una figura que, a través de la violencia, busca escribir una nueva narrativa del cuerpo.

El deseo de la Asesina por transformar a sus víctimas en cuerpos castrados o, como refiere Sarduy (1969), de travestirlas llevando la experiencia de la inversión al límite, es más que una expresión de poder, pues alberga también un deseo de inscribir su propia subjetividad, y la del lenguaje, en el cuerpo de los otros. Esta idea destaca en los fragmentos de poemas que deja en su escena del crimen, como: “En tu sexo / (armadura tajadura tachadura) (ranura) / en el aquí de todas las cosas del mundo, me da / la muerte (que es este paréntesis) (y este).” (Rivera Garza, 2023, p. 215). Los cuerpos mutilados, entonces se convierten en textos donde la Asesina explora su propia identidad y su relación con el poder y el género. Este proceso de escritura corporal es, a su vez, una forma de autoexploración, donde el cuerpo-placer y el cuerpo-lenguaje se fusionan en un acto de creación destructiva.

De esta manera, “al tener en cuenta el tránsito entre sensibilidad y pensamiento articulados en la experiencia humana, el lenguaje constituye un punto de conexión con el

cuerpo, mundo y otros” (Pinzón, 2014, p. 94). Esta conexión entre cuerpo y lenguaje es la base narrativa en *La muerte me da*, donde el cuerpo de las víctimas es, a la vez que un objeto de violencia, un medio para expresar y cuestionar la experiencia humana. A través de la mutilación, el cuerpo se convierte en un texto que narra no la violencia sufrida y la transformación simbólica que esta violencia implica: “Morir en la lenta escritura de la palabra morir, sin remedio” (Rivera Garza, 2007, p. 309). El cuerpo, como lenguaje, se convierte en una herramienta para explorar la ambigüedad de la existencia humana, la percepción individual y las dinámicas de poder que atraviesan tanto al cuerpo como al lenguaje.

Conclusiones

En *La cresta de Ilión* y *La muerte me da* de Cristina Rivera Garza, el lenguaje y la identidad se entrelazan para formar un puente que transforma tanto a los personajes como al lector. Una de las constantes más significativas en ambas obras es que las transformaciones identitarias siguen un eje específico: el cambio de masculino a femenino. Este fenómeno marca una inversión de roles dentro de las narrativas tradicionales y pone en tela de juicio las categorías biológicas y sociales que históricamente han definido el género como algo fijo y binario. El cambio identitario en estas obras está íntimamente ligado al lenguaje. En ambas, los nombres, apodos y referencias hacia los personajes sirven como vehículos de transformación. La identidad se construye, destruye y reconstruye mediante el uso del lenguaje reflejando un proceso fluido y continuo. Este fenómeno de fluctuación revela que la identidad sexogenérica no es una esencia, sino una narrativa: un relato construido lingüísticamente que puede reescribirse.

El lenguaje funciona así como un puente que conecta los cuerpos con el mundo, pero también como un medio de transgresión. Un hallazgo en *La cresta de Ilión*, es la posibilidad de las mujeres de la casa para reconfigurar su realidad mediante un lenguaje propio que el protagonista lucha por comprender para que, como consecuencia de su proceso de acercamiento, su identidad masculina se difumine en la feminidad que domina ese espacio. De manera similar, en *La muerte me da*, el lenguaje de la asesina resignifica el concepto de víctima al feminizarlo tanto lingüística como simbólicamente. En ambos casos, el lenguaje no sólo describe o comunica, sino que actúa, transforma y reordena.

La fluidez entre género, identidad y lenguaje en estas novelas también remarcó un aspecto crucial: la identidad no sólo fluctúa, sino que su fluctuación es inevitablemente un

reflejo del lenguaje en el que se encuentra inscrita. En ambas obras, los personajes no poseen una identidad fija, se presentan como figuras en constante transformación moldeadas tanto por el entorno narrativo como por las palabras que los describen. Esto refuerza la idea de que el lenguaje es más que un medio pasivo, se vuelve un agente activo en la configuración de la realidad y de los seres que la habitan.

En las obras examinadas en esta tesis, Cristina Rivera Garza propone, a través de estas narrativas, un cuestionamiento profundo del género y la identidad como construcciones estáticas y objetivas. Por ello, esta investigación ha comprendido un análisis sobre la forma en que el lenguaje, entendido como una entidad materialidad transformadora, opera en *La cresta de Ilión* y *La muerte me da*, de Cristina Rivera Garza. Este análisis permitió responder a las preguntas generales y particulares, además de validar las hipótesis y alcanzar en gran medida los objetivos planteados a lo largo de la tesis. La afirmación anterior debido a que el lenguaje, en ambas obras, se revela como un medio fundamental para construir y deconstruir la identidad de los personajes, además de ser también una herramienta crítica para desafiar las normas socioculturales sobre género e identidad.

En primer lugar, en cuanto a la pregunta general, se confirmó que el lenguaje en las obras de Cristina Rivera Garza opera como un agente transformador que afecta profundamente la identidad biológica y social de los personajes. En *La cresta de Ilión*, el lenguaje se materializa en un código femenino exclusivo, descrito como un ‘lenguaje líquido’ que margina al protagonista masculino y desmantela las estructuras discursivas tradicionales. En *La muerte me da*, el lenguaje actúa como un instrumento de castración simbólica, feminizando a las víctimas masculinas tanto física como discursivamente. Estas

transformaciones demuestran las diversas maneras en que el lenguaje puede dar forma a las realidades sociales y biológicas dentro de los universos narrativos creados por Rivera Garza.

De esta forma, las preguntas específicas se responden por sí mismas en las obras. Como se menciona en la pregunta 1.1, las novelas de Rivera Garza presentan rasgos lingüísticos distintivos que desafían las normas narrativas tradicionales: en *La cresta de Ilión*, el lenguaje alternativo simboliza la exclusión masculina y refuerza las dinámicas discursivas femeninas, mientras que en *La muerte me da*, el lenguaje fragmentado y poético vincula los actos de la asesina con las referencias literarias de Alejandra Pizarnik, dotando de significado tanto al crimen como a sus implicaciones simbólicas. En cuanto a la pregunta 1.2, el lenguaje sí reconfigura la identidad de los personajes: en *La cresta de Ilión* el protagonista atraviesa una fluctuación identitaria que desestabiliza las categorías de género, mientras que en *La muerte me da* los asesinatos representan una castración simbólica que feminiza a las víctimas, redefiniendo su identidad discursiva y cultural. Respecto a la pregunta 1.3, las dinámicas culturales refuerzan al género femenino como construcción discursiva: en *La cresta de Ilión* el lenguaje femenino posiciona a las mujeres como creadoras de un universo discursivo alternativo, y en *La muerte me da* se resignifica el texto literario como un espacio de exploración entre lenguaje, género y cuerpo mostrando que el género femenino es una construcción moldeada principalmente por el lenguaje y el entorno social.

Por otro lado, la hipótesis general se ha podido validar en gran medida, pues el lenguaje en ambas obras sí se presenta como una entidad material transformadora que incide directamente en la reconfiguración de la identidad biológica y social de los personajes. Esta transformación se evidencia tanto en los rasgos lingüísticos singulares presentes en ambas narrativas como en la manera en que el lenguaje interviene en la representación de género y

en la construcción de identidad de los personajes. Por ejemplo, la representación de las dos Amparos en *La cresta de Ilión* y la Asesina en *La muerte me da* evidencian que el lenguaje no sólo describe realidades, sino que las crea y transforma activamente.

Como consecuencia, las hipótesis específicas también fueron validadas. Con base en la hipótesis 1.1 se puede afirmar que las singularidades lingüísticas en ambas obras desafían las convenciones narrativas tradicionales; por ejemplo, en el lenguaje exclusivo entre las mujeres en *La cresta de Ilión* y la resignificación del término ‘víctima’ en *La muerte me da*, que muestran cómo el lenguaje opera como un medio de transformación identitaria y narrativa. La hipótesis 1.2 afirma que el lenguaje actúa como una fuerza que moldea aspectos biológicos y sociales, ya que en ambas obras el género se presenta como una construcción discursiva en constante cambio, donde los personajes navegan entre las categorías tradicionales de género reflejando las tensiones entre identidad biológica y social. De la misma forma, en la hipótesis 1.3 se destacan las dinámicas sociales y culturales en las obras de la autora, que posicionan al género femenino como un espacio de resistencia y creación discursiva en, por ejemplo, la construcción de identidades fluctuantes, como las de Amparo y la Traicionada en *La cresta de Ilión* y la Asesina en *La muerte me da*.

El objetivo principal de esta tesis fue analizar, en *La cresta de Ilión* y *La muerte me da*, el papel del lenguaje como entidad material transformadora, específicamente en cuanto a la reconfiguración de la identidad biológica y social de los personajes. Con base en lo anterior, es importante resaltar que el objetivo fue alcanzado en ambas obras, pues los análisis detallados de estas permitieron resaltar que el lenguaje, como entidad material transformadora, tiene la capacidad de deconstruir y reconstruir nociones de identidad, género y poder.

El capítulo 2, enfocado en *La cresta de Ilión*, cumplió principalmente con el objetivo de analizar las diversas formas en que el lenguaje impacta en la construcción narrativa y la identidad de los personajes. En este capítulo se abordaron subtemas que involucraron el género, la corporeidad y el lenguaje, las estructuras de poder, el lenguaje y sus implicaciones en la anticultura y la naturaleza menipea de la obra. Esto permitió evidenciar la manera en que los personajes femeninos utilizan el lenguaje como un medio para excluir al protagonista masculino y reconfigurar las estructuras de poder tradicionales subvirtiendo las normas sociales al introducir un nuevo lenguaje con la capacidad de transformar la comunicación y la percepción de los cuerpos y sus roles de género. Por su parte, el análisis intertextual también destacó la forma en que Rivera Garza dialoga con otras tradiciones literarias para construir una narrativa que cuestiona y redefine las categorías culturales establecidas.

En el capítulo 3, dedicado a *La muerte me da*, se cumplió en mayor medida con el objetivo de explorar las formas en que el lenguaje afecta la construcción de género y la dinámica discursiva, esto en un contexto de violencia. Los subtemas desarrollados, que involucraron el género, la corporeidad y el lenguaje, las estructuras de poder, el sexismo lingüístico y el delito en el discurso, además de un análisis detallado del ‘cuerpo-texto’, evidenciaron cómo el lenguaje poético y simbólico en la obra funciona como un medio de castración simbólica y reconfiguración identitaria. Así mismo, este capítulo permitió cumplir con el objetivo de analizar cómo las dinámicas sociales y culturales se entrelazan en la narrativa para resignificar la noción del género femenino y su relación con el poder.

Por otro lado, desde el inicio, esta investigación se nutrió de un enfoque interdisciplinario que, dirigido por lo fundamentado por Julieta Haidar con respecto a la interdisciplinariedad en el macro campo de las ciencias del lenguaje, incluida la literatura,

incorporó teorías y metodologías fundamentales para comprender la construcción narrativa y la representación del género, permitiendo abordar el lenguaje como un fenómeno material y performativo. La más importante fue el análisis del discurso, con base en autores como Michel Foucault y Van Dijk, resultó esencial para analizar el lenguaje como un medio de poder y de transformación social. En ambas obras de Rivera Garza, el discurso opera principalmente como una herramienta comunicativa, pero también como un mecanismo que da forma a las dinámicas de poder entre los personajes y reconfigura sus identidades. Esta teoría del discurso permitió articular las dinámicas entre los personajes desde una perspectiva sociocultural y crítica, mostrando cómo el lenguaje refleja y transforma las estructuras sociales.

La semiótica, especialmente en las aportaciones de Julia Kristeva y Iuri Lotman, se utilizó para analizar las múltiples capas de significado en las obras. El concepto de intertextualidad de Kristeva, retomado por Genette, fue especialmente útil para entender las maneras que elige Rivera Garza para dialogar con textos de Amparo Dávila y Alejandra Pizarnik utilizando sus palabras como parte de un sistema de significación que resignifica tanto la literatura como las identidades de los personajes. Aquí se incluyeron también el análisis y crítica literarios, que permitieron abordar desde distintas perspectivas ambas novelas como lo que esencialmente son: obras literarias.

La teoría performativa del lenguaje, desarrollada por Judith Butler, también destacó en esta investigación pues, su propuesta de que el lenguaje además de describir la realidad la construye activamente, permitió analizar las identidades biológicas y sociales de los personajes y la forma en que son moldeadas por el lenguaje. Este enfoque fue particularmente útil para abordar la reconfiguración del concepto de ‘víctima’ en *La muerte me da*, pues en

este concepto se puede notar cómo el lenguaje tiene la capacidad de transformar a los hombres asesinados en entidades feminizadas, cuestionando las categorías tradicionales de género.

En la misma línea, los estudios culturales y feministas brindaron también un marco para analizar el género como una construcción sociocultural. Estas teorías ayudaron a entender cómo Rivera Garza subvierte las normas de género a través de sus personajes femeninos, quienes utilizan el lenguaje como herramienta de resistencia y transformación. En conjunto, estas teorías y metodologías ofrecieron un marco extenso para abordar el lenguaje en su complejidad para operar en las novelas como un agente de cambio y resignificación.

En el conjunto de todo lo anterior, esta tesis ofrece contribuciones significativas al estudio de la lengua y la literatura al examinar el lenguaje como transformador de la identidad biológica, social y cultural de los personajes en ambas obras de Cristina Rivera Garza. En primer lugar, se colabora con el estudio de la lengua al aplicar teorías contemporáneas, como la performatividad del lenguaje de Judith Butler y la semiótica de Julia Kristeva, para analizar a las palabras, el lenguaje, como configuradores de la realidad. En este sentido, se propone una visión del lenguaje como algo más que un medio de comunicación; es un sistema que crea y recrea identidades y relaciones de poder. Este enfoque resulta relevante para comprender las dinámicas sociolingüísticas que forman parte del discurso literario, especialmente en contextos de género.

Además, al integrar perspectivas interdisciplinarias, como los estudios culturales y feministas a partir del análisis semiótico, semántico y del discurso, esta investigación abre nuevas rutas para estudiar la literatura desde una perspectiva crítica que privilegia el análisis

del lenguaje en su relación con el género, la identidad y el poder, contribuyendo así a debates actuales sobre representación y transformación social, cultural y de género en el ámbito literario.

Sin embargo, es importante resaltar que, a pesar de las contribuciones de esta tesis al estudio del lenguaje, el género y la literatura, es crucial reconocer las limitaciones que surgieron durante el proceso de investigación, pues estas no sólo delimitan el alcance de los hallazgos, sino que también abren caminos para futuras exploraciones en esta línea de estudio. Una de las principales limitaciones fue el tamaño del corpus. Si bien *La cresta de Ilión* y *La muerte me da* son representativas de la obra de Cristina Rivera Garza, centrarse únicamente en estas dos novelas restringe una visión más amplia sobre el lenguaje y el género en el conjunto de su producción literaria. Como perspectiva de investigación, incorporar otras obras de la autora, así como de escritores contemporáneos, podría enriquecer el análisis al ofrecer un marco comparativo más diverso.

La interdisciplinariedad, aunque enriquecedora, implicó desafíos. Integrar perspectivas de la lingüística, los estudios literarios, la teoría feminista y los estudios culturales exigió priorizar ciertos aspectos en detrimento de otros, lo que pudo generar vacíos en el análisis. Además, la naturaleza experimental y ambigua de las novelas de la autora representó un reto interpretativo; su fragmentariedad, intertextualidad y múltiples niveles de significado ofrecen una variedad de lecturas, lo que implica que las conclusiones deben entenderse como interpretaciones específicas dentro del marco teórico aquí establecido.

Este trabajo sobre las obras ya mencionadas de Cristina Rivera Garza ha sentado bases significativas que abren nuevas rutas de exploración que podrían ampliar y enriquecer los hallazgos aquí alcanzados. En primer lugar, sería fundamental ampliar el corpus analizado

para incluir más obras de la autora, como *Nadie me verá llorar*, *Verde Shanghai* o *El invencible verano de Liliana*, entre otras. Estas novelas podrían ofrecer nuevas perspectivas sobre la relación entre lenguaje, género y poder, además de permitir un análisis comparativo más profundo sobre los recursos narrativos y lingüísticos empleados en diferentes contextos y épocas dentro de la obra de la autora.

Desde un punto de vista metodológico, también se tendría que ahondar en la incorporación de herramientas digitales, como análisis de corpus o softwares especializados de carácter lingüístico, para identificar en las obras patrones narrativos y semánticos de manera más sistemática y estructurada. Estas técnicas ofrecerían una aproximación cuantitativa que complementaría las interpretaciones cualitativas desarrolladas en este trabajo, revelando capas adicionales de significado y estructura.

Por otro lado, conectar estos hallazgos con teorías y debates globales como la teoría queer, los estudios decoloniales y los estudios críticos del discurso permitiría situar la obra de Rivera Garza en un marco interdisciplinario mucho más extenso que se relacione con problemáticas contemporáneas a nivel internacional. De esta forma, las obras analizadas no sólo serían vistas como expresiones literarias nacionales, sino también como aportaciones significativas a un discurso global sobre los temas aquí planteados.

Bibliografía

- Alarcón, E. (2019). *La construcción de la identidad femenina en Cuerpo Náufrago de Ana Clavel y “El origen del mundo” de María Teresa Priego* [Tesis de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México]. Repositorio Institucional de la UNAM. <http://132.248.9.195/ptd2019/enero/0784687/0784687.pdf>
- Alloa, E. (2014). Reflexiones del cuerpo: sobre la relación entre cuerpo y lenguaje. *Eidos*, (21), 200-220. <http://www.scielo.org.co/pdf/eidos/n21/n21a11.pdf>
- Berger, P., & Luckmann, T. (2003). *La construcción social de la realidad*. Amorrtu editores. <https://zoonpolitikonmx.files.wordpress.com/2014/09/la-construccic3b3n-social-de-la-realidad-berger-luckmann.pdf>
- Bourdieu, P. (2021). Violencia simbólica. *Revista Latina De Sociología*, 2(1), 01–04. <https://doi.org/10.17979/relaso.2012.2.1.1203>
- Brooks, A. (1997). *Postfeminisms: feminism, cultural theory and cultural forms*. Routledge: Estados Unidos.
- Butler, J. (1997). How can I deny that these hands and this body are mine?. *Qui parle*, 11(1), 01-20.
- Butler, J. (1997b). *Lenguaje, poder e identidad*. Routledge: España.
- Cameron, D. (1992). *Feminism and linguistic theory*. The Macmillan Press: Estados Unidos.
- Cruz, R. (2019). *Aquí se esconde un paréntesis: lecturas críticas a la obra de Cristina Rivera Garza*. Universidad Nacional Autónoma de México: México.
- Flores, M. E. (2021). *Dispositivos discursivos del poder. Política, educación y género*. México: Res Pública.

Galindo, J. (2021). La producción social del objeto en el discurso: reproducción y transformación. *Andamios*, 18(47), 45-63.

https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-00632021000300045

Garnica, N. & Hidalgo, B. (2020). Cuerpo, sujeto y materialidad en Cuerpos que importan de Judith Butler: una herencia demiana. *Prometeus: Revista de filosofía*, 31, 29-44.
<https://www.aacademica.org/naim.garnica11/33.pdf>

Genette, G. (1997). *Palimpsests: literature in the second degree*. Editorial Taurus.

Golubov, N. (2020). *La crítica literaria feminista: una introducción práctica* (2da. Ed.). Universidad Nacional Autónoma de México: México.

Guerrero, P. & Robles, A. (2019). Un vértice para la construcción de sentidos: estudios culturales, de género y literarios. *Valenciana*, 12(24), 147-161.
https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-25382019000200147

Haidar, J. (2006). Capítulo 2: El campo del análisis del discurso y de la semiótica de la cultura. En *Debate CEU-Rectoría: Torbellino pasional de los argumentos* (63-125). Universidad Nacional Autónoma de México: México.

Hernández, R. (2014). *Metodología de la investigación* (6ta. Ed.). McGraw-Hill / Interamericana Editores: México.

Kristeva, J. (1981). *Semiótica I*. Editorial Fundamentos: Madrid.

Lagarde, M. (1990). Identidad femenina. *Poseidón*, 20 (4), 01-11.
http://poseidon.posgrado.unam.mx/publicaciones/ant_omnia/20/04.pdf

Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Universidad Nacional Autónoma de México: México.

- Lamas, M. (1998). *La violencia del sexismo*. Unión obrera de la construcción de la República Argentina. https://mujeres.uocra.org/wp-content/uploads/2021/10/La-violencia-del-sexismo_Lamas_Marta_191_198.pdf
- Lamas, M. (2007). *El género es cultura*. V Campus Euroamericano de Cooperação Cultural.
- Lambarry, A. (2015). *Cristina Rivera Garza: Una escritura impropia. Un estudio de su obra literaria (1991-2014)*. Educación Y Cultura. Asesoría Y Promoción, S.C.: México.
- Lotman, I. (1979). *Semiótica de la cultura*. Ediciones Cátedra: Madrid.
- Pêcheux, M. (1978). *Hacia el análisis automático del discurso*. Editorial Gredos: Madrid.
- Pfleger, S. (2021). El discurso como un espacio comunicativo, relacional e identitario: *framing* y construcción de la identidad. *Andamios*, 18(47), 19-43. <https://www.scielo.org.mx/pdf/anda/v18n47/1870-0063-anda-18-47-19.pdf>
- Pinzón, H. (2014). La literatura como in-corporación: el cueroo como proceso. *La palabra*, 24(1), 91-97. <http://www.scielo.org.co/pdf/laplb/n24/n24a09.pdf>
- Rivera Garza, C. (2007). *La muerte me da*. Tusquets Editores: México.
- Rivera Garza, C. (2018). *La cresta de Ilión*. Penguin Random House: México.
- Rivera Garza, C. (2023). La muerte me da por Anne-Marie Bianco (2007). En *Me llamo cuerpo que no está* (197-234). Penguin Random House: México.
- Rodríguez, A. (2016). Las teorías literarias y el análisis de textos. Universidad Nacional Autónoma de México: México.
- Salgado, E. (2019). *Los estudios del discurso en las Ciencias Sociales*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Santos, L. (2019). *Fundamentos para una semántica mínima*. Universidad de Valladolid. <https://uvadoc.uva.es/bitstream/handle/10324/37860/Tesis1538-190911.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

- Sarduy, S. (1969). *Escrito sobre un cuerpo*. Editorial sudamericana: Buenos Aires.
- Selden, R. (1985). *La teoría literaria contemporánea*. Editorial Ariel: España.
- Van Dijk, T. (2005). Ideología y análisis del discurso. *Utopía y praxis latinoamericana*, 10(29). https://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-52162005000200002
- van Dijk, T. (2008). *Discourse and power*. Palgrave Macmillan: New York.
- Vaquer, J. (2012). Apuntes para una semiótica de la materialidad. *Comechingonia*, 16(1), 13-29. <http://www.scielo.org.ar/pdf/come/v16n1/v16n1a21.pdf>